NATALIA DE LAS OLIVAS

Perderme

Saga Destino 2



Click
EDICIONES

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Nota de la autora

Introducción

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19. ENZO

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24. ENZO

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31. ENZO

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50. ENZO

Capítulo 51

Capítulo 52. ENZO

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

UNAS PALABRAS DE LA AUTORA

Agradecimientos

Biografía

Créditos

PERDERME

Saga Destino 2

Natalia de las Olivas

Click
EDICIONES

A todos aquellos que perdimos un gran amor, a los que enfrentamos la pérdida buscando consuelo y al final lo encontramos, a los que nos perdimos a nosotros mismos cuando perdimos a alguien.
Esto es para nosotros.

Querido lector:
Gracias por haber llegado
a esta segunda parte de la historia.
Espero que la disfrutes tanto leyendo
como yo la disfruté escribiendo.

Introducción



Hacía años que soñaba con tener esta vida.

Tiempo atrás pensaba en cómo sería en el futuro, y ahora creo que era justo esto lo que imaginaba.

Miro a mi alrededor y todo me resulta familiar, todo parece haber encontrado un sentido, encajar, aunque, para ser sincera, me costó acostumbrarme, me costó darme cuenta de que mis esfuerzos tuvieron recompensas.

Ahora soy diferente: ya no queda nada de la Irina que era. Aquella Irina se quedó atrapada en un aeropuerto y nunca volví a recuperarla, y en cierto modo, me alegro de que así fuera.

Capítulo 1



—¡Irina!

La voz de Alexis resuena por la tienda y me acerco a ver qué ocurre. Le veo sacando trajes nuevos que han llegado hoy, en medio de cajas de cartón y sudando por el calor que hace al haberse estropeado el aire acondicionado.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —digo riéndome.

—Mira, que seas la jefa no te da derecho a reírte de mí, ¿vale? Por favor, querida, ayúdame.

—Está bien, te echaré una mano, aunque sabes que eres lo suficientemente bueno para hacerlo solo —digo acercándome a las cajas.

—Lo sé, pero no quiero hacerlo. No haber decidido abrir este local, y no tendrías que trabajar. Tía, creo que nos iría mejor invirtiendo en otro negocio.

—Cierra el pico, gracias.

Alexis dejó el grupo de teatro cuando la obra se estrenó. Dijo que ya no era su sitio. Un día, para mi sorpresa, apareció en la tienda y me pidió trabajo. Al momento dudé: no había inaugurado la tienda y no sabía si necesitaría a alguien trabajando para mí. Luego, un

impulso me dijo que lo hiciera, y aquí está; cinco años después sigue trabajando conmigo. Y ojalá solo fuese eso, porque en cierto modo…

Alexis y yo construimos una amistad muy especial. Él estuvo a mi lado las noches que no podía dormir, se quedó conmigo mientras lloraba, me ayudó con la tienda lo que pudo, venía a casa a hacerme compañía cuando mi padre no estaba, hacíamos planes juntos para que me liberase de pensamientos absurdos, y entonces supe que seríamos grandes amigos.

La que a la sazón era mi mejor amiga desapareció del mapa por arte de magia. Jamás volví a verla. Lo último que supe de ella es que la habían visto embarazada y que ni siquiera sabía quién era el padre. Siento pena por ella. Antes no era así, pero conoció a ese chico del *pub* y se perdió a sí misma. No entiendo cómo alguien puede perderse tanto por amor, no me cabe en la cabeza que alguien pueda perder su esencia y cambiar su forma de ser por encajar con la persona que le gusta. Ella lo hizo, y me dejó a mí también, a su amiga de toda la vida.

¿A quién quiero engañar? Claro que lo sé, sé perfectamente cómo una persona puede perder su brillo, su esencia y su forma de ser por amor. Bueno, un amor que tu mente quiere imaginarse, porque, en realidad, no es amor. Nada que sea dañino para tu salud mental y física puede estar relacionado con el amor. Y me duele aceptar que la entiendo, porque yo era igual hace unos años. Yo era exactamente esa clase de chica que se deja humillar y destrozar por amor. Cambié, sané y mejoré, y si hay algo que he aprendido es que el amor no duele, al menos no el amor de verdad. El amor bueno te sana y te ayuda, jamás duele.

Quiero entenderla, de verdad que quiero entenderla con todo mi corazón, y aunque lo haga, una parte de mí jamás podrá perdonarla. Aunque sé que ella me perdonó, no desaparecí del mapa sin decirle

nada a nadie. Ella siempre supo dónde estaba yo y con quién. Joder, he llegado a pensar hasta que estaba muerta antes de enterarme de lo que le pasaba en realidad.

La gente toma caminos diferentes. No siempre las personas que quieres permanecen en tu vida, y a veces no hay otra solución que aceptarlo y seguir viviendo. Nada es para siempre: la amistad se rompe, el amor se acaba, el dinero se gasta… Lo único que siempre estará ahí es uno mismo. Hay que cuidarse y quererse, porque en esta vida naces y mueres solo, y el camino tienes que hacerlo igual. Aunque haya gente que entre y salga de tu vida, siempre te tendrás a ti. Y eso es lo único que importa.

Alexis llegó a mi vida en el momento indicado, cuando todo se desmoronaba y cuando lo único que quería era salir corriendo, lejos, tan lejos que nadie pudiese encontrarme. Llegó y se quedó a mi lado, y no hay un solo momento que recuerde desde hace cinco años en el que no haya estado a mi lado.

—Hemos terminado —dice.

—¿Tiras el cartón al cubo de la basura? Voy a recoger y hacer el inventario de lo que ha llegado para organizar la semana.

—Claro que sí, jefa —dice haciendo un gesto de recibir una orden.

—¿Puedes parar de llamarme así? Por favor.

—Deja que lo piense. —Hace una pausa como si de verdad estuviese pensándolo—. No, no lo haré.

—Lárgate.

Alexis sale a la calle, para hacer exactamente lo que le he pedido. Yo voy a mi despacho para organizar las cosas y así poder irnos cuanto antes.

La tienda fue todo un éxito desde el primer momento. Los clientes entraban constantemente, y las prendas se agotaban en el mismo día, lo que significaba que los beneficios eran más que las pérdidas.

Era maravilloso, un sueño. Al principio, no me creía que mi sueño se hubiese cumplido y que estuviese saliendo a la perfección. Ahora, años después, estoy buscando locales para abrir otra tienda en Cádiz.

Alexis llama a la puerta y le indico que se siente a mi lado para ayudarme con los cálculos para que entre los dos terminemos antes.

—¿Qué planes tienes hoy? —me pregunta.

—Dormir. En cuanto llegue a casa, pienso meterme en la cama hasta mañana, hasta que tenga que levantarme para venir aquí.

—Oye… Tengo que pedirte un pequeño favor.

—¿Cuántos días? —inquiero, sabiendo exactamente qué es lo que quiere pedirme.

—¿Cómo sabías lo que iba a pedirte?

—Alexis, eres mi mejor amigo; te conozco demasiado bien. Sé lo que quieres decir incluso antes de que lo pienses. ¿Cuándo vas a darte cuenta?

—Solo sería mañana. El chico que conocí hace poco quiere invitarme a pasar el día en un pueblo de Madrid… ¡Joder, qué miedo! Ahora que lo pienso, das miedo, tía.

—Cógete dos días, duerme allí con él y disfruta. Me las apañaré sin ti, no te preocupes.

—¿Te he dicho alguna vez que te quiero?

—Unas veinte veces al día, pero me lo dices por interés, que lo sé yo —digo vacilándole.

—Sabes que no es así. Te quiero más que a la última revista de cotilleo, así que imagínate —dice terminando de contar las prendas de ropa.

El crecimiento de las ventas es notorio. Últimamente nos hemos centrado en traer trajes nuevos y diferentes a los que teníamos anteriormente, de otros estilos y colores. Ahora, sobre todo, vienen

hombres a la tienda, ya que esta temporada nos hemos dedicado más en esas prendas.

La idea de centrarnos cada temporada en una cosa fue de Alexis. Dijo que innovar sería la opción idónea para que viniera gente de todo tipo. A mí, al principio, me daba miedo la idea; ahora no puedo estar más encantada.

Alexis es mi mano derecha, siempre sabe cómo inventar cosas que atraigan al público. Sabe cómo tratar a los clientes, y sobre todo sabe cómo hacer que yo me sienta mejor. Hacemos un gran equipo, tanto en lo laboral como en lo personal. A veces me recuerda a Fran. Alexis es lo más parecido a un hermano, a ese que perdí hace tantos años, y aunque el vacío que dejó mi hermano nadie va a llenarlo nunca, Alexis consigue llenar una gran parte. Él solito, sin ayuda de nadie.

Capítulo 2



—¡Tu amado está en la puerta!

Oigo a Alexis desde dentro del almacén y salgo sonriendo. Observo al gran hombre que se encuentra junto a mi mejor amigo.

Corro a sus brazos y recojo la rosa que me ha traído, como ya es costumbre desde hace cuatro años.

—Hola —digo sonriendo.

—Hola, mi amor.

Daniel, aquel gran hombre que una mañana, cuando mi mundo se desmoronaba, apareció entregándome la cartera que se me había caído, hoy es el hombre al que quiero con todo mi corazón, al que quiero con locura, y el hombre que me hace feliz.

Daniel y yo comenzamos a tener contacto poco tiempo después de que Enzo se fuese de Madrid. Poco a poco empezamos a pasar tiempo juntos, ya que me ayudaba todos los días con la tienda. Podría decir que reemplazó a Enzo, aunque no sería correcto: simplemente hizo que el dolor que sentía desapareciese. Trajo color a mi vida cuando todo era negro, y se quedó a mi lado a pesar de que yo siempre le rechazaba.

Después de insistirme durante meses, le dije que sí una noche en una gran cena que me preparó en su casa. Todo fue muy rápido. A

los pocos meses ya vivíamos juntos en su piso. Nunca tuve miedo, todo fluía solo: Daniel hacía las cosas demasiado fáciles. Fue imposible no enamorarme de él como una niña pequeña. Podría decir que me enamoré poco a poco de él, quizás sonaría más romántico, pero sería mentira. Me enamoré rápido, como una estrella fugaz que alumbra el cielo un solo segundo, como un acelerón en la salida de meta. Así lo hice, tan rápido que ni siquiera lo vi venir.

Mi padre le adora, creo que incluso a veces se lleva mejor con él que conmigo, y no me extraña, tienen muchas cosas en común. Claro que también le afecta lo feliz que me ve desde que llegó a mi vida.

A día de hoy no imagino un mundo en el que Daniel no esté. Se ha convertido en mi apoyo, en mi felicidad, en mi fuerza, y sobre todo se ha convertido en mi familia y en mi hogar. Siempre he dicho que cuando llegó a mi vida encajó conmigo como si fuéramos piezas de un puzle y como si durante años nos hubiéramos estado buscando hasta que por fin me encontró.

Daniel es el resumen de la palabra «amor». Jamás me ha hecho dudar si me quiere o no, y sigue enamorándome como si todavía me estuviese conquistando, a pesar de que ya me tiene y me considero más suya que mía.

—Tus favoritas —dice refiriéndose a la rosa.

—Sí —miento.

Daniel nunca sabrá la verdadera historia de Enzo, jamás sabrá que antes de él hubo otra persona a la que amaba con todo mi corazón. Es mejor así, tiene que ser así. Tampoco sabe que antes de Enzo hubo una historia que me rompió el corazón. Sabe que he estado con chicos, pero no la importancia de mi relación con Álvaro, eso

solo lo sabía la gente más cercana, y por supuesto Enzo, que sabía lo que me había pasado antes de conocerle.

Nunca sabrá que los girasoles son mis flores favoritas, y que odio las rosas porque me parecen demasiado simples. No sabrá por qué todos los días oigo aquella canción que me dedicó Enzo, y que él me salvó cuando no tenía ganas de vivir porque el amor de mi vida me abandonó por cumplir su sueño.

A veces pienso en lo injusta que soy por no decirle la verdad, a veces me odio por ello, pero hay mentiras que se usan para no hacer daño a quien quieres, y este es el caso.

—Alexis, disfruta de estos días —le digo.

—¿Vas a abandonar a mi novia? —le pregunta Daniel.

—Ha conocido a un chico —le explico.

—Entonces, amigo mío, aprovecha, que ya me encargo yo de Irina —dice Daniel riendo.

—No lo dudes, querido —le responde Alexis, guiñándole un ojo.

Salimos de la tienda y me encargo de cerrar y bajar el cierre después de poner la alarma. Alexis se despide de nosotros con un abrazo y camina en dirección a su casa, al igual que nosotros.

—¿Cómo ha ido el día? —me pregunta Daniel.

—Pues maravillosamente bien. ¿Y el tuyo?

—He tenido un caso de custodia de un menor. Ha sido bastante complicado, pero hemos ganado, así que no puedo quejarme —dice agarrándome la mano.

—El mejor abogado de España es mi novio, qué suerte tengo —digo sonriendo.

—Tú sí que eres la mejor, de todo en general.

Después de un rato caminando, por fin llegamos a nuestro piso. Entramos en el portal y subimos en el ascensor hasta el cuarto piso, el nuestro.

Pagamos una cantidad bastante grande de dinero por este piso, pero es precioso. El ascensor funciona con llave, ya que cuando se abren las puertas estamos dentro de nuestra casa.

Recuerdo que, al mudarme aquí, lo que más me gustaba era la gran terraza del salón con vistas a la capital. La casa es diáfana. La cocina y el salón están juntos, separados solo por una barra de bar, donde Daniel prepara unos cócteles buenísimos los fines de semana. A mano izquierda, justo al lado de la puerta del baño, hay unas escaleras en forma de caracol bastante amplias que llevan a la parte de arriba, donde se encuentra nuestra habitación con baño y vestidor incluido, una habitación de invitados, que es donde suele dormir Alexis cuando viene, un baño secundario y el despacho de Daniel.

Por supuesto que hicimos reformas, ya que los colores que había antes no me gustaban. A pesar de que Daniel es un gran abogado, no es muy bueno con la decoración de interiores, así que no tardé en intervenir y hacer un cambio en la casa.

Pinté todas las paredes de blanco y puse un suelo de madera, color marrón claro. Usé los mismos tonos para los muebles y lo decoré con plantas y cuadros.

Daniel siempre dice que llené su casa y su vida de color, y quizás sea cierto, igual que él hizo conmigo.

Capítulo 3



—Buenos días, preciosa —me dice Daniel al llegar a la cocina.

—¿No te has ido todavía? —pregunto, y le doy un beso.

—Se ha atrasado el juicio de hoy, así que he aprovechado para hacer el desayuno. —Me da una taza de café con hielo.

—Te quiero —le digo.

—Por cierto, me ha dicho tu padre que vendrá a cenar hoy —comenta sentándose en uno de los taburetes de la cocina.

—A veces olvido que hablas tú más con mi padre que yo.

—Me quiere más a mí —me vacila.

—No me extrañaría. Soy una hija horrible: llevo sin llamarle casi una semana. —Me siento fatal por ello.

—Irina, trabajas demasiado, pero tu padre entiende eso, por suerte. Así que creo que podrá pasar por alto que no le hayas llamado.

Desayunamos. Hacía muchos días que no compartíamos este momento, ya que normalmente Daniel sale de casa antes que yo. Por eso es tan bonito e importante para mí disfrutar de este desayuno hablando de cualquier cosa, por pequeña que sea. Pasar tiempo juntos es maravilloso. Últimamente no nos hemos visto

mucho, porque nuestros horarios no nos lo permiten. Sin duda, cuando estamos juntos, es mucho mejor.

—Hoy estás muy guapa.

—Es que me ves con buenos ojos, cariño.

—Con los mejores, ya lo sabes.

Sonrío y le doy un beso en la mano como muestra de cariño.

Soy muy afortunada. A veces no me doy cuenta de la suerte que tengo de que Daniel me ame y me haya escogido como su compañera de vida, a pesar del gran desastre que era cuando me conoció. Con el tiempo, mi personalidad fue cambiando; mejoré ciertos aspectos, tales como miedos e inseguridades, mi forma de expresarme y de afrontar los problemas, incluso hasta mi forma de vestir. Ya no uso sudaderas anchas, y soy una gran fan de los vestidos y los tacones de aguja.

Siempre he dicho que, si estás al lado de la persona correcta, esa persona te enseñará a mejorar y a crecer como ser humano, y eso es lo que Daniel consiguió conmigo. Siempre me aceptó como era, nunca me pidió cambiar ni mejorar, pero cuando pasas tanto tiempo con una persona, acabas pareciéndote a ella en muchos aspectos, y eso es exactamente lo que nos pasó. Cogimos el uno del otro ciertos comportamientos, incluso rasgos de la personalidad, y por eso encajamos bien, porque somos prácticamente iguales.

Hacía años que no me sentía tan bien con alguien, años que no me brillaban los ojos al mirar a alguien, y años que no tenía el corazón tan feliz por amar y, por supuesto, por ser amada.

Tardé mucho tiempo en darme cuenta de que amar y ser amado no es lo mismo. Lo que entendí desde el primer momento es que, si tienes la suerte de tener las dos, no puedes dejarlo escapar.

Me imagino dentro de veinte años y no veo un futuro en el que Daniel no esté a mi lado, en el que no vea sus ojos antes de dormir

y en el que no tenga todas las noches su rosa en la tienda. Es egoísta por mi parte, pero no podría dejarle ir jamás.

Es curioso: la primera vez que quise a alguien de verdad, le demostré mi amor dejándole ir, y la segunda vez que lo hice, hago todo lo posible porque no se vaya de mi lado.

Dicen que, en la vida, tienes tres amores: el primero llega en la adolescencia, y parece sacado de un guion de película, todo parece perfecto, pero en realidad es una mentira. El segundo llega más adelante, y te hace sentir lo que nunca nadie antes; deseas con todas tus fuerzas que ese amor sea para siempre, y termina en el momento que menos esperas. Y el tercero es ese amor que llega cuando no tenías ganas de amar a nadie, cuando tenías claro que ya el amor no era para ti, y ese es el amor de verdad, el amor que se queda contigo, a pesar de lo malo, para siempre.

Yo he tenido esos tres amores. Primero fue Álvaro, luego Enzo y ahora Daniel. Aunque, siendo honesta, no podría catalogar a Enzo como «mi segundo amor», porque no fuimos más que amigos. Pero me niego a pensar que Daniel sea ese segundo amor que vaya a terminar en algún momento, me niego a pensar que lo nuestro no vaya a terminar con un «comieron perdices y fueron felices», aunque, pensándolo bien, no he conocido a mi tercer amor, ya que Daniel es el segundo, por mucho que no quiera admitirlo. En fin, eso solo son frases de la vida, no son la realidad. He conocido a la persona con la que no quiero tener un final, y esa persona es Daniel.

Supongo.

A veces pienso en lo diferente que hubiera sido mi vida si le hubiese dicho a Enzo la verdad aquel día, en cómo me hubiera ido viajando por el mundo con él, siguiendo su sueño. Y pienso en las cosas que no tendría ahora, como la tienda, o mi amistad con Alexis. Si Enzo no se hubiese ido, o yo me hubiera ido con él, Alexis y yo no

seríamos amigos, o sí, aunque no con esta confianza. Por lo que creo que la vida me ha puesto en el momento y en el lugar donde debo estar, adonde pertenezco realmente, adonde estaba destinada desde el día que llegué a este mundo.

Me pongo un vestido de manga corta rosa y mis tacones negros favoritos, cojo mi bolso a juego y me recojo el pelo con una pinza para salir de casa.

—¡El tabaco! —grita mi novio antes de que me vaya.

Retrocedo para coger mi paquete de tabaco y vuelvo a darle un beso a Daniel para despedirme de él hasta la noche.

—Te quiero.

—Yo a ti más, siempre —digo entrando en el ascensor.

Bajo a la calle y camino disfrutando del gran día caluroso y soleado. Ya no escucho música mientras camino, ahora saludo a la gente con la que me cruzo todos los días, y con los clientes habituales; otra cosa que ha cambiado.

Antes odiaba al mundo, socializar me aterraba, y el simple hecho de conocer personas lo detestaba. Ahora es lo contrario. Supongo que después de tantas cenas y fiestas de trabajo de Daniel, acabé acostumbrándome a estar rodeada de multitudes y a ser simpática con las personas de mi entorno.

Estoy deseando ver a mi padre. Hace varias semanas que por trabajo no nos vemos, y le echo de menos. Me apena que esté tan solo en la que era nuestra casa; es demasiado grande para él, y si ya era duro estar sin mi madre y sin Fran, no quiero imaginar lo que tiene que ser estar sin mí también. Mi padre es un hombre fuerte y valiente, pero sé que me echa en falta, aunque no me lo diga tanto como le gustaría.

Capítulo 4



Levanto el cierre y me dirijo a apagar la alarma. Continúo encendiendo luces y colocando lo que ayer faltó por terminar. Barro y friego la tienda después de limpiar el polvo, y pongo la radio para alegrar el ambiente con música.

SNAP de Rosa Linn está sonando.

Recuerdo la de veces que la escuché durante meses y meses, junto con *Atlantis,* la canción que me mandó Enzo el día del aeropuerto.

Pasé noches llorando y sin poder dormir, deseando que fuese mentira y él no se hubiese ido. Pedía todas las noches que regresara a mí y que fuésemos felices juntos, pero nunca volvió. A los meses, con la ayuda de la gente que quiero, el dolor fue disminuyendo. Enzo ya no estaba las veinticuatro horas del día en mi cabeza, y dejé de estar pendiente de la televisión por si salía alguna imagen suya. Recuerdo cómo me apagué cuando se marchó: quise renunciar a mi sueño y tirar todo por la borda. Su partida me dolió más de lo que podía imaginar. Me convencía todos los días de que hice lo correcto, quería que fuera feliz y que triunfase en sus sueños, a pesar de que me destrozaba el corazón. Tardé mucho en tener la conciencia tranquila y en darme cuenta de que tomé la decisión correcta.

De vez en cuando me acuerdo de él y de los días tan maravillosos que pasamos juntos, de los buenos y los malos momentos, de aquellos días donde tumbarnos a mirar el cielo era nuestro plan favorito, y de cuando bailábamos como locos canciones de Elvis, canciones que nunca pude volver a escuchar. Tampoco he vuelto a hacer muchas cosas: nunca he vuelto a ver mi película favorita, y jamás he vuelto al teatro de mi padre, donde comenzó nuestra historia.

Siento que, si hiciese esas cosas, mi mente traería de nuevo a Enzo y quizás, solo quizás, no lo soportaría.

Quiero a Daniel con todo mi corazón, pero Enzo siempre tendrá un hueco en él que nadie podrá ocupar. Enzo llegó a mi vida y me ayudó en todo lo que pudo. Me quiso y me amó, a pesar de que nunca le confesé mis sentimientos. Jamás se rindió conmigo, me demostró siempre cuánto le importaba, y me regaló los días más maravillosos de mi vida.

Con el tiempo, Alexis dejó de preguntarme a diario si ya había superado ese tema. En el fondo, sé que lo hizo porque cada vez que tenía que hablar de él, mi corazón se partía en pedazos y no era capaz de evitar llorar. Alexis ha sido la única persona que ha conocido la verdad sobre mis sentimientos, y el único apoyo que he tenido respecto a Enzo, ya que Daniel sigue pensando que fue un simple amigo, y mi padre vive engañado, creyendo que solo fue una confusión de sentimientos por mi parte y que nunca me enamoré de él.

Cuando Enzo se fue, recuerdo que intenté convencer a mi padre de que lo que había sentido había sido una confusión, que no había sido real. Aunque no supe si en realidad me creyó, dejó de insistir en eso que me hacía tanto daño, hablar de él. Fue Alexis el único en saber la verdad.

Vuelvo a la realidad cuando una señora entra en la tienda a recoger un traje que encargó hace un par de días para su hijo, que se casa.

—Ha quedado precioso, Irina. Gracias.

—De nada, ha sido un placer.

—Ya le he dicho a mis amigas y conocidas que tienen que venir a comprar aquí —dice sonriendo.

—Muchísimas gracias. —Sonrío también.

La señora me entrega los doscientos cincuenta euros del traje y sale por la puerta, encantada con su compra.

A día de hoy, todavía no he recibido una mala crítica, y eso me enorgullece. Hace unos años, esto me parecía imposible; ahora es mi rutina. Es cierto eso que dicen que cuando alcanzas tu mayor sueño sientes un gran vacío, porque ahora tienes que pasar tu vida dedicándote a buscar otro sueño que cumplir. Es a lo que dedico la mayor parte del tiempo cuando estoy sola: a pensar en mi próximo sueño.

Casarme, tener hijos, vivir en la playa, tener un perro, abrir más tiendas… Son posibles opciones, pero no me sirven. Quiero algo más, necesito algo más, siempre quiero más.

Me volví demasiado ambiciosa cuando logré ver mi tienda abierta. Según pasaban los días y veía que a la gente le gustaba tanto como a mí, supe que era capaz de conseguir cosas mucho más grandes.

Viajar sola por el mundo siempre me ha parecido una gran opción, pero ni mi trabajo ni mi amor por Daniel me lo permite, así que la eliminé de mi mente. Aunque hemos hecho varios viajes juntos, no es lo mismo. Ser una gran modista desapareció también de mi mente cuando supe que no tendría un gran futuro con ello. No hay ningún otro sueño que quiera cumplir, al menos de momento.

Capítulo 5



Ahí está Daniel, con su rosa de todos los días. Ojalá pudiese decirle que no me gustan estas flores y que los girasoles son mi debilidad, aunque hace tiempo que ya no me entusiasman: me recuerdan una época de mi vida en la que no quiero pensar.

Corro a sus brazos y le beso repetidas veces.

—¿Algún día dejarás de regalármelas?

—El día que no estés viva. Incluso después, seguiría haciéndolo; las dejaría junto a tu tumba cada día.

—¡Oye! Puedes morir tú antes que yo —digo poniendo los ojos en blanco.

—Con lo que fumas, lo dudo. —Ríe.

Siempre dice que el tabaco me acabará matando, y quizás tenga razón. Daniel es una persona sana y saludable, deportista y preocupado por su salud, algo que yo no.

—Querías que te quedase romántico y te ha quedado horrible.

—Cariño, quería que me quedase épico, y me quedó legendario —dice riéndose.

—Por favor, deja de ver las redes sociales, por mi bien, y un poco por el tuyo.

Nos reímos y me ayuda a cerrar la tienda para irnos a casa, donde mi padre nos espera. Le dimos las llaves de casa por si en algún momento tenía que entrar si no estábamos. Los padres de Daniel murieron cuando él era muy pequeño en un accidente de coche. A él le crio su abuela, que falleció por vejez. Mi padre y yo somos la única familia que tiene.

A veces pienso que Daniel empatizó conmigo por el hecho de haber perdido a sus padres, como yo perdí a mi madre y a mi hermano. Solo las personas que han pasado por eso pueden llegar a entenderlo. Es por lo que creo que encajamos tan bien. Daniel sueña con tener una gran familia, mínimo tres hijos. No es algo con lo que yo esté de acuerdo, ya que como mucho me gustaría tener dos: niño y niña. Tres hijos me parece excesivo, aunque entiendo su sueño de tener muchos y de poder criarlos como sus padres no pudieron hacer con él.

Daniel es un hombre fuerte, a pesar de la soledad con la que ha lidiado. No se ha sentido solo, siempre ha sabido apañárselas, y cuidó a su abuela hasta el último día. Supongo que por eso tiene ese instinto de cuidarme tan bien, porque ha estado acostumbrado a hacerlo mucho tiempo.

Llegamos a casa y corro a abrazar a mi padre. Los años también han pasado para él y se nota que va envejeciendo, aunque siempre será igual de guapo y perfecto para mí.

—¡Mi niña! ¡Cuánto te he echado de menos! —exclama abrazado a mí.

—Papá, qué guapo estás —afirmo acariciando su mejilla.

—A ver a quién te crees que te pareces —replica, esperando que le diga obviamente que me parezco a él.

—A mamá —le vacilo.

Daniel y mi padre se abrazan. Los tres nos dirigimos a la cocina para preparar la cena. Ayer Daniel compró para hacer una gran ensalada y unos filetes de pollo empanados con patatas fritas.

Mientras que Daniel y yo preparamos la cena, mi padre se encarga de poner la mesa.

Daniel me llena de pan rallado jugando, y yo le tiro un huevo a la cabeza. Cuando cocinamos, acabamos jugando y llenos de comida, ya es costumbre.

—¡Irina, qué asco! El huevo no… —dice quitándose el huevo de la cabeza.

—Es como si llevases gomina, estás guapísimo —le digo, dándole un beso llena de pan rallado.

—Deberíais casaros; además, quiero nietos. ¡Nietos, Irina, los quiero ya! —reclama mi padre.

—¡Papá! Todavía es pronto para darte nietos, lo siento por ti. Y respecto a la boda… ¿Tienes algo que pedirme, Daniel? —Me dirijo a mi novio, que todavía está lleno de huevo y pan rallado.

—¿Y por qué no me lo pides tú? —me pregunta Daniel.

—¡Tienes que hacerlo tú! Y tienes que superar la vez que me pediste que fuese tu novia, y lo veo difícil —digo recordando el momento.

Recuerdo aquel día como si fuese ayer. Un 17 de abril, me invitó a cenar en un jardín enorme. Cuando íbamos llegando a nuestra mesa, unas letras se iluminaron con la frase «¿Quieres formalizar nuestro desastre?». Pétalos de rosas empezaron a salir disparados por el aire. No podía decir que no después de tantos meses saliendo, era el momento de formalizarlo. Siempre decíamos que lo nuestro era un desastre, porque en realidad lo era. Bueno, tal vez el desastre era yo, con mis dudas y miedos, que me impedían dar el paso con Daniel.

—Es que soy increíble. Si me dejases algún día, no lo entendería —dice, riendo.

—Sabes que jamás podría dejarte. —Le doy un beso.

Mi padre sonríe al vernos tan felices. Sé que se alegra incluso más que yo de verme tan feliz con Daniel después de lo que sufrí en mi relación con Álvaro. Era tan solo una niña, pero fueron los peores momentos de mi vida, junto con la muerte de mi madre y Fran.

—¡La cena está lista! —anuncia Daniel.

Capítulo 6



La noche fue increíble. Cenamos, charlamos de la nueva obra de mi padre basada en *El resplandor,* con la que está muy ilusionado, ya que anteriormente no había hecho ninguna obra de terror. Luego nos tomamos un café con galletas y vimos una película de las favoritas de Daniel, *Interestelar.*

Daniel acercó a mi padre a casa; yo me quedé recogiendo la casa y me di una ducha. No vivimos muy lejos, unos veinte o treinta minutos andando, pero a esas horas de la noche me daba miedo que mi padre se fuera andando solo. Vendí mi coche, y nos quedamos con el Peugeot 308 de Daniel hasta que me compré mi precioso Lexus RX en color *beige.* Quería un coche grande y familiar, ya que, pensando en el futuro, me parecía correcto tener un coche grande por si teníamos familia. Era la opción más cómoda y práctica, además de ser un coche muy bonito que siempre me ha gustado.

El Evoque que tenía empezó a dar fallos, y a pesar de que no quería deshacerme de él, supe que debía hacerlo. Era insostenible seguir teniéndolo, a pesar de lo mucho que me hubiese gustado quedarme con él.

Camino a la tienda feliz, como cualquier otra mañana. Estoy deseando ver a Alexis y que me cuente cómo le han ido estos dos

días con ese chico. No he podido hablar con él porque adonde iban no había cobertura. Me encantaría poder hacer lo mismo: irme dos días sin teléfono a la montaña y desconectar, pero mi trabajo me necesita, y yo lo necesito a él. Me he vuelto una adicta al trabajo, adoro pasar tiempo en esta tienda, y nunca me canso de venir a trabajar y disfrutar de los clientes. Al principio, Alexis solo se iba a ir un día, pero alargaron el viaje, por lo que imagino que les está yendo estupendamente bien juntos.

—¿Irina?

Me vuelvo de inmediato al reconocer la voz.

—¿Lucía?

No parece ella. Ha cambiado muchísimo, está mucho más delgada y demacrada, pero lo que más me llama la atención es su gran tripa de embarazo. Debe de estar a punto de dar a luz. Al verla, confirmo los rumores de que estaba metida en drogas y alcohol, y siento una pena tremenda.

—Hola… Estás guapísima.

—Gracias. Tú estás… embarazada —digo sorprendida.

—Sí, estuve con un chico un tiempo, pero le metieron preso, y bueno, ahora solo estamos Irina y yo.

—¿Irina? —pregunto extrañada.

—Así voy a llamarla, en honor a la mujer que espero que un día sea.

—Vaya…, yo… no sé qué decir. Gracias, es un halago para mí.

Es un momento incómodo. Llevo años sin saber de ella, desapareció de la noche a la mañana, sin explicaciones, y cinco años después la tengo delante. Quien fue mi mejor amiga ha desaparecido, ya no queda nada de ella, es como si acabase de conocerla. Su brillo, ese que era tan suyo, ya no está. Su forma de hablar y de reír, tampoco. Sé que es ella, pero, en fin, ya no es mi

«ella». Ya no es mi mejor amiga, mi hermana, ya no es mi confesora, ni tampoco mi compañera de vida. Quiero pensar que ahí dentro sigue estando esa amiga que un día tuve, pero creo que está demasiado lejos de quien un día fue.

—¿Tú cómo estás? Oí que lograste abrir la tienda y que llevas muchos años con tu novio. —Hace una pausa—. Supongo que no sabes nada de Enzo…

—Abrí la tienda, y sí, estoy con un hombre maravilloso. Y efectivamente, no sé nada de Enzo, pero está todo bien.

—Lo mereces, mereces todo lo bueno. Yo… quise llamarte, de verdad que quería hacerlo, pero perdí tu número y al final me rendí. No sabía tampoco qué decirte, quería pedirte perdón por cómo me porté contigo —dice apenada.

—Han pasado muchos años, Lucía. La vida pasa, y también lo hacen los errores. Estás perdonada.

Aunque una parte de mí no podrá perdonarla jamás. Me gustaría que nada hubiera pasado entre nosotras, pero sé que no puede ser. Lucía era mi otra mitad, mi alegría, y la única persona que podía calmarme en mis peores días. No puedo perdonarla después de cinco años solo porque se haya presentado aquí, diciendo que va a llamar a su hija como yo, y diciendo que intentó llamarme, aunque quizás sea verdad que lo intentó. Ella sabía cuál era mi casa, podría haber venido a buscarme. Estoy enfadada, mucho, no puedo perdonarla, ya no. Estoy enfadada porque no me buscó para pedirme ayuda, enfadada porque a pesar de que estuvo ocho años viendo cómo yo perdía mi brillo, ella ha dejado que le ocurra lo mismo.

—Gracias.

—¿Tú estás bien? —pregunto, aunque imagino la respuesta.

—Como puedo. He estado mejor, eso seguro. Ahora estoy buscando trabajo y vivo en una habitación compartida. Mis padres no quieren saber nada de mí ni de mi hija, y mi ex… está en la cárcel.

—Vaya… La vida cambia mucho, lo siento por ti, Lucía, de verdad. Espero que todo mejore, y si necesitas algo, este es mi teléfono. —Le doy un papel con mi número apuntado—. Trabajo no puedo darte, porque ya tengo a Alexis. ¿Te acuerdas de él? Es el chico del teatro, y está trabajando conmigo. Intentaré ayudarte en lo que sea, lo haré encantada.

—Gracias, Irina, ha sido una alegría verte.

—Lo mismo digo, Lucía. Cuídate mucho.

Se me encoge el corazón al ver a la que fue mi amiga en esas condiciones. Pienso en lo mal que ha tratado su propia vida y en cómo ha podido llegar a esto y se me parte el alma. Antes era una mujer admirable, sensata y madura, fue mi mayor apoyo… Ahora ni siquiera es capaz de luchar por ella misma y por su hija.

Es una lástima ver cómo la vida puede cambiar tanto. Ella ha pasado de tenerlo todo a no tener nada. A ser un alma en pena, con lo que podría haber sido…

Cojo el teléfono y le mando un audio a Daniel contándole lo que ha pasado mientras sigo caminando hacia la tienda.

«Deberías ayudarla, pero es tu decisión. Yo aprobaré lo que decidas. Te quiero. Nos vemos luego, amor.»

Me responde. Leo varias veces su mensaje.

¿Debería ayudarla? Tal vez. Es lo que hacen los amigos, pero ella y yo ya no somos amigas, aunque la sigo queriendo mucho. Me ayudó durante muchos años, pero su traición me dolió muchísimo, y a pesar de que verla así me duela en el alma, ya no conozco a esa persona, ella ya no es mi Lu. Ya no confío en ella.

Capítulo 7



—¿Estás diciendo que debería dejar que se quede aquí?

—Solo digo que esa chica estuvo a tu lado muchos años. Fue tu mejor amiga, y ahora necesita ayuda —replica Daniel—. Erais como hermanas, Irina.

—Daniel, cariño, te admiro por el gran hombre que eres, pero ya no conozco a esa persona, no puedo meter en casa a alguien a quien no reconozco. Tenemos cosas de valor, y créeme, sé lo que alguien es capaz de hacer cuando tiene necesidad.

—Cariño, te apoyaré en la decisión que tomes; hagas lo que hagas me parecerá correcto, pero creo que deberías darle una oportunidad. Todo el mundo puede cambiar, Irina. Tú eres el gran ejemplo de ello, mírate.

—No me compares con una drogadicta embarazada y con un novio en la cárcel, por favor. Yo era una persona aislada del mundo —digo enfadada.

—Irina, no te comparo con nadie, solo quiero hacerte ver que todo el mundo con un motivo puede ser capaz de cambiar, cariño, nada más —comenta agarrando mi mano.

—Lo pensaré, necesito pensarlo. No quiero que nadie pueda alterar nuestra vida. Nos ha costado mucho construirla y estar donde

estamos. Y, además, tengo miedo —argumento, con los ojos llorosos.

—Esta relación solo hay una persona que puede romperla o alterarla, y esa persona eres tú, nadie más, ni siquiera yo. Tú tienes el poder de poner las barreras que quieras. Yo no voy a dejarte nunca, Irina, y no pienso permitir que nadie arruine lo nuestro, salvo que seas tú la que algún día decida dejarme.

—Te quiero más de lo que eres capaz de imaginar, eso lo sabes, ¿verdad? —digo, apoyando mi cabeza en su pecho.

—Yo siempre más a ti. —Me acaricia el pelo.

Nos metemos en la cama y ponemos una película antes de coger el sueño. Daniel me abraza mientras que el film empieza a reproducirse, y yo cierro los ojos sintiéndome en mi lugar seguro, en casa. Así es como siempre lo llamo, «hogar». Daniel es mi refugio, donde siempre acudo cuando tengo un problema, cuando hay una buena noticia, y donde siempre vuelvo con los brazos abiertos sabiendo que estoy protegida.

No imaginé llegar a querer tanto a Daniel. Cuando le conocí aquel día en la calle, jamás pensé que se acabaría convirtiendo en mi pareja, y mucho menos que se convertiría en la persona con la que estoy construyendo mi vida. Cada vez que le miro, siento un amor en el pecho que no puedo explicar.

Enzo, sin duda, fue el amor de mi vida, pero Daniel es el amor para mi vida. La gran diferencia es que el «amor para la vida» es con el que decides compartir la vida y con quien sabes que es correcto estar, a quien al final del día sigues eligiendo, a pesar de lo malo y lo bueno, y con quien no dudas que acabarás tu vida de su mano. En cambio, el primero, «el amor de tu vida», es aquel que no esperabas que llegase y revolucionase tu vida, a quien amas incondicionalmente, y tan profundo que hasta duele el corazón, es

esa persona que sabes que siempre querrás de una forma u otra, aunque no signifique que siempre estaréis juntos.

Esa referencia me la enseñó Daniel al principio de nuestra relación, y desde entonces empecé a usarla mentalmente para diferenciar el amor que tuve por Enzo del que tengo por Daniel. No podría decir a quién he querido más, porque el amor no puede medirse. Amé a Enzo de la manera más real y dolorosa que he amado nunca, y amo a Daniel de la manera más sincera y pura que mi corazón entiende, pero jamás podría decir quién es el ganador de esa competición que yo misma he creado en mi mente. Los sentimientos no deberían medirse, sino sentirse. Es absurdo medir cuánto quieres a alguien, porque cuando amas, debería ser con todo el corazón, y eso es demasiado grande para calcular cuál es el valor del amor.

A veces pienso cómo hubiese sido mi vida si Enzo no hubiese cogido ese vuelo, cómo sería si estuviéramos juntos. Cómo sería si ahora quien estuviese abrazado a mí fuese Enzo en vez de Daniel. A veces incluso he llegado a preguntarme si Enzo también encontró el amor como lo hice yo.

Quizás mi vida no sería tan lujosa, no tendría tanto dinero, y tampoco viviría en mi casa, que me encanta, si bien estoy segura de que tendría otras muchas cosas que solo sería capaz de darme Enzo. Son imaginaciones mías, porque mi vida es esta. Daniel es el hombre al que quiero y el que me ama. Mi casa es perfecta, y adoro mi trabajo. Tengo una vida maravillosa, y es lo único que importa.

Capítulo 8



—¡Cuéntame todos los detalles!

—Pídemelo por favor —dice Alexis.

—Venga, quiero cotillear y opinar sobre ese chico —reclamo, mientras doblo unas camisas.

—¡Ha sido increíble, tía! Edi es maravilloso, de verdad. Se ha currado muchísimo estos dos días, y he estado muy a gusto con él.

—Me alegro tanto —digo abrazándolo—. Ahora, lo importante… ¿Qué tal el sexo?

—¡Estaba deseando que lo preguntases!

Me lo cuenta con todo lujo de detalles, desde el primer encuentro hasta los veinte o treinta de después. Me alegra saber que mi mejor amigo ha tenido dos días cargados de sexo y amor con un chico que parece gustarle más de lo que creía. El famoso Edi creo que va a estar presente en nuestra vida a partir de ahora, porque veo a Alexis bastante más ilusionado de lo normal cuando queda con alguien. Alexis es un romántico empedernido, pero nadie le gusta lo suficiente para quedar más de un par de veces. Esta vez creo que va a ser un poco más duradero, y me alegra.

—Espero que me lo presentes pronto.

—Podríamos quedar a cenar mañana los cuatro, si quieres.

—Perfecto, hablaré con Daniel.

—¿Tú no tienes novedades?

—Me encontré con Lucía… —Veo cómo le cambia la cara y abre los ojos.

Le resumo la historia lo máximo posible, ya que tengo mucho trabajo que hacer en el despacho.

—¿Y qué vas a hacer?, ¿vas a dejar que se quede en tu casa?

—No lo sé. Daniel dice que cree que debería hacerlo, pero no estoy segura.

—Yo no lo haría. Sé que ella fue importante para ti, pero, querida, han pasado cinco años y no sabes qué tipo de persona es ahora. Por lo que me cuentas…, no parece de fiar, y lo siento por ella, pero se lo ha buscado sola.

—Lo sé, amigo, pero Lucía y yo fuimos grandes amigas muchos años. Ese cariño no se me ha ido todavía.

—Hagas lo que hagas, tienes que estar muy segura de la decisión. Además, ella tiene una habitación donde vivir. Lo que necesita es un trabajo. ¿Por qué no le ofreces que venga a limpiar un par de días a la tienda y le pagas algo?

Pensándolo bien, esa opción no es tan mala como la de que venga a casa una temporada a vivir, aunque esta tienda es todo mi trabajo y el sacrificio de mucho tiempo, y me da casi más miedo que alguien que no sea Alexis o yo trabaje aquí, además de la mala imagen que daría una persona como ella aquí. Luego lo pienso y en sus ojos veo a la Lu que conocí. Estaba ahí, o yo quería que así fuese; quería reconocer a mi amiga a toda costa, quería que siguiese siendo ella…

—Lo pensaré, voy al despacho. Cualquier cosa, me avisas.

—Vale, te quiero, jefa.

—Y yo a ti —digo poniendo los ojos en blanco por el apelativo.

Cierro la puerta y me pongo mi lista de Spotify de música en inglés triste y relajante para trabajar mejor. Enciendo el ordenador y respondo correos electrónicos.

Apunto en un papel lo que tengo que hacer.

1. Responder correos.
2. Hacer pedido.
3. Mirar la cuenta del banco.
4. Llevar el dinero al banco.

El final de mes siempre es muy duro y ajetreado, casi siempre acabo con mucho trabajo acumulado, porque me dedico la mayor parte de los días a perder el tiempo charlando y cotilleando con Alexis, por eso, los dos últimos días del mes acabo encerrándome en mi despacho sin salir, salvo a comer un sándwich con Alexis al bar de enfrente.

Este mes las ventas han superado los dos anteriores. En verano se suelen vender muchos trajes, porque, aunque parezca que no, hay demasiadas bodas. Aparte de los accesorios y del resto de cosas que tengo en la tienda y que la gente suele llevarse.

Un mensaje de un local al cual pedí información aparece en el ordenador indicándome si pueden llamarme en un par de horas para hablar de condiciones.

—¡Sí! —grito emocionada.

El local que más me gustaba acaba de responderme. Está en Rota (Cádiz). Mi idea con ese local sería especializarlo en ropa veraniega, aunque sin perder la esencia de los trajes, por supuesto; solo que, al estar en la playa, en vez de poner camisas de manga larga, pondría más variedad de manga corta, pantalones cortos…

Claro que, para abrir una tienda allí necesitaría viajar constantemente, y eso significaría no ver tanto a Daniel o tener que

contratar a alguien de confianza para que me llevase la tienda, algo que es imposible, porque en la única persona que confío es en Alexis, y él quiere quedarse en Madrid. Más ahora, que ha encontrado a ese chico.

La puerta del despacho se abre y veo a Alexis con una cara un tanto extraña, mezcla de preocupación y miedo.

—Irina… Creo que deberías salir ahora mismo.

Capítulo 9



Salgo por la puerta para ir al mostrador y ver de qué se trata. Levanto la mirada hacia la puerta y me agarro a un taburete para no perder el equilibrio.

No soy capaz de articular palabra. Siento que me falta la respiración al ver de lo que se trata.

—Enzo… —digo con la respiración acelerada.

—Hola, Irina.

Todos los recuerdos que tengo de este hombre me vienen a la mente, todos a la vez, tanto los buenos como los malos. Los meses que lloré sufriendo su pérdida se me clavan en el corazón. Después de cinco años, pensaba que verle no me supondría nada. Una vez más, parece que me he equivocado.

Tengo delante al hombre que amé con todo mi corazón y ni siquiera sé cómo sostenerme en pie, ni disimular el dolor que estoy sintiendo.

Él tampoco dice nada, simplemente nos quedamos mirándonos como si estuviésemos analizándonos el uno al otro. Está guapísimo. Pensaba que era imposible ser más guapo de lo que ya era. Estos cinco años le han sentado de maravilla, ahora es todo un hombre, y

aunque sigue siendo «mi Enzo», una parte de mí es consciente de que ya no queda nada del hombre del que me enamoré.

Le miro y recuerdo aquellos bailes, aquellas risas, aquellas conversaciones a las tantas de la madrugada, aquellos viajes, aquel campo de girasoles, la vez que casi nos besamos, la vez que discutimos, la vez que le dejé marchar para que cumpliese su sueño. Y ahora, cinco años después, todo eso parece doler mucho más que en el pasado. Duele más, sí, duele porque le tengo delante. Y juro que iría corriendo a abrazarle y a decirle cuánto le he echado de menos. Iría corriendo a decirle que no tendría que haberle dejado ir, que echo de menos cómo me quería, y que le amé más de lo que me hubiese gustado admitir, pero no lo hago, sigo paralizada.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunto nerviosa.

—Vengo a por un traje. Y quería conocer la tienda de la que todo el mundo habla.

—¿Has ganado algún premio? —digo con sarcasmo.

—No, lo necesito para la boda.

Va a casarse. El mundo se me acaba de venir encima. El amor de mi vida va a casarse. No cumplió la promesa de que me esperaría, y tampoco la de que jamás podría querer a alguien más. Y ahora va a casarse. No puedo ser egoísta cuando yo también hice mi vida con otro hombre, pero yo al menos no le juré amor eterno en el pasado. Lo peor no es eso, lo peor es que cuando creía que había superado lo nuestro y que ya no podría sentir nada por él, acaba de demostrarme que no es así, que sigue siendo aquel hombre tan especial para mí, y que ese hombre al que pensaba que había superado está aquí, otra vez, delante de mí, y va a casarse.

Ya es tarde, ya no puedo hacer nada. Enzo ha encontrado a esa persona que tanto temía que hiciera en un pasado. «Hay trenes que solo pasan una vez», recuerdo esas palabras de mi padre, las

recuerdo bien, y no sabe cuánto me duelen ahora, al ver que, efectivamente, me quedé demasiado tiempo en una estación sin subir al tren que ya he perdido para siempre.

—¿Hola? —me dice.

—Perdona, me he quedado mirando a un punto fijo, me sigue pasando —miento.

Antes, alguna vez solía quedarme mirando a un punto fijo de la pared, o del techo. Me pasaba cuando no sabía qué decir, o cuando mi mente viajaba lejos de la realidad.

—¿Me ayudas a buscar el traje?

—Alexis te ayudará, es un gran vendedor —digo, evitando cualquier contacto con él.

—Prefiero que lo hagas tú: me conoces mejor que Alexis —dice acercándose al mostrador.

—Te conocía. Han pasado cinco años, y ya no te conozco.

—Cinco años y diez días, para ser exactos —recalca.

—¿Puedo preguntarte por qué has venido aquí? En fin, hay muchas más tiendas en Madrid para comprar trajes de novios —le pregunto enfadada.

—Creía que sería bueno verte. Hace mucho que no venía a la ciudad y quería conocer la tienda de la que todo el mundo habla —sonríe—, aunque eso ya te lo he dicho antes.

Joder. Qué asco de situación. ¿Cómo puede seguir provocando en mí este revoltijo de emociones? Han pasado cinco años, cinco maravillosos años en los que he tenido una vida perfecta sin él y en los que pensaba que ya lo había superado.

—Has cambiado mucho, Irina… —dice sonriendo.

—Tú no, estás igual —miento.

Claro que ha cambiado, joder, ha cambiado muchísimo.

Está más guapo, mucho más. Ya es todo un hombre. Tiene las facciones más marcadas, y aunque sigue siendo Enzo, es como si fuera una versión mejorada.

Miro trajes por la tienda que le puedan gustar, o que pudiesen gustarle antes, cuando era tan mío, cuando era «mi Enzo». Ya no le conozco, no sé qué le gusta o qué le inspira, no sé qué le da miedo o qué le preocupa. Antes juraba conocer a Enzo mejor que nadie en este mundo, ahora soy una persona más que solo sabe su nombre, y que por suerte o por desgracia comparto demasiados recuerdos con él, recuerdos jodidamente maravillosos.

—Tengo este. —Señalo un traje negro con bordados blancos.

—Me gusta, quiero probármelo.

—Ahí tienes los probadores.

Entra en el probador. Alexis se asoma desde la trastienda para ver cómo estoy. Niego con la cabeza y los ojos llorosos. Mi amigo me hace un gesto como que después hablaremos y que debo mantenerme fuerte.

—¡Irina, ven! —grita Enzo.

Obedezco y me asomo al pasillo de los probadores. Le veo vestido con el traje que le he dado. Le miro asombrada de lo bien que le queda, y de nuevo mis pensamientos hacen que salga de la realidad.

Hace años hubiera soñado con verle vestido de traje en nuestra boda. Joder, quería a este hombre con todas mis fuerzas, pero él ama a otra persona y va a casarse. Claro que yo también comparto mi vida con el hombre al que quiero desde hace cuatro años y no soy nadie para reprocharle nada.

Odio que vaya a casarse. Odio que me haya olvidado. Y odio que una parte de mí acaba de darse cuenta de que en el fondo nunca dejará de quererle.

—¿Qué tal me queda?

Increíble, así es como le queda. Intento disimular, ya que no quiero que lo note.

—Bien, aunque eso deberá decidirlo la novia. —Sonrío falsamente.

—Claro, no hay nada más importante que la novia el día de la boda.

—Yo le subiría el bajo —digo metiendo una aguja por el pantalón y clavándosela aposta.

—¡Ehh! —grita.

—Perdón, no suelo hacerlo, me he equivocado.

—Supongo, no te imagino clavándome una aguja adrede.

«Pues acabo de hacerlo, idiota», pienso.

Enzo entra en el probador para quitarse el traje y me lo entrega en una percha para que la modista se encargue de dejárselo a la perfección esta tarde. Alexis sale de la trastienda para cobrar a Enzo.

—Estás invitada a la boda.

—¿Perdona?

No sé si he escuchado bien, pero acaba de invitarme a la jodida boda. Estoy alucinando y no sé si chillar, pegarle o mandarle a la mierda.

—No voy a ir.

—Alexis, tú también estás invitado. Será bueno reunirnos después de tantos años.

—No, gracias. No vamos a ir a la boda. Tenemos mucho trabajo, y además, siento decírtelo así: no quiero ir —digo.

—Iremos —interrumpe Alexis.

Le odio. Odio a Alexis en estos momentos con todo mi ser. No puedo creer lo que acaba de hacer.

Sonrío falsamente.

—Genial, os mandaré las invitaciones a la tienda. Es este fin de semana. Espero que vengáis, de verdad.

Alexis nos deja solos otra vez. Vuelve al despacho sonriendo.

—No sabe lo que dice, no iremos —digo.

—Es un buen chico, se nota que te tiene aprecio. Siempre pensé que era el mejor de los compañeros de teatro. Aunque he de reconocer que jamás imaginé que os convertiríais en esto, en amigos, socios o lo que seáis.

—Sí, es el apoyo más grande que he tenido en estos años. No imagino un mundo ni una vida sin él —digo mientras le doy el *ticket* de la compra.

—Ven a la boda, por favor. Me gustaría que estuvieses allí. Es muy importante para mí —dice agarrando mi mano, lo cual hace que el corazón se me vaya a salir del pecho en cualquier momento.

¿Por qué tiene que ser así? Perfecto, amable, cariñoso, respetuoso… ¿Por qué tiene que provocarme esto? Joder, han pasado cinco años, CINCO.

—Lo pensaré.

Enzo suelta mi mano y camina hacia la puerta. Yo me quedo observando cada movimiento que realiza. Se vuelve hacia mí y sonríe.

—Ha sido un placer verte, Irina. Estás muy guapa —dice y se va.

Capítulo 10



—¿Se puede saber qué acabas de hacer? —pregunto enfadada, entrando en el despacho donde Alexis está sentado en una silla.

—¿Y tú?

—¿Yo? ¿Qué es lo que se supone que acabo de hacer? ¡Acabas de decirle que vamos a ir a su boda! ¿En qué cojones estabas pensando, Alexis?

—¿Vas a seguir fingiendo de una puta vez, o vas a ser sincera con tus sentimientos? Llevas dos años intentando evitar el tema de Enzo, negándome que sigues enamorada de él, y ahora el karma ha actuado por sí solo.

Me quedo callada, porque no quiero contestar, no quiero darle la razón y no quiero sufrir.

—Irina, te quiero, ¿vale? Y sé que sabes que te quiero más que a nada en el mundo. Eres mi mejor amiga, mi hermana y mi jodida vida entera, por lo que significa que te conozco mejor que tu propio novio. Llevas años queriendo evitar el tema, porque, en el fondo, sabes que sigues enamorada de él. Te vi llorar durante noches, tener pesadillas, te vi hundirte en un pozo del cual a veces dudaba si podrías salir, pero lo hiciste, tú sola. Te vi cerrarte al mundo cuando Enzo se fue, y te vi amarle como no has amado a nadie, ni siquiera a

Daniel. Así que, por una vez en tu vida, quiero que seas sincera y que admitas que, a pesar de los años que han pasado, Enzo sigue siendo Enzo, y que tú sigues enamorada de él. Porque, lo siento cariño, para el amor no hay normas, y tú sigues enamorada de él. Pero va a casarse, ha pasado página, y tú tienes que hacerlo. Tienes a un hombre maravilloso al lado, que te ama y te adora con todo su ser. No quiero que pierdas eso, porque es muy difícil encontrarlo, y te mereces a un Daniel en tu vida, cariño. —Sus ojos empiezan a llenarse de lágrimas.

Me quedo mirando a Alexis con los ojos llorosos y sin saber qué decir. Lo que más me molesta es que no puedo quitarle la razón ni negar sus palabras, porque en el fondo sé que está siendo sincero. Es, sin duda, una de las mejores personas que me conocen en el mundo, y siempre le he contado la verdad acerca de Enzo, por eso sé que es absurdo mentirle.

—Yo…, yo… —digo, evitando llorar.

Alexis se levanta para abrazarme y apoyo la cabeza en su pecho para finalmente llorar a lágrima tendida.

—Vamos a ir a esa boda, y será la única forma de que te des cuenta de que ese hombre ya no es el mismo que conociste, y que tienes una vida increíble con alguien que te ama incondicionalmente —me dice mientras acaricia mi pelo.

Tiene razón. Quizás deba enfrentarme a ver cómo Enzo se casa con otra persona para terminar de pasar página y superar nuestra historia.

Asiento con la cabeza en forma de respuesta sin soltarme de los brazos de mi amigo.

—Todavía le quieres, y quizás le quieras el resto de tu vida. Porque así es el amor, arrasador. Pero tienes que vivir, no puedes quedarte atada a un pasado que ya ha pasado página.

—He pasado años pensando que ya solamente vivía en mis recuerdos, y que lo único que sentía por él era cariño por lo que vivimos juntos, pero hoy…

—Hoy te has dado cuenta de que no le has olvidado, y no pasa nada, Irina. Hay amores que permanecen en el corazón, y no puedes luchar contra ello. Lo único que debes tener claro es que él tiene una nueva vida y que tú llevas amando a un hombre perfecto cuatro años, y que claramente no se merece que llores por un amor del pasado —dice calmándome.

—Soy una novia horrible, Alexis… ¿Cómo puedo llorar por un hombre teniendo a Daniel?

—Mira, cariño, en los temas del corazón nadie manda y, por mucho que lo intentemos, los sentimientos no se pueden cambiar, porque es algo incontrolable. Es normal que te sientas así después de tantos años sin ver a Enzo. Lo superarás y estarás bien. No pienso rendirme contigo, Irina. Hace cinco años te dije la misma frase, y me esforcé para que salieses del pozo donde estabas, y ahora vuelvo a decirte lo mismo. Vas a superarlo. —Me da un beso en la frente.

—Eres el mejor amigo. Lo sabías, ¿no?

—Sueles decírmelo, sí —dice sonriendo—. Y ahora vete a casa, yo me quedo y me encargo de todo.

—¿De verdad?

—Pues claro, boba. Ve con tu amado y pasa una tarde llena de amor.

Hago lo que me dice. Tiene razón: necesito ir a casa y estar con Daniel. Necesito más que nunca ir a mi lugar seguro y abrazar a mi novio para sentir que todo está bien y que a su lado nada malo puede pasarme.

El camino se hace horrible, ya que no me quito de la cabeza lo que he sentido al volver a ver a Enzo. Nuestros días en París, sus regalos de cumpleaños, nuestros bailes, la primera vez que nos conocimos, incluso nuestras discusiones por tonterías…, todos esos recuerdos se apoderan de mi mente y no me dejan pensar en otra cosa.

Aquellos días con Enzo fueron increíbles. Sin duda alguna, de los más bonitos e importantes de mi vida, pero después llegó Daniel con ese amor incondicional y esa forma de solucionar todo e hizo que poco a poco esos recuerdos se fueran de mi mente, hasta hoy.

Quiero a Daniel, jamás dudaría de ello, pero ver a Enzo me ha hecho cuestionarme todo. El hecho de dudar de si sigo enamorada de él hace que me replantee si estos cuatro años con Daniel han sido reales o simplemente han sido una tirita para mi corazón. Quizás al principio Daniel me sirvió para superar y olvidar a Enzo, pero durante estos años mi amor ha sido real, o eso he querido creer.

Hemos construido una casa y una vida fascinante. No permitiría que se destruyese solo porque un hombre al que amé en el pasado haya decidido venir a mi tienda a comprar un traje para casarse con otra persona.

Tengo que mentalizarme de que Enzo ya no me ama y que rompió su promesa, mentalizarme de que ahora es otra mujer la que ocupa su vida y que, al igual que él me olvidó, yo no debería dudar de mis sentimientos hacia Daniel.

Hay algo que tengo claro, y es que no me permitiría perder a Daniel por nada en este mundo, y mucho menos por un viejo fantasma del pasado que ha venido para atormentarme. Quizás si este reencuentro hubiese sido hace años, no hubiese dudado y

hubiese ido corriendo a los brazos de Enzo, pero ya no. Camino hacia mi casa, donde mi gran amor me espera.

Capítulo 11



Cojo el teléfono y acto seguido marco el número de mi padre. Llegando a casa me han entrado los nervios y necesito hablar con él antes de ver a Daniel.

Mi padre me ofrece ir a su casa y no dudo ni un segundo en hacerlo. Camino en dirección a mi anterior domicilio y entro con las llaves que aún sigo teniendo. Mi padre, como siempre, me está esperando en el sofá del salón.

—Cariño, qué alegría verte.

—Hola, papá —digo con la voz un poco quebrada.

—¿Qué te pasa? Sabía que tu llamada no era por algo bueno…

—¿Podemos sentarnos a hablar? —le digo, intentando no romper a llorar antes de tiempo.

Mi padre me sienta en sus piernas como cuando era pequeña. Me apoyo en su pecho y me relajo al notar sus manos tan cerca, su pecho latir y ese cariño tan suyo que siempre tiene para mí. Me acaricia el pelo e intenta tranquilizarme.

—¿Qué ha pasado? ¿Es por Daniel?

—No, Daniel y yo estamos bien. Es algo más complicado…

—¿Estás embarazada? —pregunta sorprendido.

—No, papá, es Enzo… Ha vuelto.

Mi padre se incorpora y me mira sorprendido. Sus ojos muestran una preocupación enorme y unos nervios que no suelo ver en él habitualmente.

Él no sabe la verdadera historia, solo lo que he querido contarle, no sabe cómo sufrí por Enzo, ya que le dije que me había equivocado y que no le había amado tanto como pensaba. Pero me conoce lo suficiente para saber que sí me enamoré de Enzo, por más que yo intenté ocultarlo después.

—¿Cómo que ha vuelto, Irina?

—Ha aparecido en la tienda, y eso no es lo peor: es que va a casarse… —digo evitando llorar.

—¿Va a casarse?

Mi padre niega con la cabeza. Siempre supo que Enzo estaba enamorado de mí; lo que no se imagina es cuánto llegué a amarle. Más de lo que pude decirle, más de lo que pude soportar, más de lo que quise admitir.

—Sí. Y me ha invitado a la boda… A mí y a Alexis.

—¿Cómo estás? Eso es lo más importante: saber cómo estás por la noticia.

—Si te dijese que estoy mal, ¿sería una persona horrible?

—No. Claro que no. Mira, cielo, quizás me hayas ocultado cosas, lo que no significa que no te conozca mejor de lo que crees. Soy tu padre, lo sé todo con mirarte, no lo olvides.

—¿A qué te refieres? —pregunto extrañada.

—Irina, en tu vida no te he visto mirar a alguien como mirabas a Enzo, ni siquiera a Daniel. Sé lo mucho que amabas a ese chico, y que te rompió el corazón cuando se marchó. Que vaya a casarse ahora es algo que no puedes evitar. La gente avanza y progresa, como tú has hecho. Tienes una gran vida junto a un hombre que te

ama y al que amas. No pierdas eso por un amor del pasado que ya no es correspondido.

Mi padre tiene razón. Cada palabra que sale por su boca es la realidad. Perder a Daniel por un amor del pasado sería un error, y seguir pensando en aquellos días a su lado sería machacarme. Enzo ha rehecho su vida, y yo tengo la mía. A pesar de lo que nos amamos, no deja de ser pasado, y no se puede vivir estancado en él. Hay que vivir el presente, y luchar por el futuro, y es lo que debo hacer.

—Quiero que sepas que amo a Daniel con todo mi corazón —digo llorando.

—No necesito que me lo digas, Irina. Lo sé, y lo veo todos los días. Sois una pareja ejemplar, aunque es normal que ver a Enzo te provoque dudas sobre tus sentimientos. No quiero que te sientas culpable de que tu corazón pueda sentir. Hace años no eras capaz de sentir absolutamente nada, y ahora eres capaz de tener sentimientos por varias personas a la vez. Eso te hace humana, cariño, así que jamás vuelvas a sentirte culpable por querer a alguien.

—A veces pienso que quizás debería haber tomado otra decisión. Luego me doy cuenta de que no tendría esta vida tan maravillosa y no hubiese conocido a Daniel. Sé que Daniel me ama con locura, y que yo amaba a Enzo más de lo que fui capaz de admitir.

—A veces no es cuestión de elegir a la persona que amas, si no a quien te ama. Si la vida fuera tan sencilla, ninguno aprenderíamos nada nuevo, y tú has aprendido mucho a lo largo de estos años.

Nos mantenemos en silencio, abrazados todavía. La charla con mi padre me ha servido para quitarme los nervios que tenía por ver a Daniel después de lo ocurrido hoy. Sin duda, también me ha servido para darme cuenta de que hay amores que nunca se olvidan y que son eternos precisamente porque son imposibles.

Nuestro amor fue fugaz, ni siquiera fue nada formalizado, simplemente fuimos dos personas que se amaron, aunque no era el momento. Apareció en mi vida en el peor momento. Yo era débil y cobarde para admitir que le quería, por eso jamás funcionó, porque el miedo que tenía era más grande que el amor que sentía. A veces, las decisiones pequeñas llevan aparejados grandes cambios. Estoy segura de que el momento en el que decidí no decirle que le quería fue cuando abrí la puerta a mi nueva vida con Daniel. Si le hubiese dicho la verdad a Enzo, el hombre al que quiero hoy se hubiese quedado en el recuerdo de que me devolvió la cartera que se me cayó en la calle, nada más.

Mi madre siempre decía que cuando una puerta se cierra es porque una ventana se abre, y qué razón tenía. Antes no sabía verlo, era demasiado niña y demasiado inmadura. Aunque pensaba haberlo vivido todo, no había vivido ni una cuarta parte de lo que me esperaba. Y duele darse cuenta. Ahora veo mucho más claro. Daniel es mi ventana, esa que yo misma abrí al tomar la decisión de cerrar la puerta de Enzo, y no quiero cerrar mi ventana, no quiero que esa ventana se rompa.

Capítulo 12



Llego a casa y lo primero que veo es que Daniel ha preparado la cena y ha decorado la casa con rosas y velas.

—¿Qué haces aquí tan pronto? Iba a salir en cinco minutos a tu trabajo —dice acercándose a mí.

—Me he dado el lujo de salir antes para estar contigo —miento.

—¿Estás bien? —me pregunta y me da un beso.

—Claro —vuelvo a mentir.

Le sonrío y caminamos hacia la mesa. Daniel me separa la silla para que me siente y vuelve a colocarla.

—¿A qué se debe esto?

—¿Desde cuándo hay que tener un motivo para hacerle una buena cena a mi novia? —me pregunta mientras se sienta.

Siempre ha sido muy detallista, jamás he sentido que no me quiera, y me lo ha demostrado en cada momento. Se ha pasado cada día de estos cuatro años demostrándome que me quiere sin descanso, sin medida, sin condición. A veces pienso que jamás podré quererle de la misma forma que él me quiere. Le miro, y mi cabeza vuelve a estabilizarse. Las dudas y los nervios que tenía hace diez minutos han desaparecido. Daniel es mi lugar seguro en este mundo. No hay nadie que me tranquilice tanto como él.

Quererle siempre ha sido fácil, de hecho, sería imposible no hacerlo. Me enamoré de él como una loca con el paso de los meses, y no tardé en darme cuenta de que todas las cosas malas por las que había pasado habían cobrado sentido en el momento en el que él apareció. Antes decía que mi madre me había mandado a Daniel para que me cuidase y me quisiera, y hoy sigo pensando que él es mi ángel en esta vida.

—¿Cómo ha ido el día?

—Bien. Nada importante, ya sabes —respondo mordiendo un trozo de *pizza* casera.

—Bueno, eso significa que ha sido buen día, cariño. Me alegro —dice sonriendo y con esos ojos tan llenos de amor que pone cada vez que me mira.

Al cabo de un rato, recogemos los platos. Se pone a fregar la cocina mientras que yo subo a la planta de arriba para desmaquillarme y ponerme el pijama.

Pongo música para relajarme e intentar pensar lo menos posible en Enzo. Me aplico crema y aceite en la cara, y me masajeo hasta impregnar todo bien. Me cepillo el pelo y lo recojo en una trenza para dormir más cómoda. Ahora soy mucho más rubia que antes. Llevo un par de años así, y he de reconocer que me gusta más, me ilumina más la cara.

La puerta del baño suena, y veo que Daniel abre y entra.

—¿Vas a decirme qué ocurre?

Me quedo paralizada ante su pregunta. No sé qué responder o qué debería decirle.

—¿Por qué me preguntas?

—Irina, no respondas a mi pregunta con otra, por favor. No me mientas, dime qué pasa —dice cogiendo mi mano.

Me armo de valor y cojo aire antes de soltar nada por la boca. Aprieto su mano y me esfuerzo por no derramar ni una lágrima.

—¿Te acuerdas de Enzo?

—El chico que era tu amigo, al que le ofrecieron aquella película, ¿no?

—El mismo… —Cojo aire y le miro—. Ha vuelto.

—¡Eso es maravilloso! Debes de estar emocionada. Me alegro de que hayáis podido encontraros de nuevo.

Me odio. Odio haberle mentido todos estos años, y odio mentirle ahora. Él piensa que estoy feliz y que es una gran noticia, pero no lo es.

—Ha venido hoy a la tienda porque va a casarse, y nos ha invitado a Alexis y a mí a la boda.

—¡Tendrás que comprarte un gran vestido! Debes ir la más guapa, incluso más que la novia. Aunque eso no es difícil, porque eres una belleza —dice, dándome un beso en la frente.

—¿Quieres venir?

Me arrepiento en el acto de lo que acabo de preguntar. No soportaría que Daniel viniese y tener que enfrentarme a la situación de ver casarse al hombre al que tanto quise a la vez que estoy con mi nuevo amor.

—No, Irina. Es tu amigo y te ha invitado a ti. Yo no le conozco y no debo ir. Te lo pasarás bien, y cuando vengas, me contarás todo con detalles, ¿vale?

Asiento con la cabeza y le miro con los ojos llenos de amor, o al menos eso creo. Tengo demasiada suerte al tenerle, y sé que no le merezco. Jamás podré merecer su amor.

Capítulo 13



—Enzo debe de estar al llegar. ¿Puedes atenderle tú, por favor?

—Irina… Deberías afrontar las situaciones de otra forma —dice Alexis, saliendo de limpiar los probadores.

—Es que, si le veo, va a provocar que otra vez no duerma por la noche. Ayer tuve que mentir a Daniel, igual que estos cinco años ocultándole la verdad. No sé qué hacer. El pasado mío y de Enzo es real: existió y me está torturando. No quiero que afecte a mi relación con Daniel, no puedo dejar que lo haga, ¿lo entiendes?

—Irina, claro que te entiendo. Y por eso te digo que un pasado complicado no es excusa para hacer daño a alguien. Tienes que ser sincera, a pesar de las consecuencias que conlleve.

—Lo sé, Alexis, pero no soy capaz de decirle a Daniel que le he mentido durante cinco años, no puedo hacerlo —digo estresada.

—Entonces, déjame decirte, por mucho que te duela, que jamás vas a poder vivir una vida buena. ¿Recuerdas esa felicidad plena de la que hablabas hace años? Bien, ahora la tienes, y si dejas que se vaya a la mierda, te la vas a cargar, así que sal ahí y planta cara a ese pasado que no te deja avanzar.

Tiene razón, es lo que más rabia me da. Tanto mi padre como Alexis tienen razón. No lo estoy haciendo bien, y al final voy a salir

lastimada de mis propias mentiras por no hablar del daño que le haría a Daniel. No sé cómo él podría gestionarlo, quizás me dejaría, o quizás simplemente ignoraría el asunto y me perdonaría. No lo sé, y me aterra pensar en la primera opción.

Tengo que ser fuerte, valiente, y afrontarlo. Si voy a ir a la boda, tengo que mentalizarme de que debo hacer las cosas bien. Cuando vuelva, pienso contarle la verdad a Daniel, merece saberlo. Hasta entonces, actuaré de la mejor forma posible y procuraré que la situación no me afecte en absoluto. No quiero que Daniel sospeche nada hasta que se lo cuente.

La puerta de la tienda se abre y Enzo aparece otra vez. Ayer no me fijé en que ahora tiene el pelo un poco más largo, casi por los hombros, pero cortado a capas y desfilado. Le sienta bien.

—Buenos días —dice sonriendo mientras se quita las gafas de sol.

—Hola —decimos Alexis y yo.

—¿Tenéis el traje? —pregunta mientras camina hacia nosotros.

—Aquí está —digo cogiéndolo de la percha del almacén.

Se lo entrego. Enzo se queda mirándome fijamente, como si quisiera decir algo, pero no lo hace. Un silencio incómodo se genera hasta que Alexis hace un ruido y volvemos a la realidad.

—Gracias por haber sido tan rápida, Irina.

—De nada.

Enzo busca en sus pantalones vaqueros y al fin saca dos sobres, que sospecho son las invitaciones a la boda.

—Quería entregaros oficialmente las invitaciones, ¿vendréis?

Asiento con la cabeza. Alexis no responde, deja que yo lo haga.

—Es una gran noticia. Nos veremos el viernes en la dirección que indica la invitación.

—¿El viernes? Creía que era el sábado, bueno… Dijiste que era el fin de semana —digo dudando.

—Bueno, es que los invitados más especiales tienen la suerte de estar el fin de semana entero allí.

—¡Vaya, qué suerte! —exclamo con ironía.

Veo que en las invitaciones de la boda solo sale la dirección. Me muero por saber el nombre de la mujer con la que va a casarse, saber cómo se conocieron, por qué se enamoró de ella.

Enzo nos deja de nuevo solos tras despedirse. Alexis espera a que diga algo, pero no lo hago. Camino hacia el despacho y me siento en mi silla a mirar al techo, con la mente en blanco e intentando asimilar que, si ya era complicado para mí estar en esa boda, resulta que debo pasar tres días con Enzo y su nueva novia.

Maravilloso. Jodidamente maravilloso.

Y una mierda. Claro que no es maravilloso, es una mierda, una tortura y un asco.

No sé cómo decírselo a Daniel. Le conozco, y sé que a él no le importará que pase el fin de semana fuera. Claro que tendrá que hacerse cargo el viernes y el sábado de la tienda, o pedirle a mi padre que vaya a echar una mano.

Quiero pensar que al estar con Alexis estaré mejor de lo que me imagino. Intentaré no salir mucho de la habitación donde vayamos a alojarnos, y así evitar ver a Enzo en la medida de lo posible.

—¿Puedo pasar? —pregunta Alexis asomando desde la puerta.

Asiento con la cabeza. Alexis se sienta y nos quedamos callados. Sabe que cuando estoy así lo que menos me apetece es hablar. Valoro el silencio, que en estos momentos es lo único que necesito: su compañía y el silencio del despacho para tranquilizarme.

—No sé qué ponerme para la boda.

—Oye, conseguiremos algo. Yo cogeré un traje de la tienda, y para tu vestido iremos de compras y encontraremos el vestido más bonito que puedas imaginar, ¿vale?

—Vale… —digo, aunque poco convencida.

El resto de los días no me preocupan. Cogeré ropa que tenga en el vestidor y me apañaré con lo que sea. Tengo ropa para dar y regalar, así que con cualquier cosa iré bien.

No quiero competir con la novia, aunque sí que Enzo me vea guapa. Quiero que piense que sigo siendo aquella chica joven y que ya no me tiene. Tengo la necesidad de restregarle que ahora soy mejor y que ya no le pertenezco, y que nunca lo hice.

El impulso femenino de querer destacar ante los ojos de quien un día amamos, supongo.

O el impulso de mierda por querer fastidiar al hombre al que sigo queriendo. ¡Parezco una quinceañera! ¿Qué se supone que estoy haciendo? Debería darme vergüenza estar pensando en querer estropear su día. Enzo fue demasiado bueno conmigo en el pasado, debería comportarme de la misma forma, y más el día de su boda. Pero no puedo.

Capítulo 14



Después de una hora y media montados en el coche, con la música demasiado alta y cantando como dos locos, llegamos a nuestro destino.

No he podido conducir ni un solo minuto, porque los nervios eran demasiado fuertes para estar concentrada en la carretera, por lo que Alexis ha ido al volante y yo he sido un copiloto de viaje espectacular, ya que me he encargado de la lista de reproducción de música y también de guiarle con el GPS. Siendo sincera, Alexis es un pésimo conductor, sobre todo cuando se trata de seguir indicaciones en el mapa, por eso, desde el primer momento he sabido que tenía que encargarme de ser quien estuviese pendiente del GPS.

—¿Cómo estás?

—Nerviosa, supongo.

Bajamos del coche y cogemos del maletero nuestros equipajes para pasar el fin de semana en el lugar donde va a celebrarse la boda.

—Vaya —digo admirando el lugar.

—Ya te digo, vaya. Es precioso, pedazo de sitio, tía.

Todo está rodeado de césped, árboles, flores… El aire libre puede respirarse. Me encantan estos sitios: es un ambiente completamente

diferente al de la gran ciudad. He de decir que han trabajado bastante en la decoración; todo está adornado con mucho cariño y detalle.

El recinto es una especie de casa enorme de color blanco, al igual que la mayoría de los detalles de la decoración. Hay una gran fuente justo a la entrada, donde se encuentra también el *parking,* donde hemos dejado el coche. Veo la especie de altar que han preparado para mañana. Imagino que no van a casarse por la iglesia y que harán una ceremonia después de casarse por lo civil.

Jamás he querido casarme por la iglesia, de hecho, esto es lo más parecido a lo que siempre he soñado con que fuese mi boda. Hace años quería casarme en la playa. Luego pensé que era demasiado sucio y que todo el mundo acabaría lleno de arena, por lo que con el tiempo se me ocurrió la idea de casarme en el campo, rodeada de flores y de la gente a la que quiero. Y es justo así como Enzo va a casarse.

—¡Hola! Qué pronto habéis venido —dice Enzo saliendo de la casa.

—Hola —dice Alexis, y le da un apretón de manos.

—Hola —digo desde la lejanía.

—Venid, os enseñaré vuestra habitación.

«Qué considerado», pienso.

Caminamos detrás de él. La casa es todavía más bonita de lo que esperaba. La ambientación es bastante rústica y minimalista, lo cual me encanta. Subimos unas grandes escaleras hasta la planta de arriba, en la cual parece encontrarse nuestra habitación. Enzo camina cerca de dos puertas y por fin se frena en una de ellas.

—Es esta de aquí. He pedido que fuese la mejor.

—Vaya, qué considerado —murmuro.

—¿Decías algo?

—Que gracias —miento.

—Si necesitáis cualquier cosa, mi habitación está abajo, justo al lado de la puerta del jardín, donde la piscina —dice alejándose, dejando muy claro dónde está su habitación. Una habitación a la cual no pienso ir.

—Con piscina y todo… Esto es surrealista —digo poniendo los ojos en blanco.

—En cuanto dejemos las maletas, pienso ir a darme un baño a esa piscina —dice Alexis.

—Pues que lo disfrutes. Porque yo no pienso moverme de esta habitación hasta mañana. —Hago una pausa mientras introduzco las llaves en la puerta—. Por cierto, como veo que te vas a estar paseando por la casa, esta noche tráeme algo de cena.

—Si quieres cenar, tendrás que ir a por ello.

—Vaya, qué gran amigo eres —digo irónicamente.

Entramos en la habitación y se me abren los ojos al ver la maravilla que tenemos delante. Me atrevería a decir que es casi más grande que la casa de mi padre.

Los suelos son de madera negra; las paredes blancas, y los muebles, en los mismos tonos. Hay dos camas de matrimonio, que es donde dormiremos Alexis y yo, dos armarios y un sofá. Continuamos andando y, por si fuera poco lo que hemos visto, nos sorprendemos todavía más.

—Genial, ya no necesito que me traigas cena —digo observando que tenemos comida en la habitación.

—Oye, qué detalle por su parte. Qué bien organizado lo tiene. Se nota que Enzo ha estado haciendo un gran trabajo.

—Cállate —digo tirándole un cojín de la cama.

El baño está a mano izquierda, justo al lado de la nevera. Es precioso y enorme. Es un baño completo, con bañera *jacuzzi* y dos

lavabos. Lo más bonito de la habitación, sin duda, es la cristalera que se abre y lleva a una terraza donde se ve todo el recinto.

Me ha recordado la terraza que tenía en mi antigua casa, adonde salía todas las mañanas a tomarme un café mientras me fumaba un cigarro. Me apoyo en la gran barandilla de piedra y observo los árboles que tengo enfrente, dejándome llevar por mis pensamientos del pasado.

—¿Estás bien? —me pregunta Alexis situándose a mi lado.

—Lo estaré —digo apoyando el lateral de mi cabeza en su hombro.

—¿Sabes que eres muy valiente por haber venido aquí, verdad? Y que estoy orgulloso de ti por ser tan fuerte.

—Gracias. Solo tú sabes lo que esto me cuesta en el fondo, y que preferiría estar en cualquier otro lugar antes que aquí.

—Una vez termine este fin de semana, no te permitiré volver a dudar sobre tu relación, así que aprovecha bien lo que quieras decir o hacer, porque, una vez acabe esta boda, volverás a tu vida de siempre y no dejaré que vuelvas a cuestionar tus sentimientos. ¿Ha quedado claro?

—Clarísimo. Por cierto, voy a decirle a Daniel que hemos llegado —digo entrando en la habitación.

—No hay cobertura —dice Alexis.

—¡Mierda! Tengo que ir a buscar cobertura. Estará preocupado, tengo que llamarle.

—Irina, estamos en el monte, aquí no hay cobertura —repite.

—¡Pero estará preocupado!

—Parece mentira que no conozcas a Daniel. Se imagina que hemos llegado y confía en ti; sabe que estás bien.

Claro que conozco a Daniel. La realidad es que quería hablar con él para mentirme a mí misma de que es el hombre al que amo, y

para que me diga que todo va a estar bien, como hace siempre. Necesito escuchar su voz, saber que no está enfadado y que me sigue amando igual que esta mañana.

Capítulo 15



Ayer, efectivamente, no salí de la habitación. Me quedé en la terraza viendo cómo la gente se divertía y hablaban durante horas, hasta que empezaron a emborracharse. Alexis al final tampoco me abandonó. Dijo que prefería quedarse conmigo jugando a las cartas y hablando bajo las estrellas que ir a hablar con gente a la que no conoce. Nos preparamos una buena cena a base de embutido y pan.

Me pongo el vestido que me compré en la tienda el otro día cuando fui a buscarlo con Alexis.

—Ese vestido está hecho para ti —dijo.

No dudé en comprarlo. Alexis, aparte de ser el mejor amigo, es la persona más sincera. Por eso supe que era el vestido perfecto.

Es de un tono azul eléctrico, de tirantes y con un escote pronunciado en pico. Se ajusta a la cintura, y tiene bastante cola en el largo del final. Es perfecto, sin duda.

Me he ondulado el pelo. Alexis me ha ayudado a hacerme un pequeño recogido con una pinza de brillos, dejando mechones sueltos. El maquillaje es bastante sutil, idóneo para una boda.

—Estás increíble, te lo juro, de verdad que lo estás —dice mi amigo, vestido con un traje negro.

—Tú no te quedas corto. Estás muy guapo, amigo. —Sonrío.

Antes de irnos, nos hacemos algunas fotos para el recuerdo, algún *selfie* y otras poniendo el temporizador y dejando el móvil apoyado en una superficie alta para que nos fotografíe de cuerpo entero.

Alexis abre la puerta y salimos de la habitación. Nos cercioramos de que se queda cerrada y bajamos las escaleras para encarar uno de los peores días de mi vida. Enzo se encuentra abajo de la escalera. El encuentro de nuestras miradas me produce unos nervios incontrolables.

Está guapísimo. Es guapísimo. No hay duda. Lleva el traje que compró en la tienda, y se ha peinado el pelo hacia atrás, dejándolo caer por la nuca. Sigo pensando que es uno de los hombres más guapos que he visto en mi vida.

El más guapo de todos.

—Estás maravillosa —dice entregándome su brazo, para que me sujete y termine de bajar los escalones.

Rechazo su ayuda y le miro sonriendo falsamente. No soporto que siga siendo tan amable conmigo a pesar de que vaya a casarse con otra mujer, de haber roto su promesa y de haberme invitado a ver lo feliz que le hace su novia.

Caminamos los tres hacia el jardín. Los invitados están sentados en sus asientos, esperando a Enzo y a su nueva mujer, a la cual aún no he visto. Me mata la curiosidad de saber quién es.

¿Se parecerá a mí? ¿Será más guapa que yo? ¿Le hará tan feliz como yo? Mejor dejar las comparaciones, porque obviamente sé la respuesta, al menos a una de mis preguntas: está claro que le hace más feliz, porque va a casarse con ella.

—¿No se supone que deberías estar en el altar? —pregunto intentando que no se note mi enfado.

—¿Por qué debería estar en el altar?

—Hombre, vas a casarte. Se supone que el novio espera a la novia en el altar, a no ser que vayas a dejarla plantada. Sería horrible por tu parte, pero bueno, se te da bien abandonar a la gente, tienes experiencia —digo arrepintiéndome al segundo.

—Para tu información, Irina, no voy a abandonar a nadie. Y si no estoy en el altar, es porque yo no soy el novio —dice para mi sorpresa.

Alexis y yo ponemos la misma cara de sorpresa. Ambos perdemos el equilibro y nos miramos desconcertados.

—¿Cómo dices? —pregunta Alexis, que claramente sigue igual de desconcertado que yo.

—Tú viniste a mi tienda pidiendo un traje para una boda e invitándonos a venir —digo por fin.

—¿Y en qué momento dije que era mi boda o que yo fuese a casarme?

Empiezo a recordar cada palabra suya, y es cierto que no lo dijo en ningún momento. Enzo jamás dijo que él fuera a casarse, pero la rabia y el dolor de volver a verle me cegaron y no fui capaz de verlo. Enzo no ha roto su promesa, y eso hace que me sienta todavía peor, que me sienta como el peor ser humano de la tierra y que me odie por haber pensado esas cosas de él.

—¿Y quién se casa? —pregunta Alexis.

—Mi mejor amigo. Le conocí mientras grabábamos una película, y tiene familia aquí, en España, por lo que la boda querían hacerla aquí, aunque después se vayan de nuevo fuera a vivir.

—¡En todo momento sabías que pensaba que eras tú quien se casaba y no lo aclaraste! Lo hiciste para darme celos —digo enfadada, aún más que antes.

Enzo me mira sin saber qué decir. Alexis coge mi brazo para que me calme y no haga algo de lo que me arrepienta.

—¿Celos? Tú tienes pareja, Irina, tienes la vida con la que siempre soñaste. ¿Qué celos iba a darte que yo me casara cuando tú rehiciste tu vida?

«No te tengo a ti», pienso.

No tengo la vida con la que siempre soñé, porque él no está en ella. Hace años, cuando soñaba con lo que ahora tengo, era Enzo quien estaba a mi lado, no Daniel. Era Enzo quien me daba los buenos días y las buenas noches, a quien abrazaba cuando algo bueno pasaba, y a quien le contaba las cosas el primero; así que no, no tengo la vida con la que siempre soñé.

Me aguanto las lágrimas, porque no quiero que vea lo débil que soy. No quiero que sepa que aún, y a pesar de todo, sigo sintiendo cosas inútiles por él. Y lo que menos quiero es darle la razón cuando en el fondo sé que la tiene.

Soy egoísta e injusta con él. Me he puesto celosa al pensar que podía hacer su vida cuando yo hice lo mismo, y parezco una idiota quinceañera montando una escena de celos.

—Creo que esto deberíais hablarlo en otro momento y sentarnos. Todo el mundo nos está mirando —dice Alexis.

Capítulo 16



La ceremonia ha sido preciosa. Los votos han sido sin duda más bonitos de los que pudiese imaginar. No los conozco de nada, pero incluso he derramado lágrimas al escucharlos. Aunque ya no sé si ha sido por la situación con Enzo, por estar sentada a su lado viendo como dos personas están comenzando una vida o porque de verdad han sido unas palabras preciosas.

A la hora de la comida, todo estaba delicioso, menos un paté de hígado de cerdo con frambuesa que, aunque me encanta el paté, era demasiado picante para mí. El marisco y el chuletón, estupendos, y la tarta de chocolate y fresas aún más, a pesar de que no me gusta mucho el dulce. Luego he cogido dos copas de sorbete de limón para empezar a beber. No voy a poder soportar el día de hoy sin emborracharme, estoy segura.

Sé lo mal que me sienta el alcohol, pero peor me sienta estar aquí, sabiendo la verdad e intentando disimular que aún le sigo amando.

Me encuentro sola, sentada en unas escaleras, mientras fumo un cigarro y observo el horizonte intentando buscar respuestas a lo que está ocurriendo.

—Hola, ¿puedo hacerte compañía?

Miro hacia arriba y veo que es la novia.

—Hola, claro. Una boda preciosa, por cierto.

Se sienta a mi lado y se queda mirándome mientras sonríe.

—Soy Aby —dice sonriendo.

—Yo, Irina.

—Lo sé. Enzo lleva hablando de ti cinco años sin parar. Teníamos ganas de conocerte. Por eso le animamos a que te invitase a la boda, al fin y al cabo, todo esto es cosa suya.

—No entiendo… ¿Cosa suya? —pregunto extrañada.

—Nos estuvo pidiendo durante meses que escogiésemos Madrid para la ceremonia. Supongo que tenía ganas de volver a verte. ¿Me das un cigarro? Por favor, no se lo cuentes a nadie.

Pienso en lo que acaba de decirme.

¿De verdad Enzo les convenció para que se casaran aquí solo por mí? No puede ser, han pasado cinco años y no soy capaz de creer que después de tanto tiempo siga pensando en mí de esa forma.

—¿Crees que, a pesar de los años que han pasado, sigue pensando en mí?

—No te conozco, pero a él sí, y créeme, no ha habido un día en que Enzo no se haya acordado de ti. Te juro que hasta casi me ha hecho quererte. Habla maravillas de ti, Irina. Esto tampoco se lo cuentes a nadie, porque no quiero morir el día de mi boda —dice, haciéndome reír con el dramatismo. Asiento con la cabeza para que se quede tranquila.

—Si te soy sincera, jamás pensé que volvería a verle. Me alegré cuando le vi, pero pensaba que no volveríamos a vernos nunca —le digo como si fuese el secreto más grande del mundo, como si no supiera que se lo va a contar a Enzo.

Es muy guapa. Es una chica de tez morena y pelo negro rizado. Tiene los ojos verdes y las facciones de la cara muy pronunciadas.

Es más alta que yo, y bastante más delgada. Lo que más destaca es su personalidad: es muy agradable, y parece cercana. Imagino que Enzo y ella hicieron grandes migas y son buenos amigos. Algo me dice que ha sido un gran apoyo para él estos cinco años.

No me conoce de nada, y está en su propia boda hablando conmigo sentada con su vestido blanco en unas escaleras y alejada de sus invitados, por lo que debe de ser una gran persona. De lo contrario, es que se siente demasiado agobiada y prefiere hablar con una desconocida. Algo me dice que es la primera opción.

—Dos almas que están destinadas a encontrarse lo harán, no importa el tiempo que pase ni los obstáculos que hayan en el camino.

La miro y sonrío. Pienso en sus palabras y en la gran razón que tiene. Quizás nuestras almas, de una forma u otra, estén conectadas, y sea verdad que tarde o temprano íbamos a reencontrarnos.

—Gracias por el consejo, Aby.

—Aquí tienes una amiga para lo que necesites, cuenta con ello —dice extendiendo su mano sobre la mía—. El baile me espera, te veré allí.

Se levanta y se aleja. Yo hago lo mismo y camino a la pista central a ver el primer baile.

Me sitúo al lado de Alexis mientras que *Perfect* de Ed Sheeran suena. Me parece una canción preciosa para un baile de boda. Todo el mundo les mira emocionados, menos al único que no veo, Enzo. Busco su rostro entre todos los invitados y no le localizo.

—¿Bailarás conmigo la siguiente canción?

La voz de Enzo suena a mi espalda y me vuelvo a mirarle. Sus ojos parecen tristes y cansados, igual que los míos. Alexis me hace gestos indicándome que debo aceptar el baile. Sé que aceptarlo será

un completo error, pero me muero por bailar con él, por sentirle cerca, por olvidar lo que ha pasado entre nosotros, y por un segundo volver a ser los mismos de antes.

Cojo su mano y nos dirigimos al centro de la pista. Enzo sonríe, y yo hago lo mismo.

Another Love suena en la pista. Nos cogemos de la mano. Apoyo mi cabeza en su pecho y bailamos al ritmo de la música mientras suena la canción que podría describir nuestra situación a la perfección.

—Me debías un último baile —susurra en mi oído.

«Ojalá no fuera el último», pienso.

Daniel… La imagen de mi novio aparece en mi cabeza y me hace arrepentirme de lo que estoy haciendo. Estoy bailando con el hombre al que he amado, mientras el que me ama piensa que estoy respetándole en la boda de mi supuesto amigo.

—Esto no está bien, Enzo… Tú, yo, nosotros… Esto no debería pasar.

—Irina, solo es un baile.

Es más que eso. Es mucho más que un simple baile, y odio que piense que solo es eso.

Para mi fortuna, la canción termina y no tardo en abandonar la pista. Alexis me sigue mientras intenta alcanzar mi paso, ya que he salido corriendo hacia la habitación.

Capítulo 17



Me tiro en la cama después de haberme puesto ropa cómoda. Lloro desconsoladamente. Alexis se tumba a mi lado a acariciar mi espalda para relajarme.

—Háblame, Irina. Odio verte así, me mata no poder hacer nada.

No respondo y sigo llorando. Levanto la cabeza para tumbarme de nuevo, esta vez en sus piernas.

—Jamás pensé que podría afectarme tanto volver a verle. Tengo una buena vida, Alexis, un hombre que me ama y un negocio maravilloso. ¿Qué se supone que hago llorando por él? No debería, no tiene que ser así.

—Eres humana, Irina. Puedes permitirte sentir amor, dolor, arrepentimiento, incluso culpa. No es malo tener sentimientos por alguien.

—Cuando amas a una persona, se supone que no puedes amar a nadie más.

—¿Le amas? —pregunta refiriéndose a Enzo.

—Ojalá me hubiese hecho daño, porque le odiaría, pero me hizo ser la persona más feliz del mundo, y por eso le amo.

Alexis se tumba a mi lado y me quita el pelo que cubre mi cara para después secar mis lágrimas.

—Estás hecha un lío, eh, amiga.

—¿Crees que soy una persona horrible?

—No, en absoluto. Pienso que eres maravillosa y que te has convertido en una gran mujer. No te arrepientas de nada: hagas lo que hagas, hazlo con el corazón.

—¿A qué te refieres? Odio cuando hablas enigmático.

—Irina, si amas a Enzo, ve a buscarle y díselo; pero si amas a Daniel, no salgas de esta habitación y no tientes a tus sentimientos para que puedan jugarte una mala pasada y acabes haciendo algo de lo que te arrepientas.

Alexis se pone el pijama. Yo sigo sentada en la cama pensando en lo que debería hacer. Quiero hablar con Enzo, necesito decirle cuánto sufrí por él y cuánto le quiero todavía, aunque sé que no debería. No debería, porque el hombre con quien comparto mi vida está esperando a mañana para estar juntos de nuevo. Daniel no merece esto, no merece a una persona que dude de si le quiere o no; merece mucho más de lo que puedo ofrecerle.

—Se me ha olvidado el paquete de tabaco, voy a buscarlo. No me esperes despierto, necesito un poco de aire —miento.

Alexis me mira. Sabe perfectamente que no voy a buscar ningún paquete de tabaco, pero sonríe y asiente con la cabeza.

Salgo de la habitación y camino hacia donde está el hombre que sigue haciendo que dude de mi existencia. Llamo un par de veces. Enzo aparece sin camiseta y me invita a pasar.

—¿Molesto?

—Nunca. Pasa. Iba a irme a dormir, pero prefiero compañía —dice cerrando la puerta.

Me siento en la cama; él también lo hace un metro alejado de mí, como si quisiera mantener distancia. En el fondo, lo agradezco, porque estar con él en una cama, con las hormonas y los

sentimientos a flor de piel, él sin camiseta y después de lo que ha pasado hoy… No creo que pudiese controlarme si se acerca más a mí.

—Mike y Aby me han dicho que te diese las gracias por venir y por tu regalo de boda.

—No he podido hablar con Mike, me siento fatal. ¿Le dirás que lo siento?

—Tranquila. Creo que Mike comprende la situación mejor de lo que imaginas.

Nos miramos. Ambos queremos hablarnos, sin saber por dónde empezar.

—Cinco años… Cinco años sin vernos, y parecemos dos extraños —dice por fin.

—Ahora lo somos.

—Yo sigo siendo el mismo, Irina. El mismo que conociste; nada ha cambiado.

—Supongo que algo sí, ¿no?

—Absolutamente nada. Lo supe el día que te vi en la tienda: nada había cambiado. En ese momento volví a ser aquel crío que te amaba locamente, eso tampoco ha cambiado.

—Enzo, yo…

—Tranquila. No pretendo darte lástima, ni mucho menos. Sé que tienes pareja y que eres feliz, y te juro que no sabes lo que me alegra, Irina, pero a veces pienso en cómo hubiese sido la vida si no hubiese cogido ese avión…

—Mi vida no sería la misma, probablemente. —Hago una pausa y le miro con lágrimas en los ojos.

Enzo me mira casi en la misma situación. Con los ojos tristes y llenos de amor a la vez.

—Sé que todo pasa por algo, aunque ojalá no hubiera pasado, ojalá no te hubieses ido nunca —digo antes de que él pueda hablar, antes de que me arrepienta.

Enzo me mira con los ojos abiertos, confundido ante mi comentario, al igual que yo.

—¿Por qué entonces dejaste que me fuera? Y no me mientas, por favor, no quiero oír mentiras, Irina. Merezco la verdad.

—Quería que fueses feliz. No fue porque no te quisiera o porque quería que te alejases de mí. A veces la mayor forma de querer a alguien es dejándole ir.

Enzo se levanta de la cama enfadado. Apoya la frente en la pared y cierra el puño. Su respiración se altera y vuelve a mirarme.

—Me dejaste ir porque sabías que, si me lo pedías, lo hubiera dejado todo por ti. Fuiste cobarde. Sabías que era capaz de renunciar a todo, menos a ti —dice con un tono de voz elevado, haciendo hincapié en sus tres últimas palabras.

Sus ojos derraman lágrimas, y no puedo evitar levantarme para abrazarlo. Sentir de nuevo su cuerpo tan cerca del mío hace que me estremezca. Nuestras respiraciones se vuelven una, y nuestros corazones laten a la vez.

—No sabes cuánto sufrí, Enzo, no puedes hacerte una idea. Tú fuiste a cumplir un sueño, pero yo me quedé sola, me perdí en una oscuridad terrible, me perdí cuando te perdí, y Daniel salvó mi vida…

—Siento enterarme ahora, pero te recuerdo que fuiste tú quien bloqueó mi número y desapareció. Tú me dijiste que me fuera, que no me querías, que tenía que cumplir mi sueño, y si lo hice, era porque pensaba que de verdad era lo que querías, Irina. Nunca sabía cómo acertar contigo, no sabía si decirte la verdad era lo correcto, no sabía si irme, no sabía qué hacer, porque nunca lo has

puesto fácil. Me fui y no me detuviste, ni tampoco viniste. No sabía qué más hacer, Irina. Estaba muy confundido.

—Si yo hubiese sido la que se hubiese ido…

—Entonces me hubiese ido contigo.

No me deja terminar la frase, y es él quien lo hace dejándome un mal sabor de boca y con un dolor horrible en el pecho.

—Era una locura. No podía dejar a mi padre e irme contigo, no quería ser un estorbo en tu carrera. Irte fue una locura, Enzo… —digo aún abrazada a él.

Se separa de mí y coge mi mano con la suya. Con la otra acaricia mi mejilla.

—Lo más loco que he hecho en esta vida no fue irme del país, no fue hacer una película de la noche a la mañana; fue esperar durante cinco años a que un día aparecieses.

Una lágrima cae por mi mejilla. Enzo la frena con su dedo.

—Debo irme, Enzo. Alexis me está esperando en la habitación.

—¿Es por Alexis, o es otra mentira más, Irina?

—Déjalo, por favor —digo soltando su mano.

Camino hacia la puerta, y antes de que pueda abrirla, la mano de Enzo hace presión contra ella. Me vuelvo a mirarle y le veo más cerca que nunca.

—Enzo…

Trago saliva. Sus labios están a menos de dos centímetros de los míos, su respiración se corta con la mía y se asemeja a la fuerza de la mía. No puede besarme, no puede hacerlo, porque no podría pararle. No puedo hacerle esto a Daniel. No puedo hacerme esto a mí.

—Espero que seas feliz, Irina —dice y besa mi frente.

No iba a besarme. Solo que mis deseos y ganas han querido pensar en que es lo que quería. Sé que me quiere y que sigue

enamorado de mí, y una parte de mí también es consciente de que siempre le querrá, a pesar de todo. Y ahora sé que jamás voy a olvidarle. Pero le debo un respeto a la persona que quiero y no debe pasar nada entre Enzo y yo. Aunque lo quisiera.

Le miro por última vez y salgo de la habitación para ir corriendo hacia mi amigo. Necesito unos de sus consejos de mierda, contarle que casi le beso, que también me moría por hacerlo, que sigo amándole y que me aterra no dejarle de amar nunca.

Capítulo 18



Necesitaba volver a casa y olvidar lo que había pasado estos días atrás. Abrazar a Daniel y sentir que nada entre nosotros había cambiado, que seguíamos siendo los mismos y queriéndonos igual. Tenía que verle y sentir que me amaba a pesar de mis dudas y de mis sentimientos hacia el hombre que había robado mi corazón años atrás.

Odiaba mentirle, pero sabía que la verdad le dolería más. ¿Cómo soportaría Daniel saber que la mujer a la que ama tiene dudas con otro hombre? No podría. Yo tampoco podría soportar que Daniel se reencontrase con alguien del pasado y alterase sus sentimientos hasta el punto de dudar de su amor por mí.

Sé que no merece vivir engañado por mí, pero no soy lo suficientemente valiente para afrontar la realidad, mi realidad, de la cual estoy haciendo víctima a Daniel sin que él lo sepa.

Alexis lleva todo el día diciéndome que no debería sentirme culpable, que no he hecho nada malo, y que es normal que tenga dudas por el amor tan grande que tuve a Enzo en el pasado. No me ha servido de nada, por lo que he decidido irme antes a casa de que se acabe el fin de semana. No me he despedido de Enzo. Les pedí a Aby y a Mike que lo hiciesen por mí; no me sentía con fuerzas

suficientes para hacerlo, para mirarle de nuevo a los ojos mientras le decía «adiós».

Llegamos a mi portal y me despido de Alexis con un fuerte abrazo.

—Mañana todo esto habrá pasado, te lo prometo. Volverás a estar bien.

—No imagino qué pasaría si no fuera así.

Bajo del coche y después de coger el equipaje entro en el portal para subir en el ascensor. Suspiro varias veces antes de que las puertas se abran.

—¿Amor?

La voz de Daniel suena desde la cocina y corro hacia allí para abrazar a mi novio con fuerza.

—Te he echado tanto de menos —digo.

—Vaya, vas a tener que irte más veces para volver con tantas ganas de abrazarme —dice—. Yo también te he echado mucho de menos.

Seguimos abrazados. Siento de nuevo volver a estar tranquila y en paz. No podría explicar la sensación de estar refugiada en su pecho después de los días caóticos que he vivido. Volver a tenerle cerca y saber que todo está bien es lo que necesitaba.

—Ve a ponerte cómoda. Prepararé la comida y descansaremos en el sofá toda la tarde —dice sonriendo.

—Claro. Estoy deseándolo.

—¿Lasaña?

—Por favor, es tu mejor plato —digo haciendo ojitos.

Agarro de nuevo la maleta y subo a mi habitación. Cojo la ropa y la dejo en el cesto de la lavadora. Mañana lavaré y tenderé; hoy necesito descansar y no hacer nada. Físicamente no estoy cansada, pero mentalmente estoy molida, y es mucho peor.

Entro en el baño, me desvisto y abro el grifo para darme una ducha. Cierro los ojos, me apoyo en la pared, suspiro y el agua cae sobre mí. Me doy una larga y caliente ducha mientras pienso en lo que ha pasado y en el daño que me ha hecho volver a reencontrarme con Enzo.

Solo por un instante pensé que las cosas podrían ser diferentes entre nosotros, que podríamos volver a estar bien, que nada había cambiado, que seguíamos siendo aquellos jóvenes que se conocieron en el momento más inesperado y más erróneo de todos. Aquellos que bailaban y reían durante horas mientras buscaban aventuras, que se amoldaron el uno al otro para encajar como piezas de un puzle.

—Cariño, ¿todo bien? —Daniel entra en el baño a preguntarme mientras estoy secándome con las toallas.

—Sí.

—Te conozco, sé que algo no está bien. Puedes contármelo, lo sabes, ¿verdad?

Asiento con la cabeza y me apoyo en el lavabo para mirarle.

—La boda no era de Enzo —digo suspirando.

—No me extraña, sería un idiota —dice para mi sorpresa.

—¿Cómo dices? —pregunto extrañada.

—Irina, él jamás podrá casarse o encontrar a alguien más mientras tú sigas con vida. Mientras tú existas, él basará su existencia en ti.

Me agarro al lavabo. Le miro desorientada y con los ojos llorosos.

—Tú…, ¿desde cuándo sabes eso?

—Lo he sabido siempre, todos estos años. Vi las cartas que escribías sin enviar. Cuando te conocí, estabas completa rota, y solo podía ser por una cosa, por amor. Más tarde me hablaste de ese tal Enzo, y me contaste que se fue del país, y entonces lo supe: él era

el chico que había causado aquel dolor, él había sido ese amor que te había hecho sufrir. Lo he sabido siempre.

—¿Por qué no me lo dijiste? —pregunto angustiada.

—Porque te correspondía a ti contarme la verdad. Supuse que, si no lo hacías, era porque no estabas preparada o porque no querías hacerlo. Jamás voy a obligarte a contarme nada que no quieras, ni a hacer algo que no desees hacer, Irina.

El mundo se me viene encima. Todos estos años ha estado engañándome, igual que yo a él. Me siento una completa idiota. No esperaba esta conversación, no ahora, no después de estos días tan catastróficos.

—¿Le amas?

—Te quiero a ti, Daniel, te quiero a ti —repito.

—Irina, no te he preguntado eso. ¿Le amas? —insiste mirándome y acercándose a mí.

—Yo… Él fue importante para mí, le quise muchísimo, y pensaba que ya no sentía nada por él, pero al verle…

—No quiero que te quedes conmigo por rutina o por lástima, Irina. Entiendo que él haya sido tu primer amor, pero yo sueño con ser el último, quiero que desde tu libertad me elijas, no que lo hagas por lástima, eso no —dice apenado.

—No, no, no —digo mientras acaricio su cara y limpio sus lágrimas —. Jamás elegiré a alguien que no seas tú. Te quiero, Daniel, con todo mi corazón.

—Prométeme que si algún día dudas entre él y yo, me lo dirás. No quiero sufrir, Irina, no merezco sufrir —dice apoyando su cabeza en mi pecho.

—Hubo un antes de ti, pero tú eres mi después, tú eres el final del camino.

Daniel me besa con intensidad y pena a la vez. Yo hago lo mismo y le abrazo fuerte. No quiero que vuelva a dudar jamás de si le quiero, porque me parte el corazón verle así. Le quiero, le amo, y eso será así siempre, a pesar de que Enzo haya vuelto.

Capítulo 19

ENZO



La había dejado ir, sabía que debía hacerlo, no podía retenerla.

Cinco años, habían pasado cinco horribles años en los que lo único que sabía de ella es que había triunfado y que era feliz al lado de ese tal Daniel, el hombre que consiguió ganar su corazón, un corazón que jamás fue mío.

Siempre supe que ella no me amaba, que no era correspondido y que tarde o temprano se acabaría alejando de mí, por eso me dejó ir, porque ella no me quería a su lado, y tuve que respetarlo. No me fui por cumplir mi sueño, no fue por aquella película que me trajo fama y dinero, no, por supuesto que no. Son cosas materiales. Me fui por sentir de más, por querer a alguien que solo me veía como su apoyo, me fui por olvidarla, y jamás lo conseguí.

Al principio, los ensayos fueron horribles, no era capaz de concentrarme en el guion, y casi pierdo el papel. No me quitaba de la cabeza esa sonrisa y ese mal humor de Irina. Tuve que centrarme en mi carrera y entender que era un amor imposible, a pesar de que hubiese luchado porque fuese una gran historia juntos.

Cada vez que salía de los rodajes, volvía a la gran casa que me ofrecieron, me tumbaba en la cama y miraba al techo mientras los

recuerdos invadían mi espacio, mi mente y mi corazón.

Poco a poco, Mike me ayudaba con grandes charlas psicológicas, haciéndome ver que tenía que olvidarla o luchar por ella, por lo que con el paso del tiempo acabó siendo el hermano que nunca tuve. Aby también ayudó en el proceso. A pesar de su fracaso, jamás se rindieron conmigo. Por ello accedieron a que la boda se celebrase en Madrid, para ayudarme a dar el paso de volver a verla.

«Tendría que ir a buscarla», me repetía constantemente, a pesar de saber que no valdría para nada. Sabía que ella tenía una buena vida, y no quería que por mi culpa su estabilidad se viese afectada. Así comprendí que, a pesar de querer a alguien, hay veces que es mejor dejarle escapar, dejarle ir. Por eso la deje marchar físicamente, porque sabía que en mi mente y en mi corazón viviría eternamente.

Quizás me odie, quizás para ella ya no significo nada y solo soy un recuerdo de lo que fuimos hace años, dos jóvenes felices que se ayudaron mutuamente. Ella cambió mi vida, Irina me hizo sentir y vivir, llenó de luz mi vida y me salvó de todas las formas en las que una persona puede ser salvada. Estoy en deuda de por vida con ella. Se convirtió en mi mundo, en mi equilibrio, en mi vida, en mi persona favorita del mundo al que odiaba.

Es preciosa, siempre lo ha sido, pero ahora es toda una mujer que ha pasado de tener el mundo encima a tenerlo bajo sus pies, a ser dueña de su vida y de lo que quiere. Es un orgullo ver que se ha convertido en aquello con lo que soñaba. Ha conseguido esa felicidad plena de la que tanto me hablaba, y me alegro muchísimo por ella, aunque ahora no esté a mi lado. Eso es el amor, querer la felicidad del otro a pesar de que conlleve tu pena.

—Amigo, ¿vas a venir a cenar con nosotros?

—Mike, prefiero quedarme en casa. No tardaré en irme de aquí otra vez, y creo que estaré mejor en casa. No quiero dar tumbos por

Madrid y joderos la cena. Gracias.

—¿Has decidido volver? Pensaba que venías para quedarte, en fin… Tienes un *casting* en dos semanas para una buena película, ¿lo has pensado bien?

—Es una decisión que ya he tomado, aquí ya no tengo nada…

—Siempre nos tendrás a nosotros, Enzo, lo sabes. Deberías buscar tu felicidad y quedarte aquí, no pierdas oportunidades —dice Aby sentándose a mi lado.

Parecen hermanos. Físicamente son iguales, morenos de piel y pelo, ojos claros, altos y de cuerpo delgado. Dos bellezas increíbles.

—Piénsalo bien, todavía tienes tiempo —dice Mike saliendo de la casa.

Me gustaría ver al padre de Irina, saber qué ha sido de él este tiempo atrás y darle las gracias por haberme formado como actor y conseguir estas oportunidades. Hace tiempo que tengo dudas sobre si debería seguir dedicándome a esto o simplemente irme a vivir lejos a una casa solitaria y pasar allí mis últimos años, relajado y sin ninguna presión. Quizás debería dedicarme a escribir un libro sobre mi vida, o a cuidar niños. Siempre me han gustado los niños, tener uno o dos hijos ha sido un sueño que me hubiese gustado cumplir. Ya no. Conocí a quien quería que fuese la madre de mis hijos, y ahora no quiere saber nada de mí.

«Pasará, todo pasa tarde o temprano», me digo en voz alta mientras miro fotos de la boda en las que salgo bailando con Irina.

Capítulo 20



El sol de la mañana entra suavemente a través de las cortinas. Abro los ojos y el peso de estos días me golpea de inmediato: mi discusión, si es que puede llamarse así, con Daniel; despedirme de Enzo nuevamente; volver a casa y sentirme con las manos vacías… Todos estos días han sido como volver a abrir una herida que pensé que había cerrado hace tiempo.

A mi lado, Daniel aún duerme, tranquilo y ajeno a lo que me sigue rondando la mente. Su respiración es constante y no quiero despertarle, me alegra que él haya sido capaz de conciliar el sueño, lo que yo no he conseguido del todo. Han vuelto las pesadillas, esas que hacía muchos años no tenía.

Me levanto con cuidado, con la esperanza de que mi movimiento no le despierte. Me siento al borde de la cama y dejo que mis pies toquen el suelo para después levantarme y salir con cuidado de la habitación. Aunque no estoy sola, los recuerdos de la boda me acompañan, el recuerdo de volver a bailar con Enzo, o el simple hecho de darme cuenta de que una parte de mí siempre será suya. Pero me debo a Daniel, sé que le quiero y que me importa demasiado para perderlo. Sin embargo, me he dado cuenta de que

Enzo es una sombra de la que no puedo despegarme. Y de la que quizás no quiera hacerlo.

Miro el reloj, es pronto. Debería salir a buscar algo de desayuno y que el paseo me ayude a ordenar mis pensamientos, o a encontrar algo de paz, o quizás sea mejor quedarme en casa y darme una ducha.

Me decido por la ducha de agua caliente y me visto con algo sencillo y cómodo, hoy no me apetece esmerarme demasiado. Vuelvo al dormitorio para coger mi bolso y veo que Daniel está despertando. Sus ojos se abren lentamente, y al verme, me sonríe con suavidad.

—¿Has dormido bien? —pregunto.

—De maravilla. ¿Vas a algún lado? —pregunta incorporándose en la cama.

—A por el desayuno, o a dar un paseo… Necesito salir un rato a pasear —digo, y me siento a su lado en la cama.

Mi corazón está dividido. Enzo fue el gran amor de mi vida, con quien me hubiese gustado disfrutar de mis años y de nuestras aventuras, pero es el pasado. Daniel es mi ancla, mi presente y el hombre que me sostiene cuando siento que me caigo. Sé que lo correcto es amarle a él, quererle y quedarme a su lado, pero las dudas me están invadiendo, las dudas no me están permitiendo seguir con claridad.

—¿Quieres que te acompañe? —pregunta.

Asiento y sonrío a modo respuesta. Apoyo mi cabeza en su hombro mientras me acaricia el pelo, y eso me hace sonreír en medio de este caos.

—¿Qué te parece si esta tarde vamos al cine? Hay una película nueva de miedo, y puede estar interesante. A ti te encanta criticar películas de miedo —dice como si supiera lo que necesito.

La propuesta es simple, pero suena bien, quizás porque es Daniel la compañía y siempre deseo hacer cosas con él, ya que nuestro tiempo juntos es escaso por nuestros trabajos y horarios. Lo cual me hace recordar que debo avisar a Alexis de que hoy no iré y debe encargarse solo de la tienda.

—Está bien, vamos al cine —digo sintiéndome aliviada.

El resto del día lo pasamos tumbados en la cama. Hacía años que no disfrutábamos de un momento así, y sinceramente creo que esto es lo que necesitaba. Quiero a Daniel con todo mi corazón, y él me ama a mí aún más de lo que puedo llegar a imaginar, y eso me hace feliz, y, por ahora, este sentimiento es suficiente.

Nos preparamos rápido para ir al cine. Aunque me tomo mi tiempo para maquillarme, esta vez lo hago con más prisa. Daniel se da una ducha y se viste en tiempo récord. Cualquier duda que pudiese tener ha desaparecido al ver su sonrisa cuando me ve lista.

—Eres una mujer increíble, Irina.

Caminamos por las calles de la ciudad, tan llena de gente como es habitual en Madrid. Siempre he sido más nocturna que diurna, por lo que la luz de la luna y de las farolas encendidas me transmiten una calma que necesitaba sentir.

Entramos al cine y el aire acondicionado nos recibe. Las luces de la sala son tenues. Para nuestra fortuna, la sala está casi vacía, por lo que nos sentamos en mejores asientos de los que habíamos escogido. Daniel me entrega mis palomitas y esperamos a que comience la película. Desconecto un rato, y lo agradezco.

De vez en cuando, Daniel me coge de la mano y me sonríe en la oscuridad. Me da una sensación de tranquilidad y estabilidad, como si algo en mi vida estuviese en su lugar. No sé si algún día seré capaz de olvidar del todo a Enzo, pero al menos puedo disfrutar de

este momento con Daniel. Aquí y ahora. Eso es lo que me repito constantemente.

—Gracias por esto, amor, lo necesitaba —digo saliendo del cine después de la gran película, que nos ha encantado.

—Vamos a casa, ha sido suficiente por hoy —dice, agarrando mi mano.

Siento que Daniel está cargando con un peso más grande del que puede soportar. Ha sido conocedor de mi mentira todos estos años y, a pesar de saber que tengo dudas de mis sentimientos, sigue aquí conmigo y no me abandona.

Capítulo 21



—¿Qué pasaría si dejase de quererte o si no te quisiera como mereces, Daniel? —le pregunto mientras cenamos.

Daniel se detiene. Deja los cubiertos en la mesa y me mira con esa mirada tan comprensiva y llena de amor que tiene siempre. Como si pudiese leerme el pensamiento, como si supiese el motivo por el que se lo pregunto.

—¿Qué quieres decir?

—Sé que te quiero, pero ¿qué pasaría si me diese cuenta un día de que no te quiero, o al menos no como te mereces?

—Irina, tu amor lo es todo para mí, es más de lo que podría imaginar o desear. Eres suficiente, más de lo que puedo pedir —dice para tranquilizarme.

Me tomo un momento para respirar profundamente. El aire parece más pesado. No sé si alguna vez podré olvidar a Enzo, si podré dejar de amarle, pero sé que quiero a Daniel y que jamás me permitiré perderle por alguien del pasado, por tener una mala cabeza.

Daniel siempre ha sido comprensivo, paciente y amable conmigo, pero sus ojos parecen cansados, quizás tristes. Creo que piensa que esta conversación va a llegar a mal puerto. No quiero que lo haga, por lo que sonrío y le miro.

—Te quiero, Daniel —digo por fin.

Me quedo en silencio, buscando en sus ojos algo que me haga entender lo que está pasando por mi cabeza. Su amor es tan puro que me aterra, tan desinteresado que me siento aún más perdida al saber que nunca estaré a su altura, que jamás seré suficiente.

—No quiero perder esto —digo.

—Eso no depende de mí, Irina, sino de lo que decidas. Te hablé en serio hace años cuando te dije que quería pasar el resto de mi vida contigo, hablo en serio cuando te digo que jamás te dejaré, y, sobre todo, hablo honestamente cuando te digo que te amo más de lo que soy capaz de soportar.

Sus palabras me golpean como un choque de realidad, y entonces comprendo. Daniel jamás ha intentado atarme a él por miedo o inseguridad. Él solo quiere que le quiera por lo que es, y es lo único que puede darme. Es suficiente, y más de lo que se puede pedir. Y comprendo que quizás el dolor que sienta por Enzo no vaya a irse de la noche a la mañana, quizás tarde días, meses o incluso años. También pienso que quizás podría aprender a convivir con ello y a compartir mi corazón con ambos sin traicionar a Daniel.

Sé que no puedo ignorar lo que siento por Enzo, y no pretendo hacerlo. También sé que no debo tomar decisiones apresuradas, y mucho menos jugarme la vida que he construido con un hombre maravilloso por el simple encaprichamiento de un «¿qué hubiera pasado?».

Enzo podrá vivir siempre en mí, pero en el pasado. Daniel es mi presente, y ojalá también mi futuro.

—Daniel. Quiero luchar por ti, por nosotros, por lo que hemos sido, y sobre todo por lo que somos y seremos.

—Eso es todo lo que quiero, lo que necesito y lo que espero de ti. Lo que importa es el ahora. Y yo estoy aquí para ti ahora.

Siento que por fin he tomado la decisión correcta, la decisión que debía haber tomado desde que volví a ver a Enzo. Por primera vez en estos días siento que estoy en el camino correcto y que la persona con la cual quiero recorrerlo es él, Daniel.

Recogemos la mesa y nos metemos en la cama para abrazarnos y ver una película, hasta que nos quedamos dormidos.

Mi teléfono comienza a sonar. Una llamada está entrando y no reconozco el número, por lo que atiendo de inmediato.

—¿Hola?

—¿Irina?

—Sí. ¿Quién es? —pregunto intentando reconocer la voz, que me resulta familiar.

—Soy Lu. Estoy en problemas…

Me llevo la mano al corazón y miro a Daniel asustada. ¿En qué se habrá metido?

—¿Dónde estás?

El timbre de mi puerta suena; entonces entiendo: Lu está en mi casa, en el portal, por lo que cuelgo el teléfono y nos levantamos de la cama para bajar a buscarla en el ascensor.

La veo llorando, despeinada y con una mochila en la mano. Abro la puerta y se lanza a mis brazos.

—¿Qué sucede?

Daniel nos observa desde unos pasos atrás, sin comprender la situación.

—Me han echado, estoy en la calle… —dice entre lágrimas.

Capítulo 22



Lucía siempre ha sido un ser de luz, de esas personas que parecen brillar incluso en la oscuridad. Pero esta mujer, la que tengo ahora frente a mí, sentada en el sofá de mi casa, parece agotada, desgastada. Su piel ya no luce, ahora es pálida; sus ojos están hundidos, y su desesperación me desespera a mí también. Daniel nos ha dejado a solas, se ha ido a la habitación para que pudiésemos hablar tranquilas.

No le quedan fuerzas para sostenerse a sí misma y a su bebé. Los recuerdos de quienes éramos, de lo que soñábamos, de los planes que teníamos, me golpean, pero sobre todo el vacío que dejó cuando desapareció sin ninguna explicación. Tengo un nudo en la garganta y no puedo articular palabra, solo me limito a mirar cómo bebe un vaso de agua que le ha dado Daniel.

Una mezcla entre rabia y tristeza me inunda. No sé por dónde empezar. No sé si quiero chillarle por lo que me he guardado este tiempo o si solo quiero preguntarle qué ha pasado. El otro día, cuando nos vimos en la calle, era diferente, casi no hablamos, pero ahora está sentada en mi sofá y no tiene adónde ir.

—¿Cómo has conseguido mi dirección?

—Siempre la supe. Aunque tú no me hayas visto, yo siempre he estado ahí, sabiendo tus movimientos.

¿Siempre ha estado ahí? ¿Y por qué no volvió? ¿Porque no tuvo el valor de enfrentarse a mí? Miles de preguntas que ya no tienen sentido y jamás lo tendrán.

Y siento miedo, a esta persona no la conozco, y ella sabe todo sobre mí. Conozco a quien fue en un pasado, no a la persona que es.

—¿Qué haces aquí, Lucía?

—Sé que no tengo derecho a pedirte nada, pero… necesito ayuda.

Me desarma. Escucharle decir eso me rompe, de tal forma que la rabia y el dolor desaparecen y ahora solo vuelve a ser amor hacia ella, cariño por el pasado que compartimos juntas, por los años de amistad, por lo que ella fue para mí.

—¿Qué necesitas? —pregunto manteniendo la voz más neutra que puedo.

—Sabes que estoy embarazada y que no tengo dinero, me han echado, y yo… Necesito que me dejes quedarme aquí un par de días, solo hasta que encuentre un sitio donde ir.

Quiero decirle que no, que después de todo este tiempo y el daño que me hizo no se merece mi ayuda, que no puede aparecer de la nada y pedirme algo así al mismo tiempo. A la vez, no puedo ignorar la desesperación en su voz y el cansancio de su mirada.

—¿Por qué te fuiste? ¿Por qué me dejaste sin decir nada? No sabes el daño que me hiciste, Lucía… Éramos amigas, ¡joder, éramos hermanas! Tú lo eras todo para mí, no puedo entender nada, de verdad que no.

Baja la cabeza, incapaz de sostenerme la mirada.

—Creía haberme enamorado, Irina. Me equivoqué, perdí todo, te perdí a ti. Tú siempre has sido mi mejor amiga, y te abandoné. Lo

siento, no es excusa, y sé que no puedo pedirte que vuelvas a quererme o a aceptarme, pero eres la única persona que tengo…

No quiero ser débil, mostrarme así ante ella, no después de lo que me ha costado olvidar aquello. Contengo las lágrimas a pesar de sentir que me queman los ojos. No dejaré que me vea así.

—Puedes quedarte.

—¿Cómo dices? —pregunta con los ojos iluminados.

—Puedes quedarte, por ahora. Pero esto no cambia nada: lo que hiciste sigue ahí. Hablaré con Daniel. Puedes dormir en el sofá esta noche, y mañana te diré algo más —digo levantándome del sofá.

Asiente. Su expresión es de alivio y de tristeza también. Sé que ambas tendremos que enfrentarnos a cosas. Por ahora, dejo que se quede, porque, aunque no lo quiera admitir, no puedo abandonarla, y menos con un bebé en camino.

Subo a la habitación, donde Daniel me espera ansioso y en pijama.

—¿Qué ha pasado?

—Me ha pedido si puede quedarse unos días…

—¿Y qué has decidido?

—Le he dicho que podría quedarse esta noche, que hablaría contigo y mañana le diría algo.

Sus ojos reflejan sorpresa y comprensión. Él siempre ha sido una persona compasiva, aunque sé que esto es distinto: significa traer a alguien de mi pasado a nuestro presente, a nuestro hogar y a nuestra vida, por lo que no sé cómo se lo tomará.

Asiente pensativo, y su silencio se prolonga un momento. Al fijarme en sus ojos, veo esa comprensión que tantas veces me ha dado, incluso cuando a veces no la he merecido.

—Irina, ella fue importante para ti, no te culpo por dejarla que se quede. Es normal que quieras ayudarla, a pesar de…, ya sabes, del

daño que te hizo en el pasado. Está sola, y nadie debería estar solo, nunca —dice cogiendo mi mano.

—Era como una hermana para mí. Cuando se alejó, fue como perder una parte de mí. Verla en esta situación me hace darme cuenta de que, aunque ella no hubiese hecho lo mismo, no puedo darle la espalda. ¿En qué tipo de persona me convertiría?

Me coge de la mano y acaricia mi mejilla, lo cual me reconforta, aunque no dejo de darle vueltas a la situación.

—Lo haremos juntos. Te apoyaré. Quiero que sepas que no estás sola y que puedes contar conmigo. No tienes que cargar con esto sola, Irina, no mientras yo viva —dice sonriendo.

Le beso. Su generosidad me deja sin palabras. Me siento aliviada de compartir mi vida con Daniel y no con otra persona. Sé que con él estoy a salvo y que siempre está dispuesto a ayudarme y a apoyarme. Es mi refugio, lo ha sido siempre, y yo, en cambio, aún tengo rincones oscuros en mi corazón donde no le dejo entrar, donde no hay un hueco para él, porque están ocupados por otra persona.

—No sé qué haría sin ti —digo mientras me cae una lágrima.

—No tendrás que saberlo nunca.

—Siempre eres tan bueno… Yo no soy tan buena contigo —digo, sintiendo de verdad lo que digo.

—Construimos una vida juntos, somos amor, somos familia y un equipo.

Nos besamos. Es un beso dulce y cálido. Desde hacía mucho no pasaba algo más que besos entre nosotros, y pasamos al siguiente nivel.

Siento una mezcla de paz y ansiedad que me inunda. Paz, porque sé que tengo a alguien incondicional a mi lado, y ansiedad porque el regreso de Lucía no será tan fácil y sencillo de manejar.

Al acostarme a su lado, me siento protegida, a pesar de ser consciente de todas las preguntas y recuerdos que traerá a mi vida la vuelta de Lucía y de cuánto me dolerá recordar momentos cada vez que la vea.

Capítulo 23



Abro los ojos lentamente, intentando hacerme la idea de que Lucía está en la planta de abajo, de que volvió cuando menos la esperaba.

Hace días me planteé ayudarla y tuve una conversación con Daniel; ayer se hizo realidad.

Me siento extraña al saber que ya no estamos solos en casa. Bajo las escaleras sin saber qué esperar. Ella está sentada en el sofá con una taza de café, por lo que imagino que ha preparado dicha bebida para todos.

—No deberías beber café si estás embarazada.

—Lo sé, llevaba mucho sin beberlo, pero no he dormido esta noche y me hacía falta. Buenos días —dice casi susurrando.

Veo en sus ojos la misma vulnerabilidad que anoche, esa mezcla de cansancio y resignación que hace que me dé una punzada en el corazón. Mi cabeza me manda avisos para que sea cuidadosa. Nos quedamos en silencio durante varios minutos que se hacen eternos. No sé qué decir, y parece que ella tampoco. Lucía siempre fue la que rompía el hielo, quien encontraba palabras cuando yo no podía, quien animaba hasta el peor de los días, quien tenía los mejores consejos, quien sabía lo que hacer; ahora hay una distancia entre nosotras que nunca había existido. Es como si hubiésemos olvidado

hablar, como si la vida o el tiempo hubieran borrado nuestro pasado, como si no conociéramos los secretos más oscuros de cada una.

—Hablé con Daniel: puedes quedarte temporalmente, por supuesto. Sé que no puedes trabajar, pero tendrás que buscar una forma para salir de aquí en cuanto puedas.

—Gracias, Irina. Te prometo que me iré en cuanto pueda.

Quiero volver a confiar en ella, me gustaría hacerlo, aun sabiendo que es imposible. Su traición pesa más de lo que imaginaba. Daniel aparece de la nada, como si supiese que debía venir a salvarme. Al ver a Lucía, se siente desconcertado. Es normal, ya que no estamos acostumbrados a que haya alguien más en la casa. Intercambiamos una mirada y siento la calidez de su apoyo silencioso, lo cual me da fuerzas.

Lucía estudia a Daniel un momento, y en sus ojos veo una chispa de algo que no sé definir. Quizás es nostalgia, o tal vez una especie de admiración hacia el tipo de relación que tenemos.

—Así que encontraste el amor al final… —dice Lucía.

—Lo hice —le confirmo apoyando mi cabeza en el pecho de Daniel.

—Soy Daniel. Irina me ha hablado mucho de ti, aunque ahora podremos conocernos mejor —se presenta él, mostrando esa amabilidad tan suya.

—Me alegra verte bien, Irina, de verdad —afirma Lucía, casi ignorando a mi novio, lo cual no me sorprende, porque lo único que quiere es hablar conmigo.

No sé qué responder. Sus palabras suenan sinceras, pero hay algo en mí que se resiste a creerla. En lugar de responder, camino hacia la cocina a preparar el desayuno en silencio. Daniel me sigue y empieza a ayudarme sin decir nada. Sé que está percibiendo la tensión que se ha creado en el ambiente.

A lo largo de la mañana ofrecí a Lucía acompañarme a la tienda. No quería que se quedase en casa mientras que no estuviésemos ninguno de nosotros allí para vigilarla. No me fío de ella, y no sé lo que podría hacer. Se duchó en el baño de arriba y le presté algo de ropa.

Alexis no parecía entender nada al principio, pero intentó adaptarse a la situación tan bien como pudo. No hablamos mucho con Lucía; ella se ofreció a atender clientes mientras que Alexis y yo hacíamos cuentas y el inventario.

La he observado varias veces mientras me pregunto si es buena idea. No puedo evitar pensar que su regreso no es simplemente lo que parece, que detrás de esa tristeza hay algo más, algo que pienso averiguar. Tengo miles de preguntas que debo hacer tarde o temprano, a pesar de que me aterre la respuesta. Decido guardarme esas dudas para mí, consciente de que el tiempo nos dará las respuestas.

—¿Estás segura de lo que estás haciendo? —pregunta Alexis.

—¿Crees que si estuviera segura te estaría pidiendo consejo?

—Cariño, sé que eres buena persona y que tienes el corazón más grande del planeta… En fin, ella te abandonó y ahora parece una persona mucho peor de lo que era antes. Y de repente…, ¿pretende que todo vuelva a ser igual?

—No, es que me siento responsable de alguna forma. Hace años éramos como hermanas, y si algo le pasara…, no sé si podría vivir con la culpa —digo apenada.

—Sé que estás tratando de hacer lo correcto, y me enorgullece la clase de persona que eres, Irina. Solo te pido que tengas cuidado, no me fío de ella —dice con resignación.

—¿Crees que podría contratarla? Bueno, no contratarla, tal vez darle dinero para que limpie la tienda. No la contratarán en ningún

otro lado en su estado, y además, quizás eso la ayude a tener más responsabilidad, a no depender de mí —susurro.

—¡¿Estás loca?! Irina, esta tienda es tu sueño, tu esfuerzo de años. No sé si Lucía es la persona adecuada para confiarle algo tan importante —dice incrédulo.

—Sé que es una locura, pero quizás darle ese empleo mientras la vigilamos sea la forma de que consiga dinero y se vaya, de que encauce su vida. La tendremos controlada.

—Siempre estás dispuesta a ver lo mejor de la gente, incluso cuando ni siquiera ellos mismos lo hacen. Debes tener cuidado y dejarle claro que será algo temporal. En fin, no puede aparecer y desaparecer a su antojo, Irina. No dejes que te haga daño otra vez, por favor —dice agarrando mi mano.

—Hablaré con ella en casa. Y no habrá más oportunidades si me vuelve a fallar.

—Haré todo lo que pueda por apoyarte, aunque no esté de acuerdo. Solo quiero que estés bien, Irina. Te ayudaré a que tengas los ojos abiertos —dice sonriendo.

—Gracias por cuidarme y protegerme, Alexis. Es lo más importante para mí.

—Bueno, alguien tiene que cuidar de ti. Quiero que sepas que no estás sola.

Nos quedamos en silencio. Siempre supe que Alexis estaría para mí, desde el primer día que se prestó a ayudar con la tienda. No me equivoqué con él, y a veces pienso que elegirle mi mejor amigo ha sido una de las pocas decisiones acertadas que he tenido en la vida. Me siento segura al saber que tengo el apoyo de Daniel y de Alexis, y que no estoy sola.

Capítulo 24

ENZO



La taza de café está casi vacía, puesto que la he bebido deprisa, como las otras dos tazas anteriores. Estoy desesperado, ansioso, y quizás también nervioso. El sonido del reloj de la pared es lo único que rompe el silencio incómodo mientras veo al señor Castro entrar en la cafetería. Nunca imaginé volver a este lugar ni volver a verle de nuevo. Hay algo en mí que no me permite dejar pasar la oportunidad de hablar con él. Camina hacia mí. Ha cambiado, se ve un poco mayor, con algunas arrugas nuevas, pero aún con esa mirada llena de alegría y esperanza.

—Enzo… —dice parándose frente a mí.

—Hola —me limito a decir.

Nos abrazamos, fuerte, como si fuésemos dos amigos que llevan años sin verse, y la realidad es que así es. Han pasado muchos años desde la última vez que le vi, desde el día que mi vida cambió para siempre.

Respiro profundo mientras él mueve su café como si supiera el motivo de esta reunión. Intento encontrar las palabras adecuadas. No es fácil, y menos con él, quien hace mucho tiempo me trataba como a un miembro más de su familia, como a su propio hijo.

—Gracias por venir a verme. Quizás parezca extraño, pero necesitaba hablar contigo —digo finalmente.

—Así es, Enzo, resulta extraño verte por aquí, y supongo que si estamos juntos en esta cafetería es porque algo importante te ha traído de vuelta —dice y da un sorbo a su café.

Asiento, sabiendo que debo ser honesto, que no vale la pena esconder nada. No puedo mentirle.

—Aún la amo. A pesar de todos estos años intentando olvidarme de ella, ha sido en vano. Irina ha sido, y probablemente siempre será, el amor de mi vida —digo tras un suspiro.

—Lo sé, muchacho, siempre lo supe. Erais el uno para el otro, aunque ella no lo sabía o no quiso darse cuenta. Pero, dime, ¿por qué ahora? ¿Por qué vienes a hablar conmigo?

Tomo aire, y mis manos empiezan a temblar levemente, así que las cierro en un puño para detener el temblor.

—Sé de sobra que comparte su vida con otro hombre, pero tenía que preguntártelo… ¿Ella es feliz?

Su mirada se vuelve más seria que antes. Tras unos segundos de reflexión, responde.

—Irina está bien. Ha logrado esa estabilidad que tanto buscaba, y sí, creo que ha encontrado la paz. Daniel es… bueno para ella. La cuida, y mi hija confía en él.

Esa última frase golpea más de lo que me esperaba, pero la tomo con la cabeza en alto. Es lo único que siempre he querido para ella, que sea feliz, aunque no sea conmigo.

—Nos vimos en la boda de mi mejor amigo, bailamos y hablamos, pero ya no éramos nosotros… Algo, o quizás todo, había cambiado —intento explicarle cabizbajo.

—Mira, querido, no voy a engañarte. Hubo un tiempo en el que pensé que eras el indicado. Fue duro para ella cuando te fuiste.

Alexis y yo tuvimos que pasar noches enteras consolando sus lloros y sus pesadillas… Meses en lo que pensaba que mi pobre Irina no levantaría cabeza. Eso también la llevó a encontrar su propio camino, a conocer a Daniel. —Hace una pausa, como si estuviese pensando qué palabras decir—. Él es un hombre de gran corazón, y se aman, Enzo.

Quiero decir algo, quiero defenderme; las palabras no me salen. Debía haberme quedado con ella, no debía haber perseguido mi otro sueño, puesto que mi verdadero sueño era ella. Irina siempre fue lo que yo soñaba, y la dejé escapar. Quizás no solo ella fue la cobarde, yo también lo fui.

—Lo entiendo, pero no sé qué hacer, de verdad que quiero hacer algo, algo por ella… ¿Qué debería hacer?

El padre de Irina se queda en silencio un momento y luego suspira.

—No puedes hacer nada, hijo —dice, aunque creo que quiere seguir hablando, por lo que me callo—. El amor, a veces, implica saber retirarse, Enzo. Si realmente la amas, dale el espacio para ser feliz, no vuelvas a buscarla. Ella merece poder avanzar, olvidar aquella parte de su vida. Te agradezco lo que hiciste por ella, de corazón. Pero ahora ya es tarde. No sé si ella te amó en algún momento tanto como tú a ella; llegué a pensar que sí, pero luego… Cuando la vi sufrir, cuando la vi negar una y otra vez que te amaba… Quizás no era un amor correspondido, hijo. Y todos merecemos ser felices, tú más que muchas personas, por eso debes dejarla ir —dice, cogiendo mi mano, sintiendo lo mucho que me está doliendo.

—No. Ella nunca me amó. He vivido cinco años sabiendo que no me amaba y que jamás lo hará, pero tenía esperanzas de que hablando contigo encontraría respuestas…, o al menos otra opción.

El señor Castro siempre tuvo ese toque de sabiduría, esa capacidad de ver lo que los demás no queremos ver. Siempre ha sido un hombre de buenas palabras, cariñoso, amable y cuidadoso.

—Tienes un buen corazón, siempre lo has tenido, Enzo, y sé que quieres lo mejor para ella. Y quizás algún día encuentres la forma de cerrar esa herida y seguir adelante. Te lo mereces. Tú también mereces encontrar ese amor que tanto buscas.

—Gracias por esta conversación, necesitaba escucharte. Ella siempre será una parte de mí… La dejaré seguir su camino. Otra cosa más: por favor, no le digas que esto ha sucedido.

—No lo haré, por ti y por ella.

Nos despedimos con un fuerte apretón de manos y un abrazo largo y silencioso, demostrando el cariño y el respeto que nos hemos tenido siempre. El peso de sus palabras sigue resonando en mi mente. Debo aceptar que Irina es feliz. Es doloroso pensar que es sin mí, pero al mismo tiempo siento una extraña paz. Si la dejo ir, quizás ambos encontremos ese camino hacia el cierre de esta historia que tanto necesitamos.

Capítulo 25



El sol apenas empieza a asomarse cuando entro en la tienda, donde encuentro a Lucía limpiando el suelo y a Alexis haciendo el recuento de la caja del día anterior. La expresión de Lucía al verme de nuevo es de ilusión, a pesar de que me ha visto esta mañana en casa. Ha venido antes con Alexis, puesto que yo tenía que cambiar dinero en el banco.

Me acerco despacio, pero decidida, tratando de mantener el tono firme que practiqué frente al espejo.

—Lucía, puedes quedarte en la tienda, trabajar limpiando un poco. Te vendrá bien un trabajo, y a nosotros, una mano extra.

Lucía para en seco, atónita. Luego, una pequeña sonrisa asoma en su cara, casi tímida, como si no se atreviese a mostrar demasiada emoción.

—Gracias, Irina. Es más de lo que puedo imaginar, no tienes idea de lo que significa para mí.

Avanza unos pasos como si fuese a abrazarme, pero se detiene en seco. El cuerpo se me tensa a modo de respuesta y retrocedo para evitar la situación. Sonrío débilmente y asiento con la cabeza.

Siento un nudo en el estómago mientras camino al despacho. La decisión está tomada. Prefiero creer que puede ser el inicio de algo

nuevo, de una oportunidad de reconstruir lo que se rompió entre nosotras. Prefiero pensar que puede ser la continuación de la amistad de hace cinco años.

El resto del día transcurre con normalidad, la misma rutina de siempre. Por fin nos vamos a casa y Alexis se queda encargado de vigilar a Lucía, puesto que Daniel y yo iremos a casa de mi padre a cenar.

Nos dirigimos a su casa en el coche. Algo en su tono de voz me hizo pensar que quería vernos, pero que había algo detrás de esa invitación.

Al llegar, papá nos recibe con su típica sonrisa y un gran abrazo. Noto que está más callado de lo habitual. Nos sentamos a la mesa. Mientras cenamos, trato de desentrañar el misterio de su mirada, que parece evitar la mía cada vez que hablo.

—Esta pasta está increíble. Tienes que enseñarme tus trucos de cocina —dice Daniel rompiendo el hielo.

Papá ríe y responde, aunque noto una vacilación en su expresión. Hay algo que intenta disimular, algo que no quiere que sepamos. Me siento inquieta; le conozco y sé que nos está ocultando algo.

—Papá, ¿seguro que estás bien? Pareces… distraído, ausente y distante…

—Solo ha sido una semana ocupada, Irina, nada más.

Entiendo que algo pasa. Mi padre pocas veces me llama por mi nombre, rara vez lo hace. Solo cuando hablamos de algo serio o cuando está enfadado conmigo, por lo que estoy en lo cierto y me oculta algo.

Me quedo en silencio; no pretendo discutir ni insistir. Daniel me da un pequeño apretón de manos por debajo de la mesa. Siento que mi padre nos mira con una mezcla de cariño y preocupación, pero no es la mirada de siempre. Es como si quisiera decirnos algo.

Cuando finalmente nos despedimos, me da un abrazo más largo de lo habitual.

—Cuidaros mucho. Y gracias por venir a verme.

Al salir de casa, esa sensación de inquietud permanece conmigo. La imagen en su rostro y la sombra en su mirada me hace preguntar qué podría estar escondiendo.

En el coche, es finalmente Daniel quien rompe el silencio.

—Tú también has notado que tu padre estaba raro, ¿verdad?

—Sí. No sé qué le pasa. Intentaré volver a hablar con él. Me preocupa demasiado como para dejarlo pasar.

—Lo resolveremos, Irina, no te preocupes. Necesitará tiempo.

Solo puedo pensar una cosa. Mi padre jamás me ha ocultado nada, siempre hemos confiado el uno en el otro, aunque fuese complicado. ¿Qué podría pasar?

Cuando llegamos a casa y la noche se hace silenciosa, mi mente vuelve a aquel detalle en la mesa, a esa forma de apartarnos la mirada cuando le hablábamos.

Daniel es el primero en dormirse. No dejo de dar vueltas absurdas en la cama, mirando al techo, como si fuese a decirme algo.

No puedo quedarme sin hacer nada. Me levanto y bajo al comedor, enciendo una pequeña lámpara y busco mi teléfono. Sé que mi padre podría preocuparse si le llamo en este momento, así que opto por mandarle un mensaje.

Papá, espero que estés bien. Si necesitas hablar de algo, aquí estoy, puedes contar conmigo. Te quiero.

Me tranquiliza saber que Lucía no duerme en el sofá, sino en la habitación de invitados. Así podré quedarme en el sofá esta noche, ya que en la cama no soy capaz de dormir.

Mi padre responde:

Estoy bien. Solo que a veces recuerdo cosas
del pasado… Como a tu madre o a Fran.
Descansa y no te preocupes. Te quiero, cielo.

Cierro los ojos, sintiéndome aliviada. Algo me dice que «recuerdo cosas del pasado» puede significar algo más que lo que me quiere dar a entender. Pero no quiero obligarle. Si mi padre quiere contarme algo, lo hará cuando esté preparado. No quiero darle más vueltas. Solo espero que mi padre esté bien de salud. Por lo que parece, es así, y es lo único que de verdad importa.

Capítulo 26



La mañana en la tienda es tranquila y, por primera vez en varios días, todo parece estar en calma. Estoy concentrada organizando pedidos cuando una voz suena desde el otro lado del mostrador.

—¿Sabes una cosa? Creo que deberíamos salir esta noche. Necesitas despejarte un poco —dice Alexis.

Dudo un instante. La verdad es que necesito un respiro, un espacio para dejarme llevar.

—Está bien. Acepto que salgamos esta noche.

Horas después, con un vestido negro y unos tacones de aguja, el lugar está lleno de gente, música y un ambiente energético donde parece que todo el mundo lo pasa en grande mientras bailan. Alexis y yo bebemos, reímos y charlamos. Cada canción me invita a perderme un poco más.

Nos movemos al ritmo de la música, y siento que el mundo se reduce a esta burbuja de luces, risas y despreocupación. Me río hasta que me duelen las mejillas. Alexis se esfuerza por hacerme reír más aún, improvisando unos bailes ridículos.

—¡Basta! Eres un desastre bailando, Alexis.

—No lo niego. Pero ¿quién ha venido aquí para ser perfecto? Yo no, cariño, así que… ¡a bailar!

Asiento agradecida por su amistad. Nos hundimos de nuevo en la música. Por un instante de verdad que logro olvidar, me siento libre de cualquier peso.

Entonces, cuando menos lo espero, entre la gente, una figura familiar aparece. Mi cuerpo se congela y el mundo parece detenerse.

Es él. Enzo, otra vez.

Quizás es solo mi imaginación o culpa del alcohol. Según se acerca a mí, veo que no, que es real y que camina hacia mí. Su mirada se encuentra con la mía, y el espacio a nuestro alrededor se desvanece.

Mi corazón late con fuerza. Sé que debo salir de aquí. Todo lo que creía haber superado con alcohol y risas en esta fiesta se desploma en un segundo.

Sin decir nada a Alexis, giro sobre mis talones y corro hacia la salida. El aire fresco de la noche me golpea con fuerza, pero ni siquiera eso calma el torbellino dentro de mí. No necesito volverme para saber que me sigue, y que en algún lugar de mi mente deseo que lo haga.

—¡Irina, espera, por favor!

Oigo su voz y no me detengo. Sigo caminando, intentando ignorar las emociones que estallan en mi pecho. Los pasos de Enzo se acercan hasta que oigo su voz, suave, detrás de mí.

—¡Para, por favor!

No me detengo, no puedo hacerlo. Porque ahora sé que siempre será una parte de mí que no podré olvidar, por mucho que lo intente.

—¡Irina, cuidado!

El mundo se desvanece a mi alrededor, como si la noche me envolviera en un abrazo oscuro. La voz de Enzo se disuelve en el eco de mis pensamientos, y de repente todo se oscurece.

Cuando finalmente abro los ojos, parpadeo un par de veces para despejar la visión borrosa. Al principio no entiendo dónde estoy. Luego, el ambiente, la posición de los muebles y el olor familiar me despiertan una sensación de *déjà vu* que me deja sin aliento. Estoy en la habitación de Enzo.

Todo sigue como lo recordaba, cada detalle es tan claro que duele. Todo está tan lleno de su presencia, tan cargado de recuerdos, que es como si el pasado hubiera regresado con fuerza para atraparme otra vez.

Intento sentarme y noto una punzada en la cabeza, como si me hubiese golpeado. Me llevo una mano a la frente, recordando confusamente la noche anterior, el encuentro, la huida, el alcohol… Y entonces él aparece en la puerta, mirándome con esa mezcla de preocupación y ternura que alguna vez me fue tan familiar.

—¿Estás bien? —pregunta con una voz más suave de lo habitual.

Lleva puesta una camiseta, mi vestido está en una silla colgado… Imagino que anoche pasó algo de lo que pueda arrepentirme, ya que no recuerdo nada.

—¿Qué…? ¿Qué ha pasado? ¿Por qué estoy aquí? ¿Dónde está Alexis?

Enzo se acerca lentamente, dejándose caer en una silla junto a la cama, manteniendo una distancia prudente.

—Alexis está durmiendo en el sofá, no quería dejarte sola. Saliste corriendo y… te desmayaste en la calle. Habías bebido mucho, y no podía dejarte sola.

Asiento; la confusión sigue siendo un caos. Miro a mi alrededor y la nostalgia me invade con una intensidad abrumadora. Es como si esta casa guardase una parte de mí, una versión de la Irina que dejé atrás al decidir alejarme de Enzo.

—No tendrías que hacer esto. A propósito, gracias por salvarme.

Enzo parece leer mis pensamientos, porque su expresión se suaviza aún más según oye mis palabras. Él me conoce, o quizás lo hacía antes.

—Sigues dando las gracias por todo, ¿eh? —dice sonriendo, y yo me quedo embobada porque sigue teniendo la sonrisa más bonita del mundo.

—Enzo…, ¿Daniel sabe algo de esto?

—No sé si Alexis le habrá comentado algo. No querías ir anoche a casa, me pediste que te trajera aquí, y Alexis dijo venir era la mejor opción. No pude negarme.

—Madre mía… Soy horrible.

—Irina, eres muchas cosas, pero la palabra «horrible» no es precisamente la que mejor te define.

—¡Enzo! Acabo de pasar la noche en tu casa, contigo, en la misma cama. Mientras que mi novio estará preocupado por mí. Precisamente esa es la definición de la palabra «horrible».

—No he dormido contigo, si es lo que te preocupa —dice, señalando al suelo, para que vea que se preparó un lecho al pie de la cama.

Me da un vuelco el corazón: sigue siendo tan detallista y respetuoso como siempre. Y le odio por serlo. Porque si hubiera pasado la noche conmigo, me haría darme cuenta de que ya no es «mi Enzo» y que no respeta mi espacio. Joder, le odio. Sigue siendo ese hombre del que me enamoré.

—Irina, no pretendo ser un obstáculo en tu vida, por lo que no volverás a verme. Me voy de la ciudad.

Me quedo congelada. No puede irse, no ahora que nos hemos encontrado. Aunque en el fondo sé que es lo correcto: si se queda, jamás podré olvidarle.

—No te vayas, al menos no por mí. No merezco eso.

—Nos hemos encontrado por alguna razón, quizás por aprendizaje, por recuerdos, o simplemente haya sido el destino…

—El destino no existe, Enzo.

—Existe. El destino es caprichoso, quizás haya querido ponernos a prueba.

—El destino me ha hecho darme cuenta de que una parte de mí estará atada a ti hasta el final de mis días.

Levanto la vista y le encuentro mirándome con una sinceridad tan brutal que me deja sin palabras. Quiero decirle que le quiero y que quiero que se quede conmigo, pero también quiero decirle que mi vida ahora es diferente, que dejarle ir fue la decisión más difícil que tomé, y que, de alguna manera, sigo sin poder hacerlo por completo.

—He soñado durante años con que algún día me mirases y sintieses que tenías todo lo que siempre quisiste —dice cabizbajo.

—Enzo, cada vez que vuelves a mi vida…, no sé cómo actuar, no sé cómo seguir. Tengo una vida que no quiero perder, y debo irme si pretendo conservarla.

Él asiente, como si entendiese cada palabra, aunque no le guste escucharlas.

—Serás feliz, Irina, no tengo duda. Y aunque no pueda verlo, me hará feliz saber que lo eres.

Intento levantarme y él me ofrece su mano. Le tomo la mano para apoyarme, sintiendo esa calidez tan familiar, y entonces entiendo que es una despedida.

—Gracias, Enzo, por esto, por todo, en realidad. Pero necesito volver a mi vida…

—Gracias a ti, Irina. Gracias por todo lo que hiciste en el pasado, de verdad. No sabes cómo me ayudaste. Tú me lo diste todo, lo

único que pude pedir es que hubiese durado para siempre —dice saliendo de la habitación.

Sonrío tristemente y cojo mi vestido para ponérmelo. Salgo de la habitación y aviso a Alexis de que debemos irnos.

Capítulo 27



Al llegar a casa, veo a Daniel en el sofá revisando su teléfono y a Lucía sentada en uno de los taburetes de la cocina. Ambos levantan la vista al verme. Lucía intenta sonreír, aunque sus ojos delatan demasiado cansancio acumulado.

—¡Amor! ¿Dónde te habías metido? Me tenías preocupado. Tu móvil no daba señal, y el de Alexis tampoco… No hemos dormido en toda la noche —dice mientras me abraza.

—Me quedé sin batería, y dormí en casa de Alexis. Perdonad, no queríamos preocuparos —explico con una culpa horrible.

Me quedo en su brazo, sintiendo calor y alivio. Las emociones que llevo dentro desaparecen, y siento paz y tranquilidad al estar en los brazos de Daniel.

—Si necesitas que te ayude a darte un baño o lo que sea, puedes decírmelo —dice Lucía, para mi sorpresa.

Daniel me da un apretón en la mano antes de soltarme para que me siente al lado de Lucía, que está en el sofá.

—Te lo agradezco. Y me gustaría que pasáramos un rato juntas, quizás sea buena idea.

Noto su tensión en los hombros. Aunque no es mi responsabilidad, creo que puedo ser un gran apoyo para ella. Una parte de mí se

siente responsable y en deuda con ella por todos los años de amistad; en cambio, otra parte me mantiene alerta.

—¿Tú cómo estás? —le pregunto.

—Cansada, agotada…, y también agradecida. Te lo debo todo, Irina. No sé qué hubiera pasado si no hubieras abierto la puerta. Sé que he cometido errores, pero quiero que sepas que estoy intentando hacer las cosas bien.

Sus palabras me tocan en lo más profundo del corazón, aunque debo enfocarme en el presente, en la situación actual, y no en el pasado. Debo centrarme en quién soy ahora, en quién es ella y, sobre todo, en lo que está en juego si me fallase.

Daniel vuelve de la cocina con unas patatas fritas de bolsa y dos vasos de refresco. Lucía capta la indirecta y se disculpa para abandonarnos e ir a la habitación donde duerme.

Cuando estamos solos, Daniel me acaricia el pelo suavemente, mirándome con la mezcla de preocupación y cariño que tanto aprecio y valoro. Cierro los ojos, disfrutando del momento, aunque el peso de mis pensamientos sigue estando conmigo.

Enzo, Lucía, lo que oculta mi padre… Han pasado demasiadas cosas estos días para asimilarlas tan rápidamente. No me considero tan fuerte para afrontarlo sola. Menos mal que tengo a Alexis, el único que conoce la realidad. La compañía de Daniel es increíble, pero no es del todo real, puesto que hay cosas que jamás dejaré de ocultarle.

Sé que no estoy haciendo las cosas bien respecto a Enzo, pero no tendré que volver a verle: me apena, pero sé que es lo correcto. Y las dudas respecto a Lucía me asaltan, porque realmente no sé si estoy haciendo bien y debería dejarla entrar en mi vida. No sé si ella está comprometida y demostrar que puedo confiar en ella, o si solo

es la continuación de un capítulo que acabará siendo más complicado de lo que imagino.

A la mañana siguiente decido tomarme el día libre. Alexis y Lucía podrán encargarse de la tienda. Me mantendrán al tanto de lo que pase.

Me propongo pasar el día cuidándome la cara y el pelo con mascarillas y cremas. Relajándome con música y dejando pasar los pensamientos de estos días por mi cabeza. Como si pudiese olvidarlos de verdad, como si pudiera conseguir que se evaporasen.

Si lo hubiese sabido, no hubiera salido a esa fiesta en la que terminé encontrándome con Enzo, no hubiera puesto mi relación en peligro otra vez.

Daniel es mi presente, y deseo con todo mi corazón que sea mi futuro. Imagino mi vida a su lado y, quién sabe, quizás el día de mañana incluso podríamos ampliar la familia. Sería un sueño para mí y para Daniel.

Daniel ha soñado con tener hijos desde que le conozco, y sé que su sueño es que yo sea la madre. A veces no me creo que alguien pueda amar tanto como él me ama a mí, principalmente porque no lo merezco.

Jamás mereceré el amor de Daniel, pero lucharé por ello. Lucharé por Daniel el resto de mi vida, porque me niego a perderle.

Capítulo 28



Al llegar a casa, el cansancio del día se desvanece un poco cuando veo a Daniel en la cocina hablando con Lucía mientras prepara la cena. Se vuelven al verme y me dedican una sonrisa. La de Daniel me genera un calor suave, como si aquí, en este pequeño rincón de nuestra casa, fuera un mundo entero para nosotros.

—Justo a tiempo —dice mientras se limpia las manos con un paño —. Espero que tengas hambre. Lucía y yo nos hemos esforzado mucho con esta carne.

Camino hacia él, sin poder evitar sonreír ante su esfuerzo y la calidez que siempre me ofrece. Me siento, mientras que él y mi supuesta amiga terminan de colocar los platos y sirven la cena.

—Gracias, de verdad, a ambos —murmuro sin pensar demasiado en lo que estoy diciendo.

Él se detiene un segundo y me mira. Veo lo que parece un destello de sorpresa en sus ojos.

—Ese «gracias»… esconde algo, amor —dice sentándose a la mesa.

—Así es. Es un «gracias» generalizado, por todo, en realidad. Por siempre estar ahí, por hacerme sentir segura…, y por quererme.

Se inclina y me besa la frente. Puedo sentir la paciencia que tiene conmigo, la devoción y el amor que me demuestra cada día.

—Mi vida, mi respiración y mis latidos dependen de ti. Tú eres el motivo de mi existencia. Soy yo el que debe darte las gracias.

Su respuesta me llena de ternura y al mismo tiempo de una extraña culpa. Hay algo todavía en mí, algo que me sigue atando a esa sombra del pasado que, aunque intento dejar atrás, parece seguirme en momentos como este. Me obligo a no pensar en ello. Daniel es quien está conmigo, aquí y en este instante. Y espero que para siempre.

—Te quiero, y a veces siento que no te lo digo demasiado, pero… —Siento que mi voz se quiebra un poco. Él me aprieta la mano para darme las fuerzas que necesito—. No sé cómo habría seguido sin ti.

Lucía nos mira con cierta incomodidad, y a la vez con celos, como si quisiera estar en mi lugar y tener una relación como la que Daniel y yo tenemos.

—Voy a irme a dormir, no tengo apetito —dice ella retirándose de la mesa.

Veo en sus ojos algo que no me genera confianza. La conocía bien, y esa mirada sé que oculta algo que pretendo averiguar.

Nos quedamos en silencio mientras terminamos de cenar. Siento una incomodidad en mi interior, y por mucho que intento centrarme en este momento, cenando con Daniel, no lo consigo. Necesito aclarar mi mente y hablar con una persona, necesito ver a mi padre.

Le digo a Daniel que iré a ver a mi padre, que necesito hablar con él y quizás no venga a dormir. Espero que se moleste por dejarle solo, pero no lo hace, sino que besa mi mejilla y se ofrece a llevarme en coche. Me recuerda lo afortunada que soy de tenerle a mi lado.

Minutos después, llego a casa de mi padre. Nada más abrirme la puerta, veo sorpresa en su expresión. No me esperaba. Es normal:

es demasiado tarde para presentarme sin avisar.

—Hija, qué sorpresa. No te esperaba, aunque siempre es maravilloso verte —dice abrazándome—. ¿Está todo bien?

—Solo necesitaba pasar una noche con mi padre y en mi antigua casa. A veces echo de menos nuestra vida de antes.

Nos sentamos en el sofá, como en tantas otras conversaciones en las que he acudido a él buscando consejo. Cuando mi madre vivía, era ella quien me escuchaba. Desde que nos dejó, ha sido mi padre quien ha pasado horas escuchándome y aliviando mi dolor.

—Es por Enzo, ¿verdad?

—No, es por mí. Desde que le volví a ver, lo que creía haber superado volvió de golpe. Siempre sentí algo inexplicable hacia Enzo, una conexión que no puedo explicar. Daniel… —hago una pausa—, Daniel es bueno conmigo, papá, me hace sentir segura y tranquila. Jamás le haría daño, pero una parte de mí no quiere ignorar a Enzo ni lo que mi corazón sigue sintiendo por él.

—Una vez te dije que hay amores que son para siempre porque son imposibles, y no me equivocaba. Quizás te estés aferrando al recuerdo de lo que fuiste con él y estés ignorando la persona que eres ahora, desde que estás con Daniel.

Tal vez tenga razón. Tal vez quiera aferrarme a ese pasado que comparto con Enzo. Es cierto que ya no puedo olvidar ese tiempo juntos, y es algo bueno: no puedo olvidar una parte de mi vida.

—¿Cómo supiste que mamá era la indicada?

Una sonrisa melancólica aparece en el rostro de mi padre, y sus ojos reflejan un gran cariño al recordarlo. No imagino lo mucho que debe añorarla, lo que debe quererla aún, lo que le habrá costado vivir sin ella.

—Cuando la conocí, todo tuvo sentido, incluso yo lo tuve. Y fue entonces cuando supe que era ella.

Sus palabras caen en mí con un peso suave, como si fueran el eco de algo que también quiero encontrar en mi vida. ¿Alguna vez he sentido eso por Enzo… o por Daniel? Si fuese así, lo sabría. En el fondo, creo que no. Tardé mucho tiempo en darme cuenta de que amaba a Enzo, y si Daniel fuese el indicado, jamás habría dudado de mis sentimientos hacia él.

Doy un beso a mi padre y camino hacia la que era mi habitación, que me trae unos recuerdos agridulces. Aquí pasé mucho tiempo con Enzo, momentos muy importantes, como mi cumpleaños, como la primera noche que nos conocimos, y también esas noches en las que lloré durante horas cuando se marchó. Y, sobre todo, Enzo fue quien construyó esta habitación, lo cual me rompe aún más el corazón.

Capítulo 29



No sé en qué momento me dormí anoche. Me costó bastante conciliar el sueño por los recuerdos que me atormentaban. En esta cama, Enzo y yo pasamos varias noches hablando y soñando juntos. Miro a mi alrededor, desorientada al no tener a Daniel a mi lado. En estos cuatro años, jamás habíamos pasado una noche separados, y eso hace que no me sienta en casa, aunque alguna vez lo fue. Siento vibrar mi móvil y lo cojo rápidamente. Hay varias llamadas de Daniel, y está entrando una nueva.

Mi corazón da un vuelco. No sé por qué, algo en mi corazón dice que hay problemas.

—¿Daniel? —digo adormecida.

—Irina, gracias a Dios. —Hay algo extraño en su voz—. Es… ella…

—¡Daniel! Me estás asustando. ¿Qué ocurre?

Suspira al otro lado de la línea, como si estuviese eligiendo las palabras cuidadosamente.

—Es Lucía. No está en casa. La última vez que la vi fue anoche, cuando nos íbamos a dormir. Y ahora no está, simplemente se ha ido…

Un nudo se forma en mi estómago, y una sensación de pánico se apodera de mí.

—Voy a la tienda. Tal vez está allí, buscando algo… No sé.

Quiero asegurarme de que está bien.

Cuelgo y me despido rápidamente de mi padre, sin darle muchas explicaciones. Corro por las calles desorientada y preocupada. Cada paso que avanzo, aumenta la ansiedad en mi pecho, como si una oscura premonición se aferrase a mi corazón.

Cuando llego a la tienda, la calle está desierta y solo se oye el tintineo de las llaves en mi bolsillo. Temblorosa, abro la puerta, rezando en silencio para que todo esté en orden y Lucía esté bien. Que no haya pasado nada y no haya desaparecido.

En cuanto entro en la tienda, un vacío helado recorre mi corazón y mi cuerpo. Mis ojos se deslizan al interior y noto que algo está mal. Los estantes están vacíos en varias partes, las cajas de joyas y accesorios están tiradas por el suelo. Hay cristales rotos, papeles en el suelo, y la caja registradora está abierta y vacía. Ya no hay nada.

—No…, no puede ser —murmuro sintiendo que mi cuerpo se tambalea.

Me acerco a los estantes como si quisiera convencerme de que es una ilusión, que todo sigue en orden.

Una punzada de traición me atraviesa, cortante y dolorosa. Siento las lágrimas acumulándose en mis ojos, a pesar de que intento controlarlas. No quiero llorar. No quiero aceptar lo que veo. No puedo aceptar ni creer que Lucía, después de darle una oportunidad, de dejarle entrar de nuevo en mi vida, haya sido capaz de esto.

Caigo de rodillas delante de los estantes vacíos, sin saber si sentir rabia, tristeza o decepción. Quizás sienta ambas cosas al mismo tiempo, mezclándose en un torbellino de emociones que no soy capaz de controlar. No me importa el valor de los objetos ni el dinero. Es la traición lo que me importa, el dolor de haber vuelto a

confiar en ella y de dejarla entrar en mi vida y en mi hogar con Daniel para que haya acabado convertido en pedazos.

Es el sufrimiento que siento por el esfuerzo y el cariño que le he dedicado a la tienda. Por mis recuerdos, construyéndola desde cero con Enzo, por las veces que Daniel ha venido con una rosa al finalizar cada jornada, por el dinero invertido en este gran sueño. Y ahora ya no está.

Escucho la puerta de la tienda abrirse detrás de mí y rezo en silencio para que sea Lucía y no me haya traicionado. No es así. Levanto los ojos y veo a mi novio con una expresión preocupada al verme en el suelo y mirar todo lo que hay destrozado. Se arrodilla a mi lado y me abraza con cariño y fuerza, pero esta vez ni siquiera un abrazo suyo puede calmar mi dolor. Por primera vez en cuatro años, Daniel no consigue tranquilizarme.

—Lo siento, Irina —dice apretándome contra su pecho.

—Confié en ella, Daniel. Pensé que… esta vez sería diferente. A saber qué podría haber hecho con nuestra casa, con nosotros… ¡Por Dios, Daniel! He estado tan ciega…

—Lo sé, cariño, créeme que lo sé —intenta tranquilizarme mientras acaricia mi cabello.

Me encantaría que esto sirviese de algo, pero no es el caso. Sé que Daniel lo está intentando de corazón. En este momento lo único que puedo sentir es un dolor enorme atravesándome el pecho sin descanso.

Nos quedamos ahí, en el suelo, entre los restos de lo que una vez fue un espacio lleno de sueños y esperanza, y que ahora parece tan vacío como mi corazón. No sé cómo podré reconstruirlo, y tampoco estoy segura de querer hacerlo.

Sé que algún día encontraré la forma de calmar este dolor, mas ahora lo veo imposible. Volveré a tener ilusión por esta tienda, que

hace unos años era lo que quería conseguir.

Si Enzo viese esto…, si viese que nuestro esfuerzo ha sido destrozado…, no sé qué pensaría. Empiezo a entender que una parte de mí se ha mantenido tan atada a esta tienda porque era uno de los pocos recuerdos que conservaba de Enzo. Es como si todavía pudiese oler su perfume, y de vez en cuando las paredes desprenden su risa también. Y ahora eso tampoco está. No hay nada, solo un corazón destruido y unos sueños rotos.

Capítulo 30



Despierto con los ojos hinchados y la cabeza pesada. La luz de la mañana me está haciendo daño. He estado derramando lágrimas toda la noche. No tengo fuerzas para cerrar las cortinas ni para moverme de la cama. En esta no duele tanto, y puedo pretender, aunque sea por un momento, que lo que ha pasado no es real.

Las imágenes de la tienda destruida se repiten en mi cabeza, una y otra vez, como una pesadilla que no me deja en paz. Me duelen la traición, el esfuerzo, el vacío y la pérdida, pero sobre todo me duele haber creído que las cosas podrían ir bien entre Lucía y yo, que había una oportunidad de reconstruir lo que una vez tuvimos.

Sigo pensando en Lucía y en lo que debería hacer. Denunciarla sería lo lógico, pero no puedo. A pesar de lo que ha hecho, una parte de mí aún recuerda a la amiga que fue, a la amiga que un día quise como una hermana. No puede caer más bajo de lo que ha caído, no debe criar a un hijo en la cárcel, no mientras yo pueda impedirlo. La dejaré ir, y algún día lo olvidaré. Y aunque esto me dolerá mucho tiempo, prefiero eso a cargar con el peso de arruinarle la vida.

Oigo un golpe suave en la puerta. No espero visitas. Daniel está trabajando desde casa, y él no llamaría a la puerta. Antes de que

pueda reaccionar, la puerta se abre y la cabeza de Alexis asoma a la habitación.

—Irina… —dice acercándose al borde de la cama hasta tumbarse para abrazarme—. No voy a preguntarte cómo estás. Vengo a decirte que me tienes para lo que necesites.

Suspiro y cierro los ojos. Una parte de mí desea que se vaya, pero otra sabe que le necesito. Necesito a mi amigo, al único que puede comprenderme. Y más en temas de amistad.

—Por favor, no te vayas. No puedo hacer esto sola, no tengo fuerzas —digo con la voz quebrada.

—No voy a irme, y no tienes que hacer esto sola, pero no dejes que te consuma, no te apagues, por favor… No permitas que alguien tenga tanto poder sobre tu luz propia.

Por un momento siento un gran apoyo, que alguien me entiende y comprende lo que estoy pasando.

—Me avisaste, Alexis. No te hice caso, y confié en ella. Pensé que podía cambiar y que sería diferente. Que volveríamos a ser amigas.

—A veces las personas no cambian. No es culpa tuya, no podemos pretender ir salvando a todo el mundo, cariño —me dice apretando mi mano con fuerza.

Sé que tiene razón, y también sé que no es tan fácil como dice. Todo duelo tarda tiempo en superarse y curarse. Que me lo digan a mí, que llevo cinco años intentando superar un amor que ni siquiera existió.

—Me vendré un par de días aquí. Creo que te vendrá bien tener compañía. Por las mañanas iré a la tienda, y después vendré a estar contigo.

Me abraza y siento que mi corazón está tranquilo y en calma a su lado. Tras este caos, mi amigo puede darme un poco de calma.

—Ahora debo irme, pero vendré pronto. Tengo cosas que hacer —dice serio.

Antes de que pueda decirle nada, sale de la habitación, dejándome sola. Me quedo en silencio. Estoy demasiado agotada para preguntar, aunque sé que trama algo. Conozco a Alexis mejor que él a sí mismo, y sé que hay algo detrás de esas palabras. No quiero pensarlo.

Alexis es maduro e inteligente, así que no me queda otra opción que pensar que mi amigo sabrá lo que hacer por mi bien. Si es que trama algo y no es mi cabeza de nuevo vendiéndome historias.

Capítulo 31

ENZO



Las horas pasaban en silencio, los días eran grises, y después de la conversación con el señor Castro me había dado cuenta de que debía mantenerme alejado de ella. Aunque intento constantemente olvidarla, es inútil. Cada rincón de esta casa me recuerda a ella, sus risas, sus palabras, cada momento que compartimos y que dejé ir.

Alguien llama a la puerta. No espero visita; mis amigos se han mudado a una casa de alquiler. Me asomo por la mirilla y veo a Alexis con una expresión de urgencia y tensión.

—Alexis… —digo sin saber qué puede haberle traído hasta aquí—. ¿Qué sucede?

Entra sin pedir permiso. Cierra la puerta y se cruza de brazos, suspirando antes de hablar.

—Es Irina… —comienza a hablar, y mi pulso se acelera con solo oír su nombre—. Es un tema complicado. Lucía le ha robado en la tienda. Lo ha destrozado todo.

—¿Lucía ha vuelto?

—Eso parecía, hasta que se ha ido y se ha llevado media tienda con ella.

Me quedo en silencio. El simple hecho de que sufra me parte el corazón, y no poder hacer nada por ella, más todavía.

—¿Ella está bien? —pregunto con un nudo en la garganta.

—Está devastada, no quiere salir de la cama. No sé qué hacer, siempre he sabido cómo actuar con ella, incluso cuando te fuiste, pero ahora… Ahora estoy perdido, Enzo.

Mi corazón se contrae al imaginarla tan vulnerable, tan rota y tan lejos de mí.

—Necesito que me ayudes, Enzo. Créeme, me encantaría pedírselo a otra persona. No te odio, pero hiciste daño a mi amiga y no puedo pasarlo por alto, pero también sé qué harás lo que haga falta por ella —dice dejando caer el peso de sus palabras.

—Haré lo que sea por ella. No permitiré que pase esto sola.

—No puede enterarse de que te he pedido ayuda, por favor. Me odiará si se entera.

—Será nuestro secreto —digo intentando aliviar la situación.

—Aún la amas, ¿verdad?

Su pregunta me golpea, aunque la respuesta siempre ha sido la misma. Siempre la he amado, y quizás siempre la ame. También sé que el lugar que ocupé en su vida ahora pertenece a Daniel. Yo solo soy un recuerdo.

—Nunca he dejado de amarla.

—No quiero que te hagas falsas esperanzas. Ella es feliz con Daniel, y no me gustaría que su vida se viese afectada por ti. Perdona por ser tan duro contigo, pero…

—Eres su mejor amigo, lo comprendo. No tienes que pedirme perdón —digo terminando su frase.

Alexis asiente. Hemos llegado a un punto en común: el bienestar de Irina. Ambos la queremos, cada uno a su manera, y haríamos lo que fuera por verla feliz.

—Si esto es todo lo que puedo hacer por ella, si este es mi lugar en su vida, eso me hace feliz. Quiero verla triunfar, incluso si eso significa que tengo que observar desde lejos.

Alexis extiende su mano y se la estrecho. Salimos de casa en dirección a la tienda. Quiero ayudarle y reparar todo lo que pueda. Necesito que vuelva a estar bien.

Empezamos a recoger lo que podemos, limpiamos el suelo, y cada uno nos encargamos de una tarea. Alexis coge de la trastienda un trapo y una caja de herramientas. Me lanza un destornillador y nos ponemos manos a la obra.

—A veces siento que esta tienda es más importante para ella que su propia vida —dice mientras limpia con esmero—. Es su refugio, su hogar… Construyó esto desde cero…

—Así es, yo estaba allí, créeme, lo sé.

—Sé que es importante para ti, y tú lo fuiste para ella. Y no pretendo juzgaros a ninguno por vuestros actos, pero ella se merece gente a su lado que la quiera siempre, no a ratos, Enzo.

No respondo. Habla demasiado y, sobre todo, de cosas que no sabe. ¿Que la quiero a ratos? ¿Gente a su lado que la quiera? No sabe lo que dice. La he amado, y sigo haciéndolo cada día y cada minuto, y yo soy quien debería estar a su lado.

—A pesar de ser su amigo, de que Daniel esté en su vida y de todo lo bueno que tiene…, creo que nadie podrá reemplazarte nunca. Pero ella es feliz, y me matará si se entera de lo que acabo de decirte.

—Le ama, ¿no es cierto?

—Así es, con todo su corazón, pero te guarda mucho cariño. Son relaciones diferentes… Épocas y tiempos diferentes. El amor no puede compararse.

—Ninguna relación es igual que otra.

—Hay personas con las que estás, y hay personas con las que eres, ahí está la diferencia.

Me pongo a pensar cuál de las dos soy yo para Irina. Si soy la persona con la que puede ser, o si solo soy con la que está. Jamás estuvimos, por lo que Alexis me ha dicho algo en clave, sin traicionar la confianza de su amiga.

Alexis hace unas llamadas a proveedores para pedir que traigan cuanto antes material y prendas que necesita. Recorro la tienda con la mirada, recordando cuando construíamos juntos lo que hoy está destrozado. Aquí estoy, de nuevo, intentando seguir construyendo esta tienda que antaño formó parte de mi vida.

—Enzo, gracias por todo, de corazón. Sé que no debería haberte pedido esto… No sabía a quién acudir.

—Pues has acudido a la persona correcta. Siempre haré lo que sea por ella, siempre será por ella…

Aún no logro entender que no se lo dijese a Daniel, pero me alegra de haber sido su opción. Aunque no debería hacerme falsas ilusiones, creo que hay un motivo detrás, y pretendo descubrirlo.

Capítulo 32



Me levanto temprano, con esa sensación de paz extraña que ha empezado a instalarse en mi vida después de unas largas semanas de caos. Todo parece estar en calma. Me preparo para ir a la tienda. Daniel se ha ido a trabajar antes, y se me hace raro tomar el desayuno sola.

Cuando llego, Alexis ya está dentro, organizando unas cajas detrás del mostrador. Hay algo en él que parece distinto. Como si su mente no estuviese aquí. Me dedica una pequeña sonrisa, pero no viene a darme el beso de siempre, y es entonces cuando comprendo que algo anda mal.

—¿Estás bien? —Parece asustarse.

—Irina… Hay algo que necesitas saber. El padre de Enzo ha muerto.

La noticia me deja sin aliento. Me quedo en silencio, intentando procesar la información. Sé lo importante que es la familia para Enzo, a pesar de la mala relación con sus padres.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto extrañada de que se haya enterado.

Alexis parece dudar en su respuesta, como si estuviese buscando las palabras.

—Irina…, Enzo y yo hemos mantenido el contacto desde que pasó lo de Lucía…

—¿Y puedo saber el porqué? —pregunto algo agobiada.

—Enzo me ayudó desde el primer día con la tienda; él estuvo aquí los días que no viniste. No quise decírtelo: ambos prometimos que no diríamos nada…

El corazón me da un vuelco al imaginar a Enzo ayudándome y arreglando el desastre en el que se convirtió la tienda. Alexis me ha engañado, pero sé que por mi bien. Haberlo sabido antes no hubiera sido bueno para mí. Por alguna razón, saberlo hace que sienta más cerca a ese hombre, como si todavía perteneciese a mi mundo.

—No tenía que hacerlo…

—Él siempre se ha preocupado, aunque tú no lo supieses.

—Voy a ir a su casa —digo decidida.

—Quizás no sea correcto.

—Estoy harta de hacer lo correcto, Alexis, harta.

Sonrío a mi amigo antes de salir de la tienda. Me dirijo a la casa de Enzo, decidida y nerviosa por nuestro encuentro. El camino se hace eterno. Entretanto, pienso qué decirle o cómo actuar. A veces pienso que da igual las barreras que la vida nos ponga. Enzo y yo siempre estaremos unidos de alguna manera.

Dudo al llegar a la puerta. Respiro hondo y llamo. La puerta se abre lentamente, y ahí está, con esa mirada cansada y los ojos llorosos. Y ahí es cuando veo al hombre que tanto amaba y al que quizás aún sigo amando.

Me tiro a sus brazos. Enzo me recibe con fuerza, como si necesitase esto para seguir viviendo. Me aprieta contra su pecho y suspira hondo.

—Lo siento mucho, Enzo. He venido tan pronto me he enterado —digo con la voz temblorosa.

No dice nada y me invita a pasar. Volvemos a estar juntos en esta casa, como si nada hubiese pasado. Nos sentamos en el sofá y cojo su mano para colocarla encima de la mía.

—Gracias por venir, no tenías que hacerlo —dice rompiendo el silencio.

—Como tú con mi tienda, y lo hiciste…

—¿Cómo lo sabes? —pregunta sorprendido.

Le cuento lo que sé y parece avergonzado, como si para él fuese incómodo. La verdad es que me hace mucha ilusión saber que estuvo ahí a mi lado, aunque yo no pudiese verlo.

Veo papeles encima de la mesa y entiendo que son los trámites del entierro. No quiero preguntarle cuándo ocurrió ni cómo. Espero que me lo cuente si en algún momento está preparado.

—Voy a ir a la casa del lago esta semana, tengo que… —Su voz se quiebra. Me doy cuenta de lo difícil que debe ser afrontar esto solo —. Tengo que recoger las cosas de mi padre, y despedirme también de ese lugar; quizás lo ponga en venta.

Asiento, comprendiendo la carga que está sintiendo. Siempre ha sido su refugio, su sitio para escapar de todo, un lugar lleno de recuerdos de su infancia, y, aunque me cueste aceptarlo, un lugar importante para mí también.

—Voy contigo. No voy a dejarte solo.

Él me mira sorprendido. Veo duda en sus ojos, pero asiente con la cabeza. Quizás no sea buena idea que ambos volvamos a esa casa juntos después de tantos años, pero dejarle solo me rompería el corazón.

No sé cómo reaccionará Daniel. No es un viaje cualquiera, y él lo sabe. Me llevará de regreso a unos recuerdos compartidos con el hombre que ha provocado dudas en nuestra relación, y eso le romperá el corazón. Pero no puedo ignorar el apoyo que Enzo

siempre me ha dado, el gran amor que sentí y el que quizás todavía siento.

—Gracias, Irina. Sé que esto no es fácil y que… Daniel no se lo tomará bien, pero significa mucho para mí —dice apretando mi mano.

—Estaré ahí, Enzo, no lo dudes. No te fallaré.

—Saldré en un par de días. Antes tengo que terminar los trámites en Madrid —dice soltando mi mano.

Sonrío. Quiero que sepa que va a tenerme, aunque entre nosotros ya nada sea lo mismo.

Quiero que sepa que lo que fuimos en el pasado sigue ahí de alguna forma. Estoy en deuda de por vida con este hombre, por todo lo que hizo y lo que ha hecho por mí. Sé que se lo debo, y también quiero hacerlo. Quiero estar con él en este momento, y no pienso dejar que nada se interponga en mi decisión, ni siquiera Daniel. Sé que mi relación con Enzo jamás volverá a ser lo que fue, sé que nada es lo mismo, pero ambos nos necesitamos, de la forma que nos necesitábamos en el pasado.

Capítulo 33



El camino a casa es agotador, y mis pensamientos van y vienen entre el compromiso que siento por ayudar a Enzo y la inevitable tensión que creará con Daniel. Aunque llevemos muchos años juntos y tengamos una vida estable y buena, sé bien que me enfrento a un viaje que abrirá heridas.

Mientras ceno con Daniel, tengo que elegir bien las palabras para explicarle, para ser honesta e intentar a la vez no causarle daño. No dice nada, me escucha en silencio, y veo que su mandíbula se tensa al oír el nombre de Enzo. El silencio entre nosotros es tan tirante que incluso me duele.

—Así que una semana, ¿no?

—Así es. Sé que esto no es fácil de entender, pero Enzo me ayudó siempre, y siento que ahora es mi turno. Quiero ayudarle a cerrar ese capítulo.

Daniel suspira y mira su plato. Piensa qué decirme por la expresión de su cara. Tengo miedo de lo que esté sintiendo, imagino que no debe de ser agradable ni fácil.

—Está bien, si sientes que es lo correcto, ve. Pero ten cuidado…, o lo que sea —dice, sin saber muy bien cómo expresarse.

Le doy un apretón de manos, agradeciendo su compasión y comprensión, aunque sea a medias.

—Desde el día que vi el desastre que eres, supe que debía quererte así.

No entiendo lo que dice, y creo que por mi expresión lo nota en el acto. No sé si tomármelo bien o si solo está intentando decirme lo mal que estoy haciendo esto.

—No te comprendo, Daniel.

—Eres una mujer fuerte e increíble. A pesar de que te conocí siendo un desastre, te has convertido en una persona a la que admiro, pero… —Hace una pausa y me mira sin saber cómo continuar.

—Pero…

—Nunca has dejado que el pasado sea pasado, y jamás podrás tener un futuro si no luchas por hacerlo.

Se levanta de la mesa y se aleja, dejándome sola. Siento como si se alejase para siempre de mí. Acabo de romper su corazón, y a pesar de que siempre me entienda y me apoye, sé que esto es imposible de aceptar.

—Daniel, espera, por favor.

Es inútil llamarle. Daniel ha subido a la planta de arriba; no quiere hablar conmigo, por lo que recojo los platos de la mesa y me siento en el sofá a descansar.

Escribo un mensaje a Alexis en el que le explico la situación. Le indico que deberá hacerse cargo de la tienda esta semana, y le prometo que le pagaré por ello. Aunque en el fondo sé que no será necesario, porque siempre va a entenderme, a pesar de no compartir mis opiniones. Alexis quizás sea la única persona que conoce mis secretos, y me alegra saber que jamás me ha juzgado.

Intento dormir, pero no lo consigo, por lo que decido subir a la habitación. Entro y veo que Daniel está metido en la cama. Me tumbo a su lado. Está dándome la espalda, por lo que no puedo verle.

El silencio es incómodo.

—Irina, necesito ser honesto contigo, y no quiero que te enfades. Quiero que hablemos del viaje… No es fácil asimilarlo para mí, entiéndelo —dice por fin, rompiendo el silencio que estaba matándome.

Siento una punzada, pero no le interrumpo, porque sé que quiere decir algo más.

—Él se fue, Irina. Te construyó en el pasado cuando estabas mal, y después te destruyó cuando se fue. Yo, en cambio, solo he intentado que esas piezas volviesen a encajar. Porque te amo, y posiblemente me enamoré de ti desde el instante que te conocí. Y aunque confío en ti, me aterra pensar que algunas de esas piezas sueltas vuelvan a su sitio con él.

Sus palabras me duelen. Daniel tiene razón: él siempre estuvo para mí, sin condiciones, sin pedir nada a cambio, solo porque me amaba. Mientras que Enzo triunfaba haciendo una película, Daniel apostó por mí y se dejó la piel en que fuese feliz, y entiendo su dolor porque me vaya con Enzo a una casa donde fuimos felices hace años.

—Daniel, soy consciente de quién estuvo ahí para mí durante años. Sé quién fue el que no se rindió hasta hacerme feliz, y sé que fuiste tú, pero no puedo abandonarle… No puedo —digo con voz temblorosa por miedo a su respuesta.

—Irina, confío en ti. Y estoy orgulloso de quién eres y de ese corazón tan enorme que has construido a pesar del dolor y las

decepciones, lo que no significa que me cueste aceptar que ese hombre siga tan presente en tu vida. En nuestra vida —recalca.

Me acerco a él y le abrazo. Por fin puedo sentir el calor de esa cercanía tan especial entre nosotros. Aprecio su honestidad y el gran esfuerzo que está haciendo ante la situación tan complicada que se nos ha dado ahora.

—Te quiero, Daniel —le susurro al oído—. Lo que tú y yo tenemos es real, algo que hemos construido con esfuerzo y amor, y que quiero que siga creciendo. Y ten claro que no voy a dejar que nada ni nadie lo destruya.

—Yo también te quiero, Irina, más que a nada en este mundo. Y te apoyo. Quiero que vayas y ayudes a Enzo. Sé de lo que eres capaz con una sonrisa, y lo mucho que puedes hacer por ese chico con tu presencia.

Somos un equipo, uno fuerte y decidido a enfrentar cualquier tipo de desafío. Daniel es mi familia, y eso no cambiará jamás. Es él a quien quiero y con quien quiero pasar el resto de mi vida. No importa cuánto haya sido Enzo en mi pasado, Daniel es mi presente y voy a luchar porque también sea mi futuro.

Capítulo 34



Hago un último repaso de mi maleta, cerrándola lentamente mientras me esfuerzo en apartar de mi mente los pensamientos que me gritan que este viaje es una mala idea. Daniel me observa desde la puerta, con una mezcla de preocupación y apoyo en sus ojos.

—Te llamaré cuando llegue. Te quiero —le digo, intentando sonreír.

Daniel asiente. Da un paso adelante y me abraza con fuerza, apoyando su frente contra la mía. Después me besa. Es un beso pequeño, pero con amor. Lo suficiente para hacerme saber que me estará esperando cuando vuelva.

—Ten mucho cuidado, por favor, y no olvides quien siempre ha estado aquí para ti.

Sus palabras me atraviesan, y solo consigo asentir, tragando las dudas. Después de darle un beso de despedida, bajo las escaleras y encuentro a Enzo esperándome en el coche. Nos miramos en silencio, nos sonreímos, y sabemos que con eso es suficiente. Subimos al coche, y el camino a la casa del lago comienza en un incómodo silencio.

Intento distraerme mirando por la ventana, observando los árboles y las colinas, pero no puedo evitar lanzar miradas rápidas a Enzo, notando el apretón de sus manos en el volante y los músculos

tensos en su mandíbula. Parece que en cualquier momento va a decir algo; al final, el silencio sigue siendo nuestro único compañero hasta que llegamos a la casa. Ojalá me hablase, ojalá me dijese lo que pasa por su mente.

Al bajarnos del coche, una extraña nostalgia se apodera de mí. La casa parece igual que siempre, y al mismo tiempo distinta, como si el tiempo la hubiese detenido para que podamos reencontrarnos aquí.

Enzo abre la puerta y me deja pasar primero. Al entrar, mis ojos se topan de inmediato con las paredes… llenas de fotos. Fotos de nosotros. Cada imagen captura un momento que creía olvidado, una risa, una mirada, un viaje. Ahí estamos, más jóvenes y, desde luego, más felices. No sabía que estas fotos estaban aquí. La última vez que estuve en esta casa, una discusión llegó después, una horrible que lo empeoró todo. Ese recuerdo también se apodera de mí, causándome un horrible sentimiento de dolor.

—Aquel mes en que no hablamos, vine a ponerlas. Era como si todavía siguieses en mi vida —dice Enzo en voz baja, notando mi sorpresa.

—Vaya, qué sorpresa. Son muy bonitas, de verdad.

Todo está igual, pero diferente a la vez. Nosotros tampoco somos ya los de entonces, no somos aquellos jóvenes que vivían bailando y cantando a todas horas, los que se apoyaban el uno al otro. Y yo ya no soy aquella que intentaba reprimir sus sentimientos. Ahora siento, y mucho. Quizás demasiado para lo que me gustaría, porque en este momento estoy sintiendo un amor demasiado profundo al ver estas fotos.

—Cierra los ojos —dice de repente.

—Enzo, no sé qué estás tramando, pero odio las sorpresas —digo extrañada.

Le miro desconfiada, pero le hago caso. Coloca suavemente sus manos sobre mis hombros, guiándome con pasos lentos y cuidadosos. Siento el aire fresco de la naturaleza rozando mis mejillas, el olor al agua del lago, y oigo el crujido de las hojas bajo nuestros pies hasta que, finalmente, nos detenemos.

—Ya puedes abrirlos.

Al abrir los ojos, me encuentro rodeada de girasoles. Cada flor parece inclinarse hacia mí, como si estuviera saludándome. Mis manos tiemblan, y una mezcla de sentimientos me invade.

—Los planté hace unos años. No pude evitarlo… Era como si aún estuvieses aquí conmigo, como si nada hubiera pasado —dice Enzo con una voz suave y amable que me descoloca.

¿Tanto me amaba? ¿Tan importante fui para él? Sabía que me quería, es cierto. Ahora me doy cuenta de que sus sentimientos iban mucho más allá de lo que podía imaginar.

Las lágrimas nublan mi vista. A pesar del tiempo, a pesar de todo lo que nos ha separado, este gesto me demuestra que aún ocupa un lugar en mi vida que nadie ha podido llenar, ni siquiera Daniel. Siento un impulso incontrolable de abrazarle, de hacerle saber cuánto le he echado de menos, cuánto he luchado por no pensar en él y dejarle de amar.

Ambos sabemos que tenemos un vínculo que no puede romperse. No importa nada más cuando estamos juntos. Así era antes, y así sigue siendo cinco años después.

Sin poder contenerme, me vuelvo hacia él y le abrazo, aferrándome a su cuerpo con una fuerza que ni yo misma sabía que poseía. Mis lágrimas caen libres mientras él me envuelve, y en ese abrazo parece que los años se disuelven, como si nunca nos hubiéramos separado.

—Parece que te han gustado —dice para alegrar la situación.

—¿Por qué no volviste antes? ¿Por qué no lo hiciste?

—Lo hice. De vez en cuando venía a la ciudad, pero no quería que lo supieses. Habías seguido adelante y no quería provocar algo malo en tu vida, no quería estropear tu relación. Sabía que eras feliz, y eso era suficiente —dice, con la voz cargada de un remordimiento que nos atraviesa.

¿Suficiente? ¿En serio piensa que eso era suficiente? Porque para mí no lo es. Para mí no fue suficiente que él supiera lo bien que me iba y que yo no supiera nada de él; claro que esa fue mi decisión, no la suya. Yo decidí no hablarle más, bloquear su número y actuar como si no importase.

—Quizás…, quizás… —intento decirle cuánto le amaba y que deseaba que hubiese vuelto a mí. Sé que es mejor callarme y no decirle nada. Enzo jamás sabrá lo enamorada que estuve de él; así es mejor. Así no será una tentación.

Enzo suspira. Paso una mano por su pelo en un gesto que me resulta tan familiar que me hace sonreír, pese a la tristeza.

—No hace falta que digas nada. Vamos a preparar algo de comer, estarás hambrienta. Nos espera una semana dura.

—Lo que has hecho…, estos girasoles… —me tiembla la voz—. No sabes cuánto significa para mí.

Me coge de las manos, y noto sus dedos acariciando los míos con suavidad.

Cierro los ojos, incapaz de sostener tanta intensidad. Siento que el peso de sus palabras y de los años perdidos nos envuelve. Caminamos de nuevo hacia la casa a preparar algo de comida de lo que ha traído Enzo. Yo también he cogido algunas cosas de mi piso.

Capítulo 35



La mañana trae consigo una calma pesada, rota solo por el crujido de las tablas bajo nuestros pies, mientras Enzo y yo recorremos la casa recogiendo las pertenencias de su padre. Cada objeto que encuentro, cada fotografía enmarcada, parece anclarme un poco más al pasado que compartimos.

Enzo está en silencio mientras examina una vieja colección de relojes en una de las estanterías, y me doy cuenta de cómo la nostalgia asoma en sus ojos. Me acerco, tocando con cuidado uno de los relojes.

—Mi padre era un gran coleccionista —dice apenado.

—Enzo, lo siento tanto… ¿Puedo preguntarte cómo pasó?

—Estaba enfermo, llevaba varios meses con cáncer, y bueno… Supongo que era más fuerte la enfermedad que él.

Agarro su mano. Quiero que sienta mi aprecio y mis condolencias por su pérdida. Lamento que no hayan tenido una buena relación y que, a pesar de ello, Enzo le guarde un amor tan grande.

La tarde pasa entre cajas y conversaciones a media voz, intentando no distraernos con aquello que un día fuimos. Cuando llega la noche y cenamos en la pequeña cocina, la tensión se ha

vuelto tan palpable que apenas puedo mirarle sin sentir que algo en mí se remueve.

—Creo que necesitamos un poco de vino, quizás bastante —dice Enzo de repente, y no puedo evitar reírme, asintiendo.

Acepto una copa, luego otra. Al cabo de un rato estamos riéndonos de cualquier cosa, como si el vino nos diera permiso para soltar la presión acumulada. Él pone música en un pequeño altavoz, y de pronto se levanta, extendiéndome una mano con una sonrisa traviesa.

Memories de Conan Gray suena en el altavoz.

—Yo… no creo que sea adecuado —intento decir sin trabarme.

La canción parece estar hecha para nosotros, como si supiera exactamente por lo que estamos pasando ahora mismo al mirarnos con unos ojos llenos de amor y recuerdos.

—Antes solíamos hacerlo, ¿por qué no ahora?

Porque ahora ya no es antes. Ya no somos los mismos. Ahora le debo mi amor y mi respeto a un hombre, a un hombre que parece que estoy olvidando poco a poco, según paso más tiempo con Enzo.

Acepto su mano, y pronto estamos girando por la sala, un poco torpes, un poco borrachos, riendo como hace años hacíamos. Siento el latido de su corazón al apoyar mi cabeza en su pecho, y cada paso me trae recuerdos de noches en las que éramos tan felices, tan únicos y tan nosotros.

Levanto la vista y no puedo evitar fijarme en él. El pelo negro, largo y desordenado, la sonrisa despreocupada que se ha suavizado con los años. Me doy cuenta de lo guapo que sigue siendo, quizás incluso más que antes.

—¿Por qué tienes que ser tan guapo? Esto lo complica todo —digo arrepintiéndome en el acto.

Él se detiene, sorprendido, y me mira con intensidad, como si intentara leer algo en mi expresión. Dejamos de bailar y nos sentamos de nuevo.

—¿Qué complica? Irina, tú nunca me has visto con esos ojos, es el vino —dice intentando calmar la tensión que se ha generado.

—Ojalá fuese cierto. Dios mío, si supieras cuánto te amaba…

Es como si mis palabras saliesen solas, como si no pudiese controlarlas, y me odio por ello. Aunque me encantaría decir que me arrepiento, no lo hago. Porque tengo al hombre al que he amado tanto delante de mí, y no pienso engañarme más.

—Irina, ¿qué estás diciendo? Tú…, ¿por qué no lo dijiste?

—Iba a hacerlo, pero escuché aquella conversación donde te ofrecieron el papel, y entonces supe que debía retirarme —digo con una pequeña sonrisa entristecida.

—No estás hablando en serio.

—Te lo juro, yo te amaba.

Acabo de jurar. Yo misma me doy cuenta de que nuestras expresiones cambian cuando juro haberle amado. Enzo sabe que yo jamás he jurado nada, a nadie. Porque odio las promesas y los juramentos, y él lo sabe. Por eso su mirada cambia en cuanto me oye decirlo.

Nos levantamos de las sillas, como si nuestros cuerpos estuviesen hablando solos y no pudiésemos hacer nada por detenerlos. Nos acercamos y nos miramos, observándonos como años atrás hacíamos. Deseándonos cada vez más.

Él me observa en silencio, y entonces, casi con un susurro, me pregunta:

—Irina, ¿todavía me amas?

Sus palabras me golpean, y sé que no puedo mentirle. No después de todo lo que hemos compartido.

—Sí —admito apenas en un pequeño susurro—. Te amo, y eso me aterra, porque me doy cuenta de que quizás nunca deje de amarte.

Él cierra los ojos, como si mis palabras fueran demasiado, como si escucharlas después de tantos años fuera una mezcla de alivio y dolor.

—¿Por qué no lo dijiste? Yo necesitaba saberlo por aquel entonces…

—No podía. Era demasiado difícil para mí saber que quizás renunciabas a tu sueño si lo hacía, y yo…

—¡No más mentiras, por favor! Irina, por favor… ¿Por qué no lo hiciste?

—Me daba miedo, tenía miedo de quererte más de lo que ya lo hacía, y de necesitarte. No había sentido eso nunca, y me aterraba.

—Te daba miedo enamorarte de mí, y lo respeto, pero jamás podré perdonarte que me dejases ir sin decirme la verdad. Las mentiras son elecciones con malas intenciones, los errores los puede cometer cualquiera.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros, y el silencio se vuelve denso, casi tangible. Siento su mirada fija en mí, y el impulso de acercarme, de borrar el tiempo y la distancia que nos separan me quema por dentro. Enzo se acerca a mí, como si, a pesar de odiarme por mentirle, necesitase más de mí.

Podría besarle, abrazarle o tan solo acercarme a él. En lugar de eso, cierro los ojos, recordando los motivos que me llevaron a seguir adelante, a construir una vida diferente. Y pienso en Daniel, el hombre que ha confiado en mí y al que no debo fallar.

—Enzo…, no puedo —susurro mientras me alejo—. No puedo hacerle esto a Daniel.

—¡Deja de pensar en Daniel! Deja de pensar en el mundo. Irina, por una vez, piensa en ti. ¿Qué es lo quieres hacer tú?

Sus palabras me impiden seguir caminando. Me vuelvo a mirarle y algo dentro de mí cambia por completo al darme cuenta de lo que en realidad quiero. Quiero a Enzo. No pienso en otra cosa, y corro hacia él.

Después de tantos años soñando con este momento, se hace realidad. Nuestros labios se juntan, se buscan desesperados, como si se necesitasen más de lo que podemos imaginar; nuestras lenguas se rozan también, muerdo su labio, y él también lo hace. Pasión, deseo, amor y, sobre todo, esperanza. Todas esas emociones se juntan en mi interior con tan solo un beso.

Siento su mano en mi espalda, tirando de mí hacia él, como si intentara que no hubiera separación alguna entre nosotros. La pasión que compartimos en este beso es tan fuerte que no me importa lo que pueda pasar después.

Es como si todo lo que he guardado en mi corazón durante estos años por fin encontrara un lugar en él.

El beso se profundiza, y aunque en el fondo sé que está mal, que he cruzado una línea que tal vez no pueda borrar, no puedo evitarlo. Mi cuerpo reacciona a sus caricias, a su cercanía.

Me siento confundida, vulnerable, y al mismo tiempo no quiero que este momento termine. Quiero seguir sintiéndolo cerca, sentir su presencia, aunque sé que traerá consecuencias. Aunque sé que Daniel jamás podrá perdonarme.

Capítulo 36



Sin parar de besarnos, caminamos hacia la cama de Enzo, en la que todavía siguen las sábanas del Rey León. No importa, nada importa. Solo nosotros.

—¿Estás segura de esto? —me pregunta haciéndome sentir mal por Daniel, pero con ganas de continuar hasta el final.

Empiezo a quitarle la camiseta, él me quita el vestido que me había puesto esta mañana y ambos sabemos lo que viene a continuación. Caemos en la cama y nos dejamos llevar por el momento y por la pasión que sentimos.

Nuestros cuerpos desnudos se funden en uno solo. Sabemos que esto no está bien, pero no importa. Oírle gemir en mi oído lo siento como tocar el cielo. Sus caricias y sus labios recorren cada rincón de mi cuerpo, sin dejar uno solo. Sentirle de esta forma era algo con lo que soñaba desde hace años, y se ha hecho realidad.

—Irina… —Mi nombre sale de su boca cuando llega al clímax.

Yo también lo hago. No me imaginaba que el sexo fuese tan placentero con Enzo, y hoy me he dado cuenta de lo que me he perdido todos estos años, aunque haya estado con Daniel en muchas más ocasiones.

Nos miramos. Sabemos que quizás no vuelva a pasar nunca, o al menos que no debería pasar, por el bien de mi estabilidad y de mi relación. Enzo me acaricia la mejilla, como si quisiera protegerme ante cualquier mal del mundo. Y yo sonrío sintiendo algo en mi pecho que solo él me hace sentir.

—Te amo —confieso por fin.

Durante mucho tiempo he fantaseado con decirle estas dos palabras. Desde que le vi en la boda, he pensado en él, todo el rato, a cada momento. Cuando ocurrió lo de Lucía, quise contárselo y superarlo juntos. Y por eso entiendo perfectamente que Enzo y yo siempre seremos uno.

—Te amo, Irina.

Nos dormimos abrazados. Tan juntos como si incluso pudiésemos compartir los sueños. Siento que estoy en casa, y aunque parezca la misma sensación que siento con Daniel, es bastante diferente. Enzo ha sido el refugio al cual siempre he querido acudir, y Daniel ha sido quien me ha abierto las puertas sin importar el motivo. Uno ha sido el que he querido, y el otro al que he podido.

Es injusto, sé que lo es, porque Daniel no merece que piense así de nuestra relación. Quizás todos estos años he intentado engañarme a mí misma porque sabía que era lo correcto. Y no dudo en que le quiera, e incluso le ame, pero jamás podré comparar ese amor con el de Enzo. Quiero a los dos, y sé que Daniel me ama por encima de todas las cosas, pero Enzo ha sido y será el amor de mi vida. A pesar de que Daniel sea el amor para mi vida.

Capítulo 37



Me despierto. El peso de la noche anterior aún se siente en el aire. Enzo duerme a mi lado; su respiración es tranquila. Yo no puedo evitar sentir una mezcla de emociones que me golpean con fuerza. Mi corazón late con rapidez, como si aún estuviera atrapada en la intensidad de lo que ocurrió anoche. Me siento culpable, perdida, y también llena de algo que no puedo ignorar.

Me levanto con cuidado, tratando de no hacer ruido, y me dirijo a la ventana. El paisaje sigue siendo el mismo, el campo cubierto de girasoles, pero hoy todo parece distinto. La noche que compartimos, el beso que no esperaba han cambiado algo entre nosotros. Algo que ya no puedo deshacer.

Preparo el desayuno mientras trato de ordenar mis pensamientos. Oigo el sonido de Enzo llegando a la cocina. Me doy la vuelta y le veo, con los ojos entreabiertos, mirando hacia mí con una expresión que no logro leer.

—Buenos días —dice con voz ronca, pero su tono es suave, casi cauteloso.

—Buenos días —respondo. Aunque mi voz suena más vacía de lo que quiero admitir, intento sonreír de la mejor forma que puedo.

Pasamos la mañana en silencio mientras seguimos recogiendo las cosas de su padre. Todo es raro, incómodo. Nos miramos de reojo, y no hablamos de lo que sucedió la noche anterior. Algo nos impide hacerlo, como si decirlo en voz alta lo hiciera más real e irreversible. Ambos sabemos lo que ocurrió, sabemos lo que sentimos, pero no podemos ponerlo en palabras.

Cuando llega la tarde, tras una comida que casi no saboreamos, finalmente se rompe el silencio.

—Irina…

—¿Qué pasa? —pregunto, aunque ya intuyo adónde va esto.

—Lo que pasó anoche… —Su voz se corta, como si buscara las palabras.

—Yo… no sé si debimos hacerlo.

Siento un nudo en el estómago. Sé que no debimos, y también que no pude evitarlo. No pude ignorar lo que siento por él, lo que siempre he sentido. Le amo, joder, le amo más de lo que podía imaginar, más incluso que ayer, y estoy segura de que menos de lo que le amaré mañana. Lo de anoche fue un error, pero ha sido el mejor error de mi vida. Porque he hecho lo que sentía con el hombre por el que siento tanto amor que incluso duele.

Sé que Daniel está ahí, en mi vida. Y no quiero perderle ni ignorar tampoco la vida que tenemos juntos, pero no puedo evitarlo. Enzo hace que me olvide de todo, como siempre ha hecho.

Enzo da un paso hacia mí. Su rostro está lleno de dolor, pero también de un amor profundo que no puedo negar. Un amor exactamente igual que el mío.

—Irina…, yo también lo siento. Sé que estás con Daniel y que le quieres, pero no quiero perderte. No puedo. Y sé que es egoísta por mi parte, pero te quiero, y quiero estar contigo. —Sus palabras me

atraviesan, y veo el mismo miedo en sus ojos que siento en los míos.

—Ambos sabemos que esto no puede volver a ocurrir, Enzo. Yo… yo estoy con Daniel. Y no es justo para él.

Él se aleja un paso, y por un momento parece que va a decir algo más, pero se queda en silencio, observándome, luchando con lo que está pasando entre nosotros.

—Entonces, ¿eso es todo? ¿Me estás dejando otra vez?

El dolor en sus palabras me llega al alma, pero sé que no puedo quedarme. No debo quedarme.

—No te estoy dejando, no puedo dejar algo que ni siquiera ha empezado —respondo con un suspiro—. Mi única relación es con Daniel, y eso debes entenderlo.

Enzo asiente, pero su mirada aún está llena de incertidumbre. Y siento que todo lo que hemos vivido está colapsando. Lo que parecía tan real, tan fuerte, ahora se está desmoronando.

Y aunque sé que debo hacer lo correcto, el amor que aún siento por él me consume por dentro.

—¿Qué te parece si salimos un rato? —dice finalmente, intentando cambiar de tema, quizás buscando una forma de desconectarnos de lo que acaba de suceder.

—¿Salir? ¿Adónde? —pregunto sorprendida.

—A dar un paseo con la barca —responde, con una ligera sonrisa —. El agua de este lago siempre me ayuda a pensar, y sé que a ti te gusta. Podría ser lo que necesitamos para despejarnos, ¿no crees?

Acepto sin pensarlo mucho, agradecida por su intento de traer algo de calma. Coge rápidamente unas toallas y nos dirigimos al pequeño muelle. La barca está anclada. Al acercarnos, el sol empieza a esconderse lentamente detrás de las colinas, tiñendo el cielo de colores cálidos y suaves.

—Qué bonito es el atardecer —digo admirando el paisaje.

El ambiente es tranquilo, casi sereno, y eso me da algo de paz, aunque en el fondo sigo con la sensación de que algo no está bien. Y claro que no lo está, pero no quiero pensarlo todavía. Cuando vuelva a casa con Daniel, tendré tiempo para pensarlo; ahora mismo quiero disfrutar de este momento con Enzo.

—Te juro que esto me trae muy buenos recuerdos —dice Enzo mientras sube a la barca y me tiende la mano.

—A mí también, de verdad. Como el día que me tiré gritando al agua, ¿lo recuerdas?

Le miro, notando la melancolía en sus ojos al recordarlo, y por un segundo siento que el peso del pasado se me viene encima.

Subo a la barca con cuidado. Enzo coge los remos y empieza a moverlos con suavidad, empujando la barca al centro del lago.

—Cuando vinimos aquí, te prometo que me hubiese gustado acabar de otra forma, no con aquella discusión —digo con toda la sinceridad posible.

—Al menos comimos las tortitas de Elisa —dice Enzo, intentando suavizar el ambiente.

—Qué delicia. ¿Cómo está ella?

—Murió. Han pasado muchas cosas desde entonces, Irina, desde que ya no estás —dice con tristeza.

—Lo siento muchísimo.

Cuando llegamos al centro del lago, el sol ya ha desaparecido por completo, y la oscuridad comienza a rodearnos. Enzo detiene los remos, y la barca se queda quieta sobre el agua.

—¿Te apetece un baño?

Aunque la idea me hace sentir algo nerviosa, decido dejarme llevar por la locura del momento. Nadar de nuevo en este lago juntos quizás sea buena idea.

Antes de que pueda decir algo más, se quita los zapatos y se lanza al agua. En un principio dudo, pero al verlo nadar con tanta facilidad, decido seguirle. Me quito los zapatos, y con una risa nerviosa, salto al agua también.

El agua está fresca, pero no demasiado fría. El frío del lago parece calmar mis pensamientos, y el contacto con el agua me ayuda a desconectarme de lo que he estado sintiendo todo el día.

Al llegar a la casa de nuevo, la atmósfera sigue siendo extraña, como si lo vivido en el lago, lo que compartimos, aún estuviera flotando en el aire, suspendido, esperando a ser entendido. Enzo se detiene justo antes de que entremos en la casa, dándome la espalda mientras toma una profunda bocanada de aire.

—Irina… —Su voz suena más seria de lo que había sido en todo el día—. Te quiero, y necesito decirte esto: quiero estar contigo, y quiero que estemos juntos.

Me detengo al instante. Mi corazón late con fuerza, y una parte de mí quiere abrazarlo. Pero la otra parte, esa parte que ha sido herida tantas veces, la que quiere a Daniel, me detiene.

—Enzo…, no es tan fácil. Quiero a Daniel, y tengo una vida buena que no quiero perder. No puedo simplemente dejarlo todo y correr hacia ti.

—¿Simplemente? Por Dios, Irina, nos conocemos desde hace años, nos queremos… ¡Anoche nos acostamos! ¿Es que eso no significa nada para ti?

—¡Pues claro que significa, Enzo! Nos acostamos porque yo también lo deseaba, y te quiero. Pero no es tan fácil dejar una relación de cuatro años con una persona. Yo no dejo ir a la gente tan fácil —digo, refiriéndome a cuando él me dejó porque se fue.

—Vaya, qué suerte tiene Daniel. Porque a mí me dejaste ir sin ningún problema.

—Era una cría, Enzo.

—Tenías veinticinco años, Irina, no eras ninguna cría. No sentías por mí lo mismo que sientes por Daniel, y lo respeto. Creo que ha quedado claro.

—No puedo darte lo que quieres ni lo que necesitas.

—¡Te dije hace años que dejases de decidir por mí! Tú eres todo lo que quiero, todo lo que necesito, ¿es que nunca vas a darte cuenta?

—Yo no te necesito a ti —miento, porque sé que hacerlo es lo correcto. Esta conversación no va a ningún lado, y solo vamos a hacernos más daño.

Él me mira, una sombra de duda cruza sus ojos. Sé que está esperando más de mí, pero no puedo darle la respuesta que quiere. No puedo dejar mi relación de tantos años y hacer como si nada.

—Si algún día decides cambiar tu vida o cambias de opinión, siempre te esperaré, Irina, no importan los años que pasen.

El nudo en mi garganta se hace más grande. Sé que lo que me pide es mucho más que una oportunidad, y no puedo dársela, no ahora.

—Yo… sufrí mucho cuando te fuiste, me perdí a mí misma, y Daniel me encontró. Le debo un respeto y un amor, porque, en realidad, y a pesar de que no lo parezca, le quiero.

Enzo suspira, su expresión se suaviza, y por un momento parece entender lo que estoy diciendo. No me presiona más, pero el dolor en sus ojos es evidente. Me imagino que lo siente igual de intensamente que yo, pero sabe que no puede forzarme a tomar una decisión para la que no estoy preparada.

—Lo entiendo… Pero quiero que sepas que siempre estaré aquí, Irina. Siempre. No importa lo que pase, estaré aquí para ti.

—Si no me hubiese perdido, no sería quien soy a día de hoy. Quizás tenga que agradecerte que me dejases hacerlo.

Enzo me mira dolido y sorprendido por lo que le digo. Sé que oírme decir eso le hace daño, pero no puedo callarme más.

Finalmente, Enzo se aleja, sin palabras, y yo entro en la casa. Sé que no se detendrá. Lo que venga después, lo que decidamos, nos llevará a un nuevo capítulo que no sé cómo escribiremos. Por ahora, todo lo que tengo es este silencio y la sensación de que, de alguna manera, las piezas aún no encajan del todo.

Capítulo 38



Mi cuerpo está agotado, pero mi mente no encuentra descanso, y a veces dudo que en algún momento lo haga.

Me levanto lentamente. La mañana es tranquila, pero esa calma es solo una fachada. Al mirar mi reflejo en el espejo, veo los rastros de una noche llena de emociones y dilemas sin resolver. Me siento vacía, como si algo en mí estuviera colgando, esperando a caer.

El desayuno es silencioso. Enzo está en la cocina, moviéndose de un lado a otro sin decir una palabra. La tensión entre nosotros aún persiste, aunque ninguno de los dos la menciona. Es raro estar juntos en el mismo espacio, pero con tanta distancia entre nosotros. Ambos sabemos lo que volvió a pasar anoche: otro beso, otra noche de pasión, pero no hay nada más que decir. No por ahora.

Anoche, después de nuestra discusión, fui a buscarle y me lancé a sus brazos, le besé y todo acabó igual que la otra noche. No quería seguir conteniendo lo que deseaba. No pensé en si estaba bien o mal, me daba lo mismo. No pensé en Daniel ni en las consecuencias. Solo pensaba en Enzo y en mí, en una misma cama, queriéndonos todavía más que la noche anterior. Ocurrió varias veces, una detrás de otra, por lo que no puedo decir que fue un desliz, no, porque no

lo fue. Fue porque quería, porque lo deseaba, porque era lo que necesitaba.

Fue porque le amo.

—Enzo…, he estado pensando y no creo que sea buena idea.

—Irina, si es lo que quieres, lo respetaré. No voy a retenerte. Y aunque yo sea tuyo, tú mereces ser libre y elegir a la persona que te haga feliz, incluso si eso pone en peligro mi felicidad.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Soy tuyo desde la primera vez que te vi, malhumorada, como si el mundo te debiese algo, y seré tuyo hasta que mi corazón deje de latir. Pero no puedo pedirte que te quedes conmigo, aunque te juro que espero que lo hagas.

—Enzo, no te voy a pedir que me esperes, sería injusto para ambos. Yo viviría coaccionada en mi relación, pensando siempre en ti, en que me estás esperando, y tú no vivirías tranquilo sin saber si volveré o no.

—Te esperé cinco años, te esperaría otros cinco más, incluso toda la vida, pero seamos honestos, ambos sabemos que no volverás.

¿Volvería? No lo sé, tal vez. Quizás deba irme con Daniel para saber si necesito volver con Enzo, o si mi sitio es al lado de la persona con la que hace años construí la maravillosa vida que tengo ahora.

—Eso nadie lo sabe, ni tú ni yo sabemos lo que puede pasar en un futuro. Enzo, tengo claro que te quiero como jamás he querido a alguien, pero querer a alguien no vale, no vale solo con eso, querer no es todo, por eso debo irme.

—Querer es mucho más de lo que era hace cinco años cuando pensaba que no me querías. Es un buen punto de partida, Irina. Tenemos amor, lo demás vendrá solo, y lo que no venga iremos a construirlo.

Quiero que sea así de fácil, de verdad que lo deseo con todo mi corazón, pero no puedo, no puede ser así, porque no es tan fácil.

—Yo ya tengo construido mucho con una persona a la que no puedo dejar.

Sus ojos se llenan de lágrimas al escuchar mis últimas palabras. Esto es una despedida, ambos sabemos que es mejor así. No sé si es definitiva o temporal; aunque quiera, no puedo quedarme a su lado.

—Lo construiste porque quisiste, no por obligación. Deja de hablar de ello como si fuera tu prisión. Te estoy dando la opción de elegir, de ayudarte a hacerlo. Porque así funciona, ¿sabes? Yo te quiero, y tú me quieres. Hacemos una vida juntos y luchamos contra los problemas, así todos los días, hasta que uno de los dos muera. E incluso después, porque en eso se basa el amor, en no rendirse nunca.

—¡No me dejaste opción! Si construí esa vida con Daniel, fue porque no me dejaste otra opción.

—Hablas como si yo solo fuese el culpable, Irina, y no es así.

—¿Quieres que me culpe? Vale, lo haré. Asumo la culpa de haberme enamorado de ti, de hacerle daño a mi pareja, de mentir a todo el mundo que me pregunta si sigo amándote, de haberme hundido cuando te fuiste, de haberte alejado de mí porque me daba miedo y de haber ido en contra de mis principios al engañar a Daniel. Lo asumo, lo asumo porque te quiero.

Enzo me mira. Sé que no es suficiente para él, pero no puedo darle más, no puedo abandonar a Daniel. No debo.

Rompo a llorar porque en el fondo no quiero despedirme. No quiero decirle adiós y no quiero que esto acabe. Enzo se acerca y me abraza, como si él sintiese lo mismo que yo. Como si pudiese estar experimentando mi dolor.

—¿Vas a irte?

—No sé qué hacer, Enzo… Si le hiciese caso a mi mente, me iría con Daniel, pero mi corazón me pide a gritos que me quede contigo, y me aterra pensar que ambas cosas nunca vayan a ir de la mano.

Besa mi frente. Me ama, y lo sé. Y espero en el fondo de mi corazón que sepa cuánto le amo.

—Necesito que me prometas que esta noche volveremos a ser los que fuimos en el pasado, solo eso. Por favor, necesito olvidar toda esta mierda —suplica.

Siento que debo hacerlo. Que nos lo debo. Y es así como quiero pasar esta noche, quizás la última noche a su lado.

Ambos nos preparamos para la cena. Me pongo aquel vestido blanco que tanto le gustaba, ese que lleva años sin salir de mi armario. Él se viste de negro, como casi siempre. Recojo mi pelo en una coleta y me maquillo sutilmente.

Enzo termina antes, por lo que empieza a preparar la cena mientras yo sigo discutiendo conmigo misma por lo que debería hacer.

La cena es agradable, tal y como prometimos. Hablamos de su película y de mi tienda, de cómo nos ha ido estos años separados y de lo que nos ha hecho felices.

—He pasado cinco años queriendo llamarte cada vez que me pasaba algo, y siempre terminaba pensando que seguramente estabas demasiado ocupada para prestarme atención.

No le respondo. Porque en el fondo me duele que diga que no le hubiese prestado atención, aunque quizás tenga razón. He estado muy ocupada con la tienda y siendo feliz con Daniel, pero siempre me he acordado de Enzo, siempre.

Cojo su mano y le sonrío. Quiero que sienta que le entiendo y que yo también he estado en su situación. Durante el primer año,

mientras superaba su pérdida, sentía estar en un pozo sin fondo, uno del que no podía salir, hasta que llegó Daniel y trajo color a mi vida.

—Me perdí tantas veces, tantos días, cuando te fuiste, que fue la única manera de entender que esa fue la forma de encontrarme.

—No sé cómo sentirme ante ese comentario —dice riendo y esbozando una sonrisa.

Enzo decide poner música para que bailemos. Esa siempre fue una forma de distraernos y evadirnos de la realidad, y lo sigue siendo por alguna razón. Porque se me olvida todo mientras damos giros por el salón, riéndonos y haciendo demostraciones de pasos nuevos.

Enzo se detiene y se acerca a mí. Coloca un mechón de pelo detrás de mi oreja y me mira a los labios. Yo le observo, y todo lo que hay a nuestro alrededor parece desvanecerse.

—Tú eres mi Magari.

—¿Magari?

—Significa «ojalá», y es para expresar un deseo inmenso de que algo suceda. Tú siempre serás mi Magari, mi ojalá.

Sin poder detenerme, me acerco aún más y le beso en los labios. Necesito sentirle cerca de nuevo. Él alarga el beso, y lo hace de una forma más pasional que yo, con más sentimiento. Es un beso triste, porque lleva en él un sabor a despedida.

Enzo tiene mi corazón, lo ha tenido siempre, no puedo quitárselo, ni yo ni nadie. Ambos sabemos que quizás siempre vayamos a estar conectados, a pesar de todo lo que pueda pasar, a pesar de que probablemente jamás volvamos a vernos.

—Lo más grande que puedes hacer por alguien es confiarle tu corazón, porque confías en que esa persona jamás podrá romperlo —digo y hago una pausa para mirarle—. Mi corazón es tuyo, y sé que lo cuidarás siempre.

—Siempre. No importa el tiempo que pase. Si esto es mío, lo cuidaré —dice acariciando mi corazón, que se acelera al sentirle.

Capítulo 39



Estoy en el porche, mirando el agua mientras las olas se estrellan contra la orilla. Todo aquí parece tan eterno, tan sólido, y, sin embargo, siento que me estoy desmoronando.

La decisión la tomé anoche, tumbada en la cama, mirando al techo de esta casa llena de recuerdos. No puedo quedarme más tiempo. Por mucho que mi corazón quiera aferrarse a este lugar, a este hombre, no puedo ignorar el caos que hay dentro de mí. Necesito tiempo, distancia, algo que me permita aclarar quién soy y qué quiero. Sobre todo, a quién quiero a mi lado, porque ahora mismo no lo sé.

Escucho pasos detrás de mí y, antes de volverme, ya sé que es Enzo. Tiene esa manera de caminar que siempre me resultó familiar, como si mi instinto le reconociera, como si todo a su alrededor tuviera que ajustarse a él.

—¿Estás bien? —me pregunta con la voz más suave de lo habitual.

Asiento, aunque no sé si es verdad. Miro el lago por última vez antes de volverme hacia él. No sé cómo afrontar este momento, y me aterra su reacción.

—Alexis está de camino. Me voy.

Le veo tensarse, como si mi voz le hubiera golpeado físicamente. Su expresión pasa de la incredulidad al dolor en cuestión de segundos. Acabo de destrozarle, soy consciente.

—¿Te vas? —repite, como si no pudiera comprenderlo.

—Sí. Es lo mejor. Necesito alejarme de ti, aunque me duela hasta el corazón.

Enzo da un paso hacia mí, y puedo ver la lucha interna en sus ojos. Es raro verle así, tan vulnerable. He visto a Enzo de todas las formas posibles, pero ahora algo en su mirada es diferente, como si fuese el dolor más grande que ha sentido nunca.

—Irina, por favor. No te vayas. Quédate un poco más. Podemos… no sé, podemos intentar arreglar las cosas. No puedo estar aquí sin ti.

—No es tan fácil, Enzo. —Mi voz tiembla, y tengo que tragar saliva para mantenerme firme—. Estar aquí contigo me hace sentir cosas que no sé cómo manejar. Y Daniel está en nuestra casa pensando que la mujer que ama le está respetando.

—¿Y qué pasa con lo que yo siento? —pregunta. Hay un tono de desesperación en su voz que me rompe—. ¿Vas a irte sin más?

Cierro los ojos, intentando mantenerme firme, pero es como si sus palabras tuvieran el poder de deshacer todas mis defensas.

—Eso es lo que me duele, Enzo, que sé que ambos sufriremos, pero si me quedo aquí, hay otra persona que está sufriendo y ni siquiera lo sabe. Tengo que hablar con Daniel y aclarar mis ideas. Espero que lo entiendas. Y aunque te ame, quiero a mi novio con todas mis fuerzas. Y no puedo seguir dividiendo mi corazón en dos. No es justo para nadie.

Enzo me mira como si no pudiera creer lo que acaba de escuchar. Veo cómo sus manos se tensan a los lados de su cuerpo, cómo lucha por encontrar las palabras adecuadas.

—Si me amas, ¿por qué te vas?

—Porque quererte no es suficiente, Enzo. Necesito encontrarme a mí misma, porque cada vez que estás en mi vida, me pierdo. —Mi voz se rompe al final, y sé que él puede sentir lo difícil que es esto para mí.

Un coche se detiene en la entrada. Es Alexis. Respiro hondo, intentando reunir el valor para dar el siguiente paso.

—Tengo que irme.

—Por favor, Irina, no hagas esto…

—Esta vez soy yo quien se va, y no quiero que me busques, porque volveré a estar perdida otra vez sin ti, y solo tú eres capaz de encontrarme.

Enzo da un paso más hacia mí, y por un momento creo que va a detenerme, que va a sujetarme del brazo y pedirme que no me vaya de nuevo. En lugar de eso, simplemente asiente, aunque su expresión es un cúmulo de emociones que no puedo descifrar por completo.

—Si en algún momento aclaras tus ideas, ya sabes dónde estoy — dice finalmente, con una voz tan baja que apenas le escucho.

No respondo. No confío en mi voz en este momento, así que asiento y le abrazo por última vez antes de caminar hacia el coche de Alexis. Él sale del coche y me ayuda a cargar mis cosas en el maletero. No pregunta nada, y estoy agradecida por eso.

Antes de subir al coche, miro hacia atrás por última vez. Enzo está en el porche, con las manos en los bolsillos, observándome con una mezcla de tristeza y cansancio. Por un momento, nuestras miradas se encuentran, y siento que el mundo entero se detiene.

Cuando Alexis arranca el vehículo, las lágrimas comienzan a caer, silenciosas, imparables. No miro atrás porque sé que, si lo hago, no tendré fuerzas para seguir adelante.

—¿Quieres hablar?

—No… —respondo a mi amigo entre lágrimas.

No sé cómo enfrentarme a Daniel. No sé qué hacer cuando entre por la puerta y me encuentre con él. Debo decirle la verdad cuanto antes, y eso me está matando por dentro.

Dejo atrás al hombre al que amo para enfrentarme al otro hombre al que también amo.

Esta lucha interna tiene que terminar en algún momento, y necesito que sea cuanto antes. No puedo pasarme el resto de mi vida dudando entre dos personas y haciendo daño a ambas y, sobre todo, a mí misma.

Capítulo 40



La puerta de casa parece más pesada de lo habitual cuando la abro. Mi cuerpo está agotado, como si llevara días sin dormir. No es el cansancio físico lo que me está agotando, es el peso de lo que llevo dentro. Al cruzar la puerta, el calor familiar de casa me recibe; en lugar de reconfortarme, me siento aún más perdida.

—¿Irina? —oigo la voz de Daniel desde la cocina, llena de sorpresa.

Me vuelvo hacia él justo cuando aparece ante mis ojos. Está con una espátula en la mano, probablemente cocinando, y tiene el ceño ligeramente fruncido. No esperaba verme tan pronto. Todavía debería estar en esa casa con Enzo.

—Has vuelto antes —dice, esbozando una pequeña sonrisa mientras deja la espátula—. ¿Va todo bien?

Intento responder, pero no puedo. Es como si las palabras se hubieran quedado atascadas en mi garganta, y lo único que logro hacer es pararme en medio del salón, sintiéndome como un fantasma en mi propia vida, derramando lágrimas ante mi novio, el cual no entiende nada.

—¿Irina? —pregunta de nuevo, acercándose a mí, esta vez con preocupación en la mirada—. ¿Qué pasa?

Y entonces todo dentro de mí se rompe. Intento cubrirme la cara con las manos, pero Daniel ya está frente a mí, cogiéndome por los hombros.

—Hey, hey, ¿qué ocurre? —me pregunta con urgencia.

Su voz está llena de miedo y amor al mismo tiempo, lo que solo hace que me duela más.

—Lo siento tanto, Daniel… —Es lo único que consigo decir al principio, entre sollozos y lágrimas que hacen que mis palabras se quiebren—. Yo…

Él me abraza, envolviéndome con sus brazos fuertes, y por un momento me dejo llevar por su calor, por esa seguridad que siempre me ha dado. Pero no puedo esconderme en él, no después de lo que he hecho. Me aparto, limpiándome las lágrimas con la manga de mi jersey, aunque siguen cayendo sin control.

—Daniel, tengo que decirte algo.

—¿Qué pasa? Me estás asustando, cariño —pregunta, frunciendo el ceño. Ahora su preocupación ha pasado a ser algo más oscuro, como si intuyera que lo que viene no le va a gustar.

Respiro hondo, y mis palabras salen atropelladas, mezcladas con lágrimas.

—Enzo y yo… —Mi voz tiembla, y tengo que obligarme a mirar a Daniel a los ojos—. Lo siento, Daniel, no sé cómo pudo pasar… Nosotros… Lo siento.

La habitación queda en silencio. Un silencio que parece interminable, pesado y asfixiante. Daniel me mira como si no entendiera lo que acabo de decir, como si las palabras no tuvieran sentido para él.

—¿Qué? —pregunta finalmente, en un susurro.

—Fue un error… No sé cómo permití que pasara, pero pasó, y tenía que decírtelo.

—¿Un error? —repite, y su voz ya no es un susurro, ahora es más firme, más cargada de dolor—. ¿De verdad pretendes que te crea?

Le miro, rogando que pueda entender lo que ni siquiera yo entiendo, pero está enfadado, demasiado. Nunca le había visto así.

—Daniel… —intento acercarme a él, pero da un paso atrás, apartándose de mí.

—¿Sabes cuánto he confiado en ti, Irina? —pregunta, y su voz está temblando por la rabia contenida—. ¿Cuánto me he esforzado durante años para que seas feliz y que confiases en mí?

—Lo sé…, lo sé, y lo siento —respondo. Mi voz está quebrada por las lágrimas—. Tenía que decírtelo. No podía guardármelo.

—Oh, vaya. Resulta que ahora debería darte las gracias por ello, ¿no?

Daniel se pasa una mano por el pelo y camina de un lado a otro del salón. Intenta calmarse, pero no lo consigue.

—Sabía que le amabas y, aun así, confié en ti, y tú… Me has fallado, Irina. ¿Por qué?

—No lo sé —digo, y mi voz se convierte en un susurro—. Creo que…, creo que todavía no había cerrado esa parte de mi vida, y cuando le vi…

—¡Claro que no la habías cerrado! —me interrumpe, alzando un poco la voz, pero sin gritar.

Sus palabras me golpean como una bofetada, porque tiene razón. Daniel siempre estuvo ahí, reparándome cuando yo estaba rota, mientras que Enzo fue quien me rompió en primer lugar.

—Te quiero, Daniel. —Mi voz sigue temblando—. Te quiero más que a nada en este mundo.

—¿Y cómo pretendes que te crea? —pregunta, con los ojos brillando de rabia y dolor.

No sé qué responder. Solo sé que tengo que intentarlo.

—No puedo cambiar lo que pasó, pero quiero arreglarlo. Quiero luchar por nosotros. Somos nosotros, siempre hemos sido nosotros, y será así para siempre.

—Eras la única persona en este mundo que podía hacerme daño, la única que podía destrozarme, y lo has hecho.

Pensar que se siente así me está matando. Estoy temblando por sentir su dolor y por ver cómo nuestra vida, esa que construimos juntos, se está rompiendo. Por mi culpa.

—Daniel, no sé qué hacer. Te quiero, pero Enzo ha sido siempre muy importante para mí, y me odio por ello, por haber permitido que alguien de mi pasado arruine nuestro futuro…

—He estado años compitiendo con alguien por tu amor, y no era consciente de ello, lo cual significa que no me has dejado pensar ninguna estrategia y siempre ha existido un ganador.

—¡Esto no es una competición, Daniel! Es la vida real, no hay un ganador, y no se trata de elegir a uno o a otro. Se trata de que he arruinado nuestra relación —digo con una mezcla de rabia e impotencia.

—No voy a hacerte elegir, porque por mucho que me cueste aceptarlo, sé que no me elegirías a mí, siempre será Enzo.

—¿Qué? —pregunto incrédula ante su comentario.

Me duele que piense que tengo la decisión tan clara, me duele que dude tanto de mi amor hacia él, a pesar de que tiene todo el derecho del mundo para hacerlo.

—Veo cómo se te iluminan los ojos cuando hablas de él, conmigo jamás te ha pasado eso.

—No es eso, Daniel…, no es así.

—¿Y cómo es entonces?

—Es mirarte y tengo la sensación de que nadie me ha querido como tú. En cambio, le miro a él y sé que jamás voy a poder querer

a nadie de esa forma —digo sincerándome todo lo que puedo, a pesar de que vaya a hacerle más daño.

Necesito que sepa lo que pasa en realidad, que sea consciente de que amo a Enzo más de lo que creía y de que sigo enamorada de él. Aunque sigo queriendo mantener a Daniel en mi vida. Me odio por ser tan egoísta, y sé que Daniel me odia de la misma forma en estos momentos. Y no le culpo.

Daniel me mira un largo momento, y por un segundo creo que va a decir algo más. En lugar de eso, simplemente se da la vuelta y camina hacia la habitación.

—Necesito tiempo, Irina.

—¡Espera, Daniel, por favor!

Corro hacia él e intento abrazarle, pero se aleja unos pasos de mí.

—Acabas de decirme que amas a otro hombre más que a mí. Necesito tiempo para asimilar esto. Quizás te perdone, porque te amo demasiado para perderte, pero necesito tiempo, Irina. Creo que me lo merezco y que me lo debes.

Me quedo sola en el salón, rodeada de un silencio ensordecedor. Me dejo caer en el sofá, abrazándome a mí misma mientras las lágrimas siguen cayendo. He cometido un error terrible, y no sé si algún día podré arreglarlo.

Lo que está claro es que no puedo quedarme en esta casa. Debo irme para que ambos nos tomemos el tiempo necesario para aclarar nuestra situación y ver qué ocurre con nosotros. Quizás nos venga bien para darnos cuenta de que debemos estar juntos o que debo volver con Enzo y ser feliz a su lado. A pesar de que sé que no es posible como me gustaría, porque Daniel es importante y le quiero también. Empiezo a entender que quizás lo mejor sea estar sola un tiempo y encontrarme de nuevo, porque he vuelto a perderme.

Capítulo 41



La mañana es gris y silenciosa, como si el mundo supiera lo que estoy a punto de hacer. Apenas he dormido, y la maleta que llevo en la mano me parece más pesada de lo que debería. Tal vez sea porque siento que estoy dejando algo más que ropa detrás de esta puerta.

Daniel no dijo nada cuando se lo propuse anoche. Solo asintió, como si supiera que era inevitable. Su silencio me dolió más que cualquier palabra. En el fondo, ambos sabemos que es la mejor decisión.

—¿Estás segura? —me pregunta ahora desde el marco de la puerta, con los brazos cruzados y los ojos cansados.

No puedo mirarle directamente. No cuando todavía llevo el peso de lo que le he hecho. Porque sé que, si lo hago, querré quedarme a su lado.

—Necesito esto, Daniel. Necesito tiempo para pensar. Para aclararme. Ambos lo necesitamos.

—¿Pensar? —replica, y su tono no es de reproche, tampoco de comprensión—. ¿Pensar en qué, Irina? ¿En si quieres quedarte conmigo o volver con él?

El golpe de sus palabras es certero, pero me obligo a mantenerme firme. En el fondo, es el motivo por el que me voy, ambos lo sabemos.

—No se trata de eso —respondo, aunque no estoy segura de lo que estoy diciendo—. Se trata de entenderme a mí misma y de saber qué quiero realmente.

Daniel suelta un suspiro, pasando una mano por su pelo, como si intentara encontrar paciencia donde ya no le queda.

—Haz lo que tengas que hacer, Irina. Como siempre.

Esa última frase me duele más de lo que debería, pero no respondo. No hay nada más que decir. Cruzo el umbral de la puerta con la maleta en la mano, sintiendo que cada paso que doy es un pequeño abismo que nos separa más y más.

Cuando entro en el ascensor, me doy la vuelta para mirarle una última vez. Está ahí, de pie, con las manos en los bolsillos, y no dice nada. Solo me observa, y en sus ojos veo una mezcla de tristeza y resignación que me rompe el corazón.

—Te quiero, Daniel —digo antes de que se cierre el ascensor, aunque sé que esas palabras ya no son suficientes.

Él asiente, pero no responde. La puerta del ascensor se cierra, y con ella siento que dejo atrás una parte de mi vida que tal vez nunca recupere.

La casa de mi padre está tranquila, como siempre. Cuando llego, él ya me está esperando en la puerta, con esa sonrisa cálida que nunca cambia, sin importar lo que pase.

—Hola, cielo —dice, abrazándome con fuerza—. Bienvenida a casa.

De repente, el peso en mi pecho se aligera un poco. Aquí no tengo que fingir ser fuerte ni mantener una fachada. Aquí puedo

desmoronarme si lo necesito, ser yo misma, llorar, maldecirme, incluso patalear de rabia, sin importar lo que mi padre pueda pensar.

—Gracias, papá —susurro, apoyando mi cabeza en su hombro—. Gracias por dejar que me quede.

—Siempre será tu casa, Irina, ya lo sabes. No es que te deje quedarte, es que esta casa es tan tuya como mía.

Me tumbo en mi cama, mirando el techo mientras intento organizar mis pensamientos. Todo sigue siendo un caos: Daniel, Enzo, la tienda, mi propia confusión… Miro hacia el cuadro de mi madre y Fran, y todo se vuelve peor que antes. Les echo de menos.

—Os necesito tanto… —digo mirando al cuadro, con el corazón hecho añicos.

Esta habitación me recuerda demasiado a Enzo, lo que no ayuda a la situación en absoluto.

La voz de mi padre desde la puerta interrumpe mi maraña de pensamientos.

—¿Te preparo un café?

Asiento, y mientras él se marcha, cierro los ojos. Aquí, en esta casa, espero encontrar las respuestas que tanto necesito. En este momento, solo quiero detener el ruido en mi cabeza y sentirme un poco menos perdida.

Voy al salón y ambos nos sentamos en el sofá. Mi padre se imagina lo que ha pasado. Es un alivio no tener que hablar casi, porque me conoce demasiado bien.

Dejo la taza sobre la mesa y respiro hondo. Si no se lo digo ahora, no lo haré nunca.

—Papá… —mi voz tiembla, y él deja su libro a un lado, como si supiera que lo que voy a decir es importante—, no sé qué hacer.

—Eso ya lo imaginaba cuando te vi aparecer por la puerta —responde, con una media sonrisa que no llega a sus ojos—. ¿Qué ha

pasado?

Me armo de valor y le miro.

—He sido infiel a Daniel.

Las palabras se sienten como un golpe en el pecho, tanto para él como para mí. Le veo tensarse por un segundo, pero luego su expresión vuelve a ser serena. Imagino que no se lo esperaba, o quizás sí, no lo sé.

—¿Con Enzo? —pregunta sin rodeos.

Asiento. No puedo pronunciar su nombre.

—No sé qué me pasó. Todo es un caos, y me siento fatal. Daniel no se merece esto.

—¿Sigues queriéndole, cierto?

—Creo que una parte de mí nunca dejó de amarle, pero… también quiero a Daniel. Soy una persona horrible.

Mi padre guarda silencio un momento, pero veo que algo se mueve en su mente.

—Hay algo que tengo que decirte, Irina.

Levanto la mirada, confusa.

—Enzo y yo nos vimos hace unas semanas, por eso estaba tan raro cuando vinisteis a casa. No sabía cómo ocultártelo.

El aire parece detenerse en mis pulmones. Ahora todo encaja. No me siento traicionada, sé que mi padre no lo dijo porque supondría que eso me partiría el corazón. Saber que ellos han vuelto a estar juntos solo hace que recuerde lo mucho que se querían y que se ayudaron el uno al otro en el pasado.

—¿Para qué?

—Para hablar sobre ti. Me dijo que seguía amándote, que no podía olvidarte. Quería saber si pensaba que todavía tenías un lugar para él.

Cierro los ojos, intentando procesar sus palabras. Es demasiado.

—¿Y qué le dijiste?

—Le dije que no era yo quien debía responder a esa pregunta. Que, si realmente te amaba, debía enfrentarse a ti y descubrirlo. Aunque también le dije que tenías una buena vida y que debía dejarte disfrutar de ella.

Me quedo callada, sintiendo una mezcla de rabia y tristeza.

¿Por qué no me lo dijo? ¿Por qué dejó que las cosas llegaran a este punto?

—¿Cómo elijo entre alguien que me dio todo y alguien que sigue siendo una parte de mí?

Mi padre suspira, y por primera vez le veo con una vulnerabilidad que no suele mostrar.

—La vida no se trata de elegir lo que es más fácil o lo que parece correcto a simple vista. Se trata de elegir lo que hace que tu corazón encuentre paz.

Sus palabras se clavan en mí como un eco de algo que no quiero aceptar.

—¿Y si nunca encuentro esa paz? —pregunto con la voz rota.

—La encontrarás, pero primero tienes que ser honesta contigo misma. No con Enzo, no con Daniel. Contigo.

Las lágrimas finalmente caen, y él me abraza. Vuelvo a ser la niña que corría a buscar consuelo en su pecho cuando el mundo parecía demasiado grande.

—Siento que me consumo, que me muero, que todo se me cae encima…

—De amor no se muere nadie, pero el amor sí que mata y nos deja ahí, intentando salvarnos con las pocas fuerzas que nos quedan.

—Te quiero, papá. Gracias por estar siempre para mí.

Por primera vez en días, siento que tal vez haya una salida, aunque todavía no pueda verla claramente. Estar aquí con mi padre me hace sentir que es donde debo estar, que ahora mismo mi corazón está refugiado y protegido con él.

Capítulo 42



Han pasado dos días desde que vine, y las dudas siguen oprimiéndome el pecho y la mente. Cada pensamiento me lleva al mismo punto muerto: Daniel o Enzo. La seguridad o la adrenalina. El amor que construí o el amor que nunca murió. La estabilidad o la pasión. El pasado o el presente. La persona que me mató o quien me hizo sentir viva. Quien me encontró rota y se quedó, o quien me construyó y después me abandonó.

Oigo el timbre de la puerta y me levanto a abrir. Es Alexis, con una bolsa en la mano y su sonrisa habitual, aunque hoy parece más apagada.

—He traído bollos —dice dándome un abrazo.

—No hacía falta —digo intentando mostrar una pequeña sonrisa.

—¿Cómo estás?

—No lo sé, Alexis. —Cierro la puerta detrás de él y me dejo caer en el sofá—. Siento que cada decisión que tome va a ser un error.

Deja la bolsa sobre la mesa, saca los bollos y dos cafés. Es su forma de obligarme a seguir, aunque sea con pequeños gestos.

—Bueno, yo tengo una buena noticia. La tienda está funcionando mejor de lo que esperábamos después del robo. La clientela ha

aumentado, y hasta he conseguido un par de nuevos proveedores que estaban interesados en colaborar.

—¿De verdad?

—La tienda es increíble. Y aunque tú no estés, no voy a dejar que se caiga.

—Gracias, Alexis. No sé qué haría sin ti.

—Pues me necesitas más de lo que crees. —Sonríe. Luego, su expresión cambia y se vuelve más seria—. Y por eso estoy aquí, porque además de ser tu mejor amigo, voy a ser honesto contigo, necesito serlo.

Le miro, sabiendo que lo que viene no será fácil de escuchar.

—Debes tomar una decisión.

—No es tan fácil como parece.

—No, claro que no lo es. Lo que sí es fácil es darse cuenta de que Daniel es la decisión correcta.

Sus palabras me golpean como una bofetada.

—¿Por qué?

—Irina, él ha estado contigo en los peores momentos. Porque te ama sin condiciones y porque no merece que le dejes por alguien que se fue a cumplir un sueño y te dejó aquí, rompiéndote en pedazos.

Desvío la mirada, sintiendo que cada palabra suya se clava en mí como un puñal.

—No es solo elegir quién es mejor para mí. Hay sentimientos que no puedo ignorar. Además, yo fui quien dejó que Enzo se fuera, yo le animé a que me abandonase, no podemos culparle a él.

—Mira, tía, Daniel no se iría de tu lado ni aunque le obligasen con magia negra, ¿entiendes? Porque el amor no abandona, el amor se queda ahí, a pesar de cualquier problema. El amor se queda, Irina. Y siento ser yo quien te diga esto, pero Enzo no se quedó.

—No puedo ignorar lo que siento por Enzo, no puedo. Y dramatizas demasiado esta situación. ¿Se te han olvidado todas las veces que Enzo se quedó a mi lado hace años? Lo que aguantó, lo que hizo por mí… No podemos quedarnos solo con la parte mala, no es justo, Alexis.

—¿Sabes cuántas veces he ignorado lo que siento por alguien porque sabía que no iba a funcionar? A veces, amar a alguien no es suficiente. Lo que importa es quién está dispuesto a quedarse, pase lo que pase.

Me mantengo en silencio. No puedo hablar, duele demasiado.

—Irina, te vi durante meses llorar por Enzo. Vi cómo te apagaste y sufriste, hasta que apareció Daniel y te hizo querer volver a sentir la vida. Joder, tía, Daniel te hizo ser quien eres hoy. Daniel te ha dado un hogar, un amor precioso, una vida estable…

Sus palabras me hacen querer gritar. En lugar de eso, suspiro y apoyo la cabeza entre las manos.

—No puedo dejar de pensar en él, Alexis.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Destruir lo que has construido con Daniel porque te sientes culpable de haber amado a otro?

Levanto la cabeza y le miro con los ojos llenos de lágrimas.

—No es culpa lo que siento, ojalá fuera solo eso. Es que todavía quiero a Enzo, y temo que será así para siempre.

Alexis se levanta y camina hacia la ventana, como si necesitara alejarse de la intensidad de la conversación.

—No puedes dejar de sentir, claro está. Pero sí puedes tomar el control de tus acciones, Irina.

—¿Y si eso no es suficiente? —pregunto, sintiendo que mi voz se quiebra.

Él se vuelve hacia mí, con una mezcla de frustración y cariño en su mirada.

—Eso es algo que solo tú puedes decidir. Pero recuerda que Daniel no solo te ama. Daniel, te respeta, te cuida, y siempre ha querido lo mejor para ti. Enzo te quiso a su manera, pero… él hizo su vida, al igual que tú con Daniel.

Me quedo callada, procesando sus palabras. Siento que todo mi mundo se tambalea. Hay algo de lo que dice que no puedo ignorar.

—Gracias por la conversación, pero ahora mismo no tengo nada claro.

—Solo quiero que tomes la decisión que te haga feliz, y también la que sea justa para ti. Y piensa en que la vida no siempre nos da segundas oportunidades, pero sí nos da la opción de hacer las cosas bien.

—Lo sé, necesito tiempo aún.

—He quedado con Edi. ¿Quieres venir con nosotros y distraerte?

Quizás sea buena idea. Salir un rato me vendrá bien. Alexis es la mejor persona que hay en este mundo, y soy muy afortunada de que seamos amigos. A veces me recuerda a Fran. Es como si mi hermano me hubiese mandado a Alexis para que me cuide y me guíe por el camino correcto. Como si Alexis hubiese llegado para ocupar el papel de Fran en mi vida, aunque nunca será lo mismo. Echo de menos a mi hermano, sobre todo en momentos como este, donde él me apoyaría y haría cualquier tontería para hacerme sonreír.

Quiero a Alexis con todo mi ser, con todo lo que soy, con el corazón que tengo en el pecho y con la manera más sincera y honesta que puedo.

Capítulo 43



La noche es calurosa, pero el frío de mis pensamientos hace que no sea para tanto mientras camino junto a Alexis hacia el restaurante. Él no para de hablar sobre lo bueno que es el *sushi* del lugar al que vamos. Mi mente está en otro lado. El peso de las decisiones sigue ahí, aplastándome, aunque intento poner una cara tranquila.

—Te va a encantar, ya verás —dice Alexis abriendo la puerta del restaurante. El aroma a pescado fresco y salsa de soja llena el aire, y por un momento dejo que el entusiasmo de Alexis me contagie.

Edi ya está sentado a una mesa junto a la ventana, revisando el menú. Cuando nos ve, se levanta con una sonrisa cálida y me saluda con un abrazo.

Es guapo. Tal y como le imaginaba. Es bastante alto, y muy delgado. Su piel es blanca, y sus ojos son de un verde oliva; tiene el pelo rizado y rubio. Ahora entiendo por qué Alexis habla a todas horas de su sonrisa: es muy contagiosa.

—Irina, es un placer verte. Alexis habla de ti todo el tiempo.

—Espero que cosas buenas —respondo, esbozando una sonrisa.

—Por supuesto, aunque con él nunca se sabe —me guiña un ojo, y Alexis le golpea suavemente en el brazo después de darle un beso.

Hacen muy buena pareja. Se nota que se complementan y que tienen una buena química, lo cual me alegra, porque mi amigo se lo merece después de tantas decepciones.

No he podido conocerle antes, y eso me duele. No quiero que Alexis piense que Edi no me importa, o que su relación no me alegre, pero con todo lo que he pasado y con lo que ha pasado estos meses, me ha sido imposible sacar un hueco para este tipo de planes.

Nos acomodamos. Alexis toma el control del menú, como siempre. Es él quien se asegura de pedir una selección variada, insistiendo en que pruebe de todo.

—¿Cómo estás, Irina? —pregunta Edi mientras juega con los palillos.

—Sobreviviendo —digo la verdad, aunque trato de restarle peso con una sonrisa.

—Vamos, ella es más fuerte de lo que cree, solo que aún tiene que darse cuenta —interviene Alexis, lanzándome una mirada cómplice.

El primer plato llega: *nigiri* de salmón fresco, presentado sobre una bandeja de madera. Mientras comemos, las bromas entre Alexis y Edi llenan el aire, y poco a poco me siento más relajada. Es curioso cómo la presencia de personas que te hacen reír puede calmar incluso las tormentas internas.

—¿Cuándo vas a volver a la tienda? —pregunta Edi con naturalidad.

—Todavía no lo sé —respondo, bajando la mirada a mi plato. Alexis me observa, y sé que está evaluando si debería intervenir o no.

—Cuando esté lista, volverá —dice Alexis con un tono que no deja lugar a discusión.

La conversación cambia de rumbo y nos lleva a reírnos de una anécdota sobre un cliente que confundió wasabi con guacamole la última vez que fueron a cenar a un restaurante de *sushi*. Alexis imita al cliente, y Edi se dobla de la risa mientras trato de no escupir mi bebida.

Por un rato, olvido todo. Olvido a Daniel, a Enzo y la encrucijada en la que estoy atrapada. Solo estoy aquí, disfrutando de la compañía de dos personas que claramente se aman y que me han acogido en su pequeña burbuja de felicidad, aunque sea solo por hoy.

Cuando terminamos de cenar, Edi insiste en que pidamos postre.

—Necesitamos algo dulce para cerrar la noche.

—Como si tú no fueras lo suficientemente dulce —bromea Alexis, y yo no puedo evitar sonreír.

Edi se sonroja un poco y responde con un beso rápido en los labios de Alexis. Es un gesto simple, pero tan natural que me hace pensar en cómo debería sentirse el amor: ligero, espontáneo, sin dudas y sin tanto dolor.

Cuando salimos del restaurante, Alexis y Edi discuten sobre cuál es el mejor helado de la ciudad, y yo los sigo en silencio, disfrutando de la frescura de la noche y del simple placer de estar con ellos.

Me permito soñar con que algún día pueda tener algo así: un amor tranquilo, sin dudas ni cicatrices. Sé que ese día todavía está lejos. Todavía me queda mucho recorrido, y sé que será un camino complicado, pero que estoy dispuesta a seguir.

Caminamos juntos hasta el coche de Edi, y mientras Alexis y él continúan con su debate interminable sobre helados, me apoyo contra la ventana, dejando que el aire de la noche acaricie mis mejillas. Me siento un poco más ligera, aunque sé que en cuanto llegue a casa, volveré a sentirme igual de mal que esta mañana.

—¿Y tú, Irina? —pregunta Edi—. ¿Cuál es tu favorito?

—¿De helado? —repito, volviendo al presente.

—Sí, de helado. Estamos en medio de un debate gastronómico muy serio. Necesitamos tu opinión para resolverlo.

—¿De qué iba a ser si no?

No sé qué responder a la pregunta de Alexis, pero sí que en mi mente se acaba de producir una equivocación, puesto que estaba pensando en Daniel y Enzo, y en quién de los dos era mi favorito.

Me río suavemente. Es un alivio que me saquen de mis pensamientos.

—Humm…, diría que menta y chocolate.

—Sabía que tenías buen gusto, y esto lo confirma —dice Edi con una sonrisa. Alexis le mira fingiendo indignación.

—¿Menta? —Alexis exagera su reacción, llevándose una mano al pecho—. Pensé que te conocía, Irina. Estoy decepcionado. Qué asco, tía.

—Claro, porque tú no puedes soportar nada que no tenga caramelo o fresa —respondo entre risas.

La conversación sigue ligera hasta que llegamos a casa de mi padre. Cuando me bajo del coche, me vuelvo hacia ellos.

—Gracias, chicos. Lo necesitaba.

—Siempre que quieras escapar, ya sabes dónde encontrarnos —dice Alexis, dándome un abrazo antes de subir de nuevo al coche.

—¡Adiós, Edi! Ha sido un placer.

—Nos veremos pronto, Irina —dice desde dentro del vehículo.

Los veo alejarse. Entro en casa con cuidado, intentando no despertar a mi padre, aunque todavía está en el salón con el guion abierto. Le saludo brevemente antes de ir a mi habitación, donde me dejo caer sobre la cama.

A pesar de la distracción de la cena, las dudas regresan con fuerza. Daniel, Enzo, mi vida, mis errores… Todo me golpea de nuevo. Cierro los ojos, deseando poder detener mi mente. Vuelvo a pensar en sus rostros. Ambos me han amado de maneras diferentes. Y ambos me han marcado de formas que aún no sé si podré reparar.

La noche avanza y me pregunto si algún día encontraré las respuestas o si seguiré atrapada en este limbo entre lo que es correcto y lo que me dicta el corazón. Por ahora, lo que puedo hacer es intentar dormir. Mañana será otro día, y quizás, solo quizás, me acerque un poco más a entender lo que realmente quiero.

Capítulo 44



Han pasado siete días desde aquella cena con Alexis y Edi. Siete días de estar atrapada en mi propia cabeza, con pensamientos que dan vueltas sin descanso. El silencio de la casa de mi padre, que al principio sentía como un refugio, ahora pesa como un oso.

Esta mañana me despierto con una claridad inesperada. No puedo seguir escapando. La tienda es mi vida, mi esfuerzo, mi constancia. Dejarla atrás no va a solucionar nada. Me levanto y me visto con algo cómodo, ignorando las ojeras marcadas en mi rostro.

—¿Vuelves a casa? —pregunta mi padre desde la cocina cuando llego.

Está leyendo y repasando el guion, como siempre, con una taza de café a su lado.

—Sí, voy a la tienda, a mi verdadero hogar. No puedo dejar que Alexis lo haga todo solo. Además, ya llevo mucho tiempo encerrada aquí.

Él asiente, pero puedo ver la preocupación en sus ojos. No dice nada más, y yo tampoco. Ambos sabemos que no hay nada más que decir.

Cojo las llaves y salgo, dejando atrás el refugio de esta casa. El camino a la tienda me resulta más corto de lo que recordaba, y

antes de darme cuenta estoy frente a la puerta. Respiro hondo antes de abrirla.

Alexis está detrás del mostrador, organizando unos papeles. Cuando me ve, levanta la vista y sonríe, una sonrisa que es mitad alivio, mitad reproche.

—Por fin apareces. Estaba a punto de poner un cartel de «Se busca».

—Gracias por encargarte de todo —respondo, ignorando su tono burlón y abrazándole.

—Es tu tienda, Irina. No iba a dejar que se desmoronara. Además, bastante desmoronada está tu vida; al menos con la tienda puedo ayudar —dice burlándose sin maldad, lo cual me hace sonreír.

—¿Cómo han ido las cosas?

—Bastante bien, considerando las circunstancias. Hay un par de pedidos grandes que tenemos que revisar, nada urgente. —Hace un parón y luego me mira—. Enzo pasó por aquí ayer…

La mención de Enzo me hace un nudo en la garganta, pero lo ignoro. No quiero que arruine mi vuelta al trabajo ni la felicidad de volver a estar con mi amigo. Me enfoco en la lista de tareas que Alexis me da, usando la rutina como una distracción.

A lo largo del día, las cosas se sienten casi normales. Organizo estanterías, reviso inventarios y atiendo a un par de clientes habituales que se alegran de verme otra vez. Es extraño cómo el trabajo puede silenciar, al menos temporalmente, las voces en mi cabeza.

Cuando llega la hora de cerrar, Alexis se queda conmigo para recoger.

—Me alegra verte otra vez —dice mientras barre el suelo.

—Me alegra estar contigo.

Sé que volver a la tienda no arregla todo. No borra lo que siento ni las decisiones que aún debo tomar. Mientras apago las luces y cierro la puerta, me doy cuenta de que este es solo el primer paso.

He vuelto a la tienda; ahora debo decidir si puedo volver a mi vida.

Al llegar a casa de mi padre, el silencio vuelve a recibirme. Las luces del salón están apagadas; hay un tenue resplandor proveniente de la cocina. Encuentro a mi padre allí, sentado con un vaso de vino en la mano.

—¿Cómo te ha ido en la tienda? —pregunta sin mirarme. Sé que ha estado esperando esta conversación.

—Bien. Alexis lo ha hecho muy bien mientras yo… —me detengo, buscando las palabras adecuadas— no estaba.

Mi padre asiente lentamente. Me siento frente a él y dejo caer el bolso al suelo.

—Ha sido raro volver. Como si todo estuviera igual, y al mismo tiempo no.

Me observa en silencio. Da un sorbo de vino antes de hablar.

—A veces, volver a un lugar que amas es más difícil que irte de él.

Sus palabras me golpean más de lo que esperaba, porque en el fondo sé que no está hablando de la tienda.

—Papá… —digo con un suspiro, incapaz de mantener la conversación en la superficie—, no sé qué estoy haciendo.

—¿Quieres hablar de ello? —pregunta con suavidad.

Le miro, sintiendo que mi garganta se cierra. Asiento, porque sé que no puedo seguir guardándolo dentro.

—Fui infiel al hombre que quiero, papá, y no sé si me arrepiento. —Las palabras están cayendo con un peso que llevaba días cargando.

Mi padre no reacciona de inmediato. Deja el vaso de vino en la mesa y se inclina hacia mí. Sus ojos están llenos de preocupación y comprensión.

—¿Por qué crees que lo hiciste?

—Cuando estoy con Enzo, es como si el tiempo retrocediera. Como si lo que pasó entre nosotros no hubiera terminado nunca. El amor sigue intacto, incluso ahora es más fuerte, pero no puedo estar con él sin sentirme culpable del mal que hago.

Mi padre asiente lentamente, procesando mis palabras.

—Y con Daniel…, ¿cómo te sientes?

—Le quiero. De verdad que le quiero. —Mis ojos se llenan de lágrimas—. Es un hombre bueno, pero no puedo evitar sentir que una parte de mí sigue atrapada en el pasado, y siento que, si me quedo con él, esa parte no va a irse nunca.

Mi padre me observa con una mezcla de tristeza y amor.

—Entonces debes hacerte una pregunta muy simple: ¿imaginas el futuro al lado de Daniel?

—Claro, llevo cuatro años luchando por ello —digo melancólica al recordar nuestra relación.

—¿Y al lado de Enzo?

Su pregunta se queda en el aire, llenando el silencio entre nosotros. No sé qué responderle, porque quizás no tengo la respuesta. Con Enzo nunca hubo un presente, nunca fuimos nada más que dos personas enamoradas que jamás se unieron. Daniel y yo construimos juntos una vida, una casa, una rutina, una estabilidad y un hogar.

—Si no sabes qué responder, quizás sea esa la respuesta que necesitas —dice serio, intentando hacerme ver lo que en verdad quiero.

Mi padre suspira y no me presiona más. Se levanta de su asiento y rodea la mesa para abrazarme.

—Tómate tu tiempo, Irina. Solo tú puedes decidir qué es lo correcto para ti.

Asiento contra su pecho, dejando que sus palabras se hundan en mí. Por primera vez en días, siento que tengo permiso para no tener todas las respuestas de inmediato.

En el fondo, sé que el tiempo no puede borrar lo inevitable. Tarde o temprano, tendré que elegir. Esta conversación con mi padre me ha hecho abrir los ojos, aunque sea un poco, sobre la decisión que debo tomar.

Capítulo 45



Abro los ojos despacio. Mi cuerpo se niega a moverse. Es como si supiera algo que mi mente todavía no ha procesado. Me duele la cabeza, y siento un vacío extraño en el estómago, como si algo estuviera mal.

Intento levantarme, pero apenas pongo un pie en el suelo, todo da vueltas. Camino tambaleándome hasta el baño, donde mi cuerpo me traiciona y vomito en el lavabo. Me apoyo en la encimera, jadeando, mirando mi reflejo con el ceño fruncido. ¿Qué me pasa?

Regreso a la habitación y me dejo caer en la cama. Cierro los ojos con fuerza, como si así pudiera borrar lo que siento. Sé a quién amo, pero no estoy segura de si actúo bien. Y sé con quién debería quedarme, pero tampoco estoy segura de ello.

Pasado un rato, Alexis llega a casa. Su presencia alivia un poco el caos en mi interior. Mi padre le regaló un juego de llaves de casa, por lo que últimamente viene cuando quiere.

—Necesito hablar contigo —le digo, sentándome frente a él.

Alexis levanta una ceja, dejándose caer hacia atrás en el sofá con una sonrisa.

—Claro, ¿qué pasa ahora? Espero que no sea otro drama, porque te juro que no me quedan energías para más.

La sonrisa de Alexis desaparece al ver mi rostro confuso. Adopta su expresión de «te voy a dar un sermón, pero con cariño».

—Ya has tomado una decisión, ¿verdad?

Asiento lentamente, con un nudo en la garganta.

—Sí. Antes de decírtelo, necesito preguntarte algo. Si estuvieras en mi lugar, ¿qué harías? En fin…, ¿a quién elegirías?

Alexis deja su taza de café sobre la mesa y se inclina hacia mí.

—¿En serio, Irina? No creo que mi respuesta vaya a sorprenderte, pero ya sabes que me quedaría con Daniel.

Le miro en silencio, esperando más. Y él, como siempre, no me decepciona.

—Mira, Irina. Enzo es… una herida que no ha cicatrizado, un amor que te dejó destrozada, y sé que todavía le amas. Daniel es quien estuvo ahí cuando más le necesitabas. Es quien te ama de verdad, quien ha sido paciente, te ha dado tu tiempo, equilibrio, paz y calma. No sé si Enzo puede ofrecerte lo mismo, sinceramente.

Sus palabras se clavan en mi pecho. Sé que Alexis siempre estará a favor de Daniel, porque en el fondo cree que es lo mejor para mí, y quizás le entienda, porque sufrió conmigo meses y meses de llantos y berrinches.

—¿Y si estoy destinada a amar a Enzo? —pregunto en voz baja.

Alexis niega con la cabeza.

—El destino no tiene nada que ver con esto, Irina. Lo que importa es lo que tú decidas hacer con tu presente. ¿Quieres estabilidad, alguien que te cuide y te haga sentir segura? ¿O quieres seguir persiguiendo un recuerdo que no garantiza nada, a pesar de que es un amor explosivo, lleno de aventura y de pasión? Porque yo tendría muy clara la respuesta…

—Pero Enzo…

—Enzo, ¿qué? Enzo te ama, lo sé. Y tú le amas, pero a veces amar no es suficiente. Lo que tienes con Daniel es real, estable. No es un «que podría haber sido».

Las lágrimas empiezan a acumularse en mis ojos. Alexis se acerca y me toma las manos.

—Lo que elijas, Irina, será lo correcto, porque lo estarás haciendo desde tu corazón. Por favor, piensa en ti, no en ellos.

Le aprieto las manos.

—Espero que algún día mi mente y mi corazón elijan lo mismo.

Mi corazón grita el nombre de Enzo sin descanso, pidiendo a gritos que vaya con él y sea feliz. Mi mente repite el nombre de Daniel una y otra vez, sabiendo que, en realidad, es la opción correcta.

Él sonríe ante mi comentario, no sabe qué responder, por lo que me mira y vuelve a apoyarse en el sofá.

—Gracias, amor, no sabría qué sería de mí sin ti.

—Para eso estoy, aunque a veces creo que ser tu amigo debería venir con un sueldo. Esto no está pagado —dice riéndose para aliviar el ambiente.

—Ya te pago por trabajar en mi tienda.

—¡Ah! Y todavía pretendes que eso me consuele. Son dos trabajos, psicólogo y ayudante de tu tienda, y, que yo sepa, solo me pagas por uno —dice bromeando, y me hace sonreír.

—Ya te paga Edi en carne.

Me río entre lágrimas, pero la risa es débil. Sigo sintiéndome rota, ahora un poco menos perdida. Si hay alguien que merece mi corazón más que nadie en este mundo, sin duda es Alexis, quien no se ha rendido conmigo a pesar de saber siempre la verdad y guardar mis secretos. A veces imagino una vida sin que él no esté y lloro solo con imaginarlo. Alexis es el hermano que perdí hace años, la compañía de vida que escogería una y otra vez, el amigo con el que

puedo contar siempre y, sobre todo, mi rayo de sol en la mayor de las tormentas.

—Te quiero, ¿lo sabes, verdad?

—Pues claro que lo sé. De hecho, me ofendería mucho que no lo hicieras. Soy el mejor amigo del mundo, ¿cómo no ibas a quererme? —Hace una pausa para ponerse un poco más serio—. Fuera de bromas, ya basta. Yo también te quiero, Irina, te quiero muchísimo.

Él sabe que le quiero, pero le quiero más de lo que él sabe.

Capítulo 46



Me despierto con una sensación de náusea que no me deja en paz, como si mi cuerpo intentara advertirme de algo que todavía no entiendo. Me levanto lentamente, con cuidado de no tambalearme, y me obligo a beber un vaso de agua. Aun así, el malestar persiste.

El día transcurre lento, como si las horas quisieran alargarse solo para atormentarme. Mi padre llega a casa más temprano de lo usual, trayendo chuches y una botella de refresco. Siempre encuentra la forma de hacerme sentir mejor, aunque sea con esos pequeños gestos.

Después de comer en silencio, me acerco al salón. No necesito decir nada; él nota mi expresión y cierra el libro, dejándolo a un lado.

—Ya has tomado la decisión, ¿verdad? —pregunta con esa calma que siempre tiene cuando se trata de mí.

Asiento, sentándome junto a él.

—Sí. Necesito enfrentar todo y vivir con lo que he decidido, a pesar de lo que conlleve.

Mi padre me estudia con atención, como si buscara algo en mi rostro.

—¿Estás segura, Irina?

Dudo un segundo, pero termino asintiendo de nuevo.

—Sí. Sé lo que tengo que hacer.

Él se queda en silencio, como si supiera cuál es mi decisión, aunque yo no le haya dicho el nombre del hombre que he escogido. Suelta un suspiro.

—Lo único que quiero es que seas feliz, hija. Nada más. Pero quiero que pienses bien en esto. Porque no importa cuán convencida estés ahora: una mala decisión puede perseguirte el resto de tu vida.

Siento un nudo en la garganta; no me atrevo a hablar todavía. Mi padre sí lo hace.

—Sé que Daniel es una buena persona. Es estable, te cuida, te quiere de verdad. Pero ¿puedes ser feliz con él? ¿Puedes amarle del mismo modo en que él te ama?

Sus palabras se quedan flotando en el aire, pesadas, como una sentencia.

—Papá… —susurro. Él me interrumpe.

—No me malinterpretes. Solo quiero que estés bien. Siempre quise que fueras feliz con Enzo hace años, porque vi cómo te iluminabas cuando estabas con él. Os hacíais mejores el uno al otro, y solo él consiguió que volvieras a sentir amor por alguien después de lo que pasó con Álvaro. También vi cómo sufriste cuando te dejó, cómo te apagaste y cómo te costó salir de ahí. Y sé que fue Daniel quien te ayudó a superarlo.

Cierro los ojos con fuerza, tratando de contener las lágrimas. No pensaba que mi padre quisiera que me quedase con Enzo, no pensaba que él era la decisión favorita de mi padre, a diferencia de Alexis, que siempre apostará por Daniel.

—Entonces, ¿piensas que debería quedarme con Enzo?

Él niega lentamente.

—No. Pienso que deberías quedarte con quien realmente te haga feliz. Sin miedo, sin dudas. Y, sobre todo, sin arrepentimientos. Y también pienso que deberías hacer caso a tu corazón, él es el único que sabe la decisión correcta.

Sabe que mi corazón elegirá a Enzo. Mi padre es consciente de que, si hago caso a mi corazón, iré a sus brazos sin dudar.

Las lágrimas caen antes de que pueda detenerlas. Mi padre extiende una mano y me acaricia el cabello como cuando era niña, que es como me siento ahora, como la niña que corría a sus brazos cuando tenía un mal día en el colegio o cuando se enfadaba por sacar malas calificaciones.

—Eres fuerte, Irina. No lo olvides.

Le abrazo con fuerza, dejando que las lágrimas fluyan. Su apoyo siempre ha sido mi ancla, y aunque todavía siento el caos en mi pecho, sus palabras calan hondo.

—Gracias, papá.

—No me des las gracias por nada, cariño. Solo asegúrate de que esta decisión sea por ti, por nadie más.

Nos quedamos así un rato, en silencio, hasta que finalmente me levanto. Decidida, camino a mi habitación para recoger las pocas cosas que traje conmigo. He tomado mi decisión, y es el momento de enfrentarla.

Al llegar de nuevo al salón con la maleta, mi padre está en la puerta, esperándome. Me da un beso en la frente y sonríe.

—Vuelve cuando quieras o cuando lo necesites. Esta siempre será tu casa. A pesar de que seas adulta o de que quieras hacer tu vida en solitario, este siempre será tu hogar. Siempre estaré para ti.

Salgo de allí con el corazón pesado, pero firme. La vida me espera, y no pienso huir más.

El camino se hace eterno, pero ya no dudo. Sé adónde tengo que ir y cuál es el primer paso para empezar mi vida de cero. No quiero alargar esto más, y sé que, si continúo haciéndolo, acabaremos sufriendo yo y los dos hombres que tanto quiero. Hoy por fin la decisión está tomada. Va a ser duro, y tendré que esforzarme, pero estoy en el camino hacia mi felicidad, y nada ni nadie va a impedirlo.

Capítulo 47



Cuando llego frente a la casa, el aire me golpea con fuerza. Mis manos tiemblan por el peso de lo que estoy a punto de hacer. La maleta está en mis manos, como un testigo mudo de mi decisión.

Respiro hondo antes de tocar la puerta. Mi corazón late con tanta fuerza que siento que podría desbordarse. Apenas unos segundos después, la puerta se abre, y ahí está Enzo, tan guapo como siempre y con esos ojos que tanto he admirado siempre, mirándome con una mezcla de sorpresa y esperanza.

—¿Irina? —dice, mirando desde mi cara hasta la maleta que está detrás de mí. Sus labios se curvan ligeramente en una sonrisa cautelosa—. Pensé que no volvería a verte tan pronto.

Da un paso hacia mí y me coge en brazos para hacerme girar. Suelto la maleta y cae al suelo. Sonríe y besa mi mejilla. Cree que he venido porque le he elegido, lo que hace que el nudo en mi garganta se apriete más.

Me deja en el suelo y veo que se acerca aún más a mí. Algo en mi expresión le frena. Retrocede y espera con ansia a que le diga algo.

—¿Puedo pasar? —pregunto en voz baja.

Asiente de inmediato, abriendo la puerta por completo y dejándome entrar. La casa tiene ese olor a recuerdos que siempre

me desarma. No puedo evitar mirar cada rincón donde alguna vez fuimos felices.

Enzo me sigue. Sus pasos son suaves, pero atentos, como si temiera romper el momento. Cuando llegamos al salón, me vuelvo para mirarle y noto que todavía tiene esa chispa en los ojos, esa intensidad que siempre me ha hecho temblar.

—¿Por qué traes la maleta? ¿Vas a quedarte? —pregunta finalmente, con un atisbo de emoción en su voz—. Tengo todo sin limpiar, pero lo haré antes de que coloques tus cosas…

—Enzo, para —le interrumpo.

Cierro los ojos un segundo, buscando las palabras, pero no hay forma de suavizar esto. Acaba de darse cuenta de que quizás no estoy aquí por lo que él quisiera. Se detiene en seco y me observa.

—Enzo…, he tomado la decisión —digo con un tono de voz más serio y firme.

—¿Y? —pregunta con un tono que mezcla nerviosismo y esperanza.

Tardo demasiado en responder, y su expresión empieza a cambiar: la esperanza da paso a algo más oscuro, más triste.

—Cuando te conocí, me planteaba si por eso no había funcionado antes con nadie más, y después llegó él, y entendí que tú solo eras parte del camino, que él era el final de mi historia. Tú me llevaste al amor más grande que he podido tener, y estoy en deuda contigo, Enzo.

Las palabras salen al fin, y duelen como cuchillas. Enzo se queda inmóvil, como si no hubiera entendido lo que acabo de decir.

—¿Qué?

—Daniel es… lo correcto, Enzo. Es lo que necesito ahora.

—¿Lo correcto? —repite con una amargura que nunca le había escuchado. Da un paso atrás y cruza los brazos, protegiéndose de

mis palabras—. ¿Eso es lo que importa? ¿Que sea lo correcto?

Quiero acercarme a él, tocarle, explicarle el motivo de mi decisión.

—No se trata solo de eso. Se trata de estabilidad, de confianza, y de saber que no voy a volver a perderme a mí misma.

Él suelta una risa baja y sin humor, sacudiendo la cabeza.

—¿Confianza? ¿Estabilidad? Irina, ¿eso es lo que necesitas para ser feliz? Porque, si lo es, entonces… Entonces nunca debiste acostarte conmigo y serle infiel al hombre que, según tú, tanto amas.

—No digas eso, por favor… No me lo hagas más difícil, Enzo.

—Es la verdad. Me dejaste soñar que todavía teníamos una oportunidad, por muy pequeña que fuera. Dijiste que me amabas, y dudaste de tu relación… Y ahora me dices que te vas, que le eliges a él.

—¡Nunca quise hacerte daño, Enzo!

—Pues lo siento, lo has conseguido. Me has destrozado, Irina, enhorabuena.

No le reconozco. El Enzo cariñoso y tranquilo que conocía ha desaparecido; en cambio, solo veo a un Enzo enfadado y decepcionado.

El silencio que sigue es insoportable. Sus ojos se clavan en los míos, llenos de preguntas que no puedo responder. Finalmente, suelta un suspiro largo y aparta la mirada.

—He perdido en el juego y me retiro. No quiero que me mires el día de mañana arrepentida por haber vuelto a tu vida y destrozarla.

—Tú me hiciste revivir una vez cuando mi mundo se había desmoronado, y siempre te lo agradeceré, pero Daniel se encargó de construir ese mundo de nuevo, cuando tú lo destruiste al irte… Y ahora creo que es hora de agradecerle escogiéndole a él en vez de a mí misma, por primera vez.

—Vete, por favor…

Algo en su voz me rompe por completo. No puedo quedarme, no podemos seguir hiriéndonos. Sin decir nada más, me doy la vuelta y camino hacia la puerta.

—¿Sabes qué es lo peor de todo? Que estoy seguro que en unos años te llamaré diciéndote que no te he olvidado.

Me freno en seco antes de abrir la puerta y me vuelvo. Le miro con los ojos llenos de lágrimas.

—No hagas eso… Porque me destrozarás y harás que mi vida vuelva a ser un caos —digo acercándome a él—. Por favor, Enzo, tienes que dejarme ir…

Enzo me abraza sabiendo que es el final y que nunca volveremos a vernos, que nuestros caminos se bifurcan y que haré lo posible porque no vuelvan a cruzarse.

—No volveré a buscarte. Confiaré en el destino y en que volveremos a encontrarnos. Mientras tanto, huye.

Me separo de él y le sonrío por última vez.

Me detengo un momento en la calle antes de seguir mi camino y dejo que las lágrimas caigan. Quiero mirar atrás, quiero correr hacia él y decirle que esto es un error. No lo hago. Cojo la maleta y pongo rumbo a mi casa, a Daniel.

Siento el peso de mi elección como una losa sobre mi pecho. He tomado una decisión, lo que no significa que sea fácil vivir con ella, que no vaya a echar de menos a Enzo y que no vaya a acordarme de él el resto de mi vida.

Capítulo 48



Cuando abro la puerta de casa, encuentro a Daniel sentado en el sofá. Está con los brazos cruzados, mirando al techo, como si se estuviera preparando para una discusión que no quiere tener, pero que sabe inevitable. Sus ojos se clavan en los míos, oscuros, llenos de una mezcla de decepción y cansancio. No me esperaba, estoy segura.

—Vaya, has vuelto. —Su voz es baja y dura.

—Daniel…

—¿Qué estás haciendo aquí, Irina? —me interrumpe. Su tono es mucho más cortante de lo que esperaba—. Pensaba que necesitabas tiempo, espacio, o lo que sea por lo que te fuiste.

—Enzo… —intento hablar, pero su simple mirada me detiene.

—Vienes a por tus cosas para irte, ¿no?

El golpe de sus palabras me deja sin aire por un segundo; me obligo a mantenerme firme.

—Déjame hablar, por favor.

Duda y me mira como si estuviera evaluando si vale la pena escucharme. Finalmente, asiente sin dejar de mirarme con esos ojos que me hacen sentir desnuda, débil y desprotegida.

Doy un paso hacia él, manteniendo cierta distancia. Me siento frágil, como si una sola palabra equivocada pudiera romperme.

—He estado pensando… sobre lo que ha pasado, sobre lo que quiero, sobre lo que necesito.

Daniel suelta una risa breve y amarga.

—Espero que hayas pensado con cabeza, aunque rara vez lo hagas…

Sus palabras duelen, aunque las entiendo. Él siempre ha estado ahí para mí, incluso cuando no lo merecía. Y está enfadado conmigo. No imagino cómo actuaría yo en su lugar.

—Daniel, por favor. No es fácil para mí estar aquí ahora mismo, pero quiero que entiendas algo, que me escuches.

Sus ojos se suavizan algo.

—A pesar de haber dudado todo este tiempo, creo que por primera vez estoy segura… Enzo…

—Si crees que tu vida es a su lado, vete. Tardaré en recuperarme, pero lo soportaré. Si crees que tu vida es a mi lado, cásate conmigo y te haré la mujer más feliz del mundo —vuelve a interrumpirme.

Me quedo paralizada por su comentario. Me da rabia que no me deje terminar mi frase, que no deje que le explique cómo me siento.

—¡Basta, Daniel!

—Perdona…, continúa.

—Enzo fue alguien importante en mi vida, alguien a quien amé, pero… tú me has enseñado que no se trata solo de amar, sino de ser amada de la manera correcta, y por eso te elijo a ti.

Sus cejas se fruncen, como si no pudiera creer lo que acaba de escuchar.

—¿A mí?

—Sí, a ti, Daniel —digo acercándome un poco más, dejando que las lágrimas que he contenido comiencen a caer de mis ojos—. Tú

has sido mi paz, mi hogar, mi refugio. Cuando todo se desmoronaba, tú estabas ahí, intentando juntar los pedazos.

Daniel se pasa una mano por el cabello, claramente confundido.

—¿Y Enzo? Pensé que…

—Enzo es mi pasado, Daniel. Lo que siento por él siempre será importante, pero no es lo que necesito ahora. No es lo que me hace bien.

—Irina… —susurra como si todavía no pudiera creerlo.

—Tú eres el que siempre ha estado ahí, incluso cuando no lo merecía. —Me arrodillo frente a él, tomando sus manos entre las mías—. Una vez te elegí, y ahora sé qué jamás dejaré de hacerlo.

El silencio llena el espacio entre nosotros. Puedo ver cómo sus emociones luchan dentro de él, cómo intenta decidir si puede confiar en lo que le estoy diciendo.

Finalmente, suspira y aprieta mis manos con fuerza.

—No importa lo difícil que sea, lucharé por ti, haré que funcione.

—Te amo, Daniel.

Siempre le he dicho «te quiero», pero muy rara vez le he dicho «te amo». Es una expresión que siempre he guardado para momentos importantes, y este lo es. Es quizás uno de los más importantes en nuestra relación, en el que le he elegido para compartir mi vida a su lado.

Él me mira por un largo segundo, y luego, sin previo aviso, me envuelve en sus brazos. Es un abrazo fuerte, desesperado, como si temiera que pudiera desaparecer.

—Hablaba en serio cuando te he dicho que te cases conmigo…

—Pensaba que había sido por la tensión del momento…

Daniel me aparta ligeramente para mirarme a los ojos.

Ahora es él quien se arrodilla en el suelo. Me quedo paralizada ante el gesto y le miro con atención.

—Irina Castro Lara, no tengo un anillo para formalizar nuestro amor, aunque prometo que lo compraré si dices que sí… ¿Quieres casarte conmigo?

Las lágrimas me caen con más fuerza.

—¡Pues claro que quiero! No imagino una vida en la que no estés, no imagino levantarme una mañana y no compartir el desayuno contigo, Daniel Álvarez Bueno. Claro que acepto ser tu mujer, con o sin anillo.

Nos abrazamos y luego nos damos un beso rápido. Es suficiente. Es nuestra forma de decirnos cuánto nos queremos y que confiamos en el proceso, que, aunque no vaya a ser fácil, vamos a luchar por conseguirlo, sin descanso.

—Siempre he querido tu felicidad, a pesar de que no fuese a mi lado; que cumplieses tus sueños y triunfases en la vida. Tú eres quien mantiene el sentido de mi vida, y no puedo perderte.

—Y por eso te elijo a ti. Porque nadie más me ha cuidado como tú.

Por primera vez en mucho tiempo, Daniel sonríe, aunque sea un poco. Me besa con suavidad, como si estuviera probando si es real.

—Prométeme que no te arrepentirás.

—Ya sabes que no me gusta hacer promesas, Daniel… Nunca las hago —miento.

A Enzo le juré que le amaba, a Enzo sí que me atreví a jurarle algo. Y ahora, en cambio, no puedo hacerlo, no sé por qué. Porque siempre he dicho que no se pueden hacer promesas que no se puedan cumplir; no entiendo por qué no puedo hacerlo si en teoría estoy segura de mi decisión.

—Tranquila. Es suficiente que ahora estés aquí conmigo. Me vale con que me prometas amor eterno en un altar el día de mañana. De momento, me conformo con algo eterno a tu lado.

Él me abraza de nuevo, y por primera vez en días siento que puedo respirar. He tomado mi decisión, y aunque no será fácil, estoy dispuesta a luchar por lo que tenemos. Porque Daniel es lo que he querido siempre. Un hogar, una familia, un respaldo, un apoyo incondicional y, sobre todo, un futuro acertado.

Capítulo 49



Estoy despierta desde hace rato, observando cómo Daniel duerme a mi lado. Su rostro, relajado y tranquilo, parece el de alguien que por fin ha encontrado algo de paz. A diferencia de mí.

No quiero moverme y romper este instante, pero el mundo no se detiene. Con cuidado, me deslizo fuera de la cama y voy a la cocina para preparar café. El aroma inunda el apartamento y me recuerda cuánto extrañaba estas pequeñas rutinas. De hecho, hoy soy yo quien hace el desayuno como forma de agradecer a Daniel esta nueva oportunidad.

—Buenos días.

La voz de Daniel me sorprende. Está apoyado en la encimera, despeinado y con esa mirada soñolienta que siempre me ha parecido adorable.

—Buenos días. He hecho café —digo, levantando la taza que tengo en las manos.

Él sonríe y se acerca para coger una taza. Mientras lo hace, me rodea la cintura con un brazo y me da un beso en la frente. Ese gesto tan simple, tan suyo, hace que mi corazón se calme.

—¿Qué planes tienes hoy? —pregunta, llevándose la taza a los labios.

—Ir al trabajo, como siempre. Alexis ha hecho mucho por mí, y creo que ya es hora de agradecerle como se merece. Cuando pasó aquello, le dejé solo… Y ahora debo estar allí.

Aunque Daniel asiente, noto una pequeña sombra en sus ojos.

—¿Todo bien?

Duda un momento antes de responder.

—Sí… solo me preocupa que no estés bien con lo nuestro.

—Lo sé, y te quiero por preocuparte tanto —cojo su mano y la aprieto suavemente—, pero quiero seguir adelante. Contigo.

Sus palabras me reconfortan, y también siento el peso de la decisión que he tomado. Aún hay heridas abiertas que necesitan sanar.

Cuando llego a la tienda, Alexis ya está allí, organizando algunas cajas de productos nuevos. Me sonríe ampliamente cuando me ve entrar.

—¡La reina otra vez en su reino!

—¿Qué tal todo? —pregunto, dejando mi bolso en el perchero.

—Sobreviviendo, para variar.

Pasamos la mañana reorganizando las estanterías y atendiendo a los pocos clientes que entran. Aunque estoy cansada, siento que estoy recuperando un poco de mí misma con cada pequeña tarea.

Al mediodía, Alexis se acerca con un par de cafés y me observa detenidamente.

—¿Cómo estás?

—Mejor. Poco a poco —respondo sin entrar en detalles.

—¿Y Daniel?

—Estamos bien. Ha sido un camino difícil, pero creo que vamos en la dirección correcta.

Asiente y evita mi mirada.

—¿Qué pasa, Alexis?

Suspira y se pasa una mano por el cabello.

—Solo… quiero que entiendas que, aunque apoyo tu decisión, también tienes que ser honesta contigo misma. No se trata solo de lo que crees que es correcto, sino de lo que realmente te hace feliz. Aunque Daniel siempre será mi favorito.

Sus palabras me golpean más de lo que esperaba. Me hace reír con la última frase. Alexis ama a Daniel. Ambos se llevan bien, y es maravilloso que tengan una amistad.

—Lo sé. Y estoy tratando de averiguarlo.

—Bien, porque te mereces ser feliz. Y pienso ver cómo lo eres algún día.

La conversación se queda en el aire. Sus palabras me siguen resonando mientras continuamos trabajando.

Daniel entra por la puerta al finalizar la jornada. Como siempre, trae su flor de todos los días. Echaba de menos esto, y empiezo a entender que es aquí donde quiero estar ahora, con Daniel.

—¿Cómo ha ido el día, chicos?

—Bien. Alexis es un milagro con patas.

—Dile que deje de exagerar, por favor —dice Alexis apareciendo desde el almacén—. Me alegra verte.

Ambos se abrazan y sonríen. Yo los miro con ilusión y con mi rosa en la mano. Tengo suerte de tener a estos dos hombres en mi vida. No sé qué sería de mí sin ellos.

Por fin llegamos a casa. Necesitaba volver a esta rutina, volver a tener un día como los de antes. Hemos pedido *pizza* para cenar, porque ninguno teníamos ganas de cocinar.

—Qué ganas tenía de esto…

Él sonríe, aunque hay algo en su mirada que no termina de encajar. Me siento a su lado y dejo caer la cabeza en su hombro.

—¿Todo bien?

—Estoy pensando en lo complicado que ha sido todo, y en lo agradecido que estoy de que sigas aquí.

Sus palabras me reconfortan, y me recuerdan lo frágil que es nuestra vida.

—Estoy aquí, Daniel. Y quiero que esto funcione. Vamos a funcionar juntos.

—Eso espero. Porque no sé qué haría sin ti, Irina.

Me aferro a él, sabiendo que, aunque he elegido este camino, el peso de la decisión no desaparecerá fácilmente. Por ahora estamos juntos, y eso es lo único que importa.

—No tendrás que saberlo nunca, porque no va a suceder. No voy a irme a ningún lado que no sea contigo, Daniel, nunca.

Capítulo 50

ENZO



Estoy en casa, rodeado de las voces de Mike y Aby. Apenas puedo prestar atención a lo que dicen. Su risa llena la casa, y los vasos de vino tintinean sobre la mesa. Sigo atrapado en mi propia cabeza. La casa está demasiado llena de recuerdos, demasiado vacía sin ella.

—Enzo, ¿me estás escuchando? —pregunta Aby, mirándome con esa mezcla de preocupación y paciencia que siempre tiene conmigo.

—¿Qué? —parpadeo, tratando de devolverme al presente.

—He dicho que deberías venir con nosotros a la playa este fin de semana. Te vendría bien despejarte un poco.

Mike asiente mientras sirve más vino en su copa.

—Sí, hermano, llevas semanas encerrado en esta cueva. Tienes que salir, respirar aire fresco. ¿Cuánto ha pasado ya? Tres o cuatro semanas… Irina no va a volver, y cuanto antes lo asumas, antes volverás a ser feliz.

—No necesito la playa, necesito desaparecer —respondo con una risa amarga que se pierde en mi copa de vino.

—¿Cómo que desaparecer? ¿Qué cojones estás diciendo? —Aby me observa con los ojos entrecerrados—. ¿Estás hablando en serio?

Por supuesto que hablo en serio. Más de lo que me gustaría admitir. Estoy perdido sin Irina, no quiero seguir en esta ciudad, y quizás nunca debería haber vuelto. Esta casa, esta ciudad, cada rincón de la noche me recuerda lo felices que un día fuimos.

—Madrid me está ahogando. Todo me recuerda a ella, lo que fuimos y lo que nunca seremos. —Apoyo los codos en la mesa, mirando fijamente el mantel, como si él tuviera las respuestas—. No puedo seguir así.

Mike suspira y deja su copa sobre la mesa.

—Entonces vete. No como una huida, sino como un nuevo comienzo. Nadie te está atando aquí. Nosotros te apoyaremos e iremos a verte, siempre que nos dejes.

—¿Y qué pasa con el trabajo y con la casa? —pregunta Aby, la más madura del grupo.

—El trabajo puede esperar. La casa… —me quedo en silencio un momento, observando un cuadro en la pared que ella eligió hace años—, la casa hace tiempo que dejé de sentirla como mi hogar.

Aby se levanta y se sienta a mi lado, colocando una mano en mi brazo.

—Enzo, sé que esto duele, pero no puedes dejar que te consuma. No puedes perder tu vida por ella…

—¿Y cómo no hacerlo? —Mi voz es más baja ahora, casi como un pequeño susurro—. La amo. ¿Tú podrías vivir sabiendo que Mike ama a otra persona y que ha elegido a alguien que no eres tú?

Ella no responde de inmediato. En cambio, mira a Mike, buscando apoyo. Él se encoge de hombros y luego se dirige a mí con la franqueza que siempre le he agradecido.

—Entonces aprende a vivir sin ella, Enzo. No digo que sea fácil, pero quedarse aquí, revolcándote en lo que podría haber sido, no te está ayudando. Si necesitas irte, hazlo.

Sus palabras son duras, pero necesarias.

—¿Y adónde irías? —pregunta Aby con un tono más suave.

—No lo sé. Tal vez al sur. O incluso fuera de España.

—¿Francia? —sugiere Mike.

—O Italia. Francia me recuerda demasiadas cosas, cosas de las que estoy escapando —digo pensando en la idea de perderme en las calles de Roma o en algún pequeño pueblo de la Toscana; esa idea me resulta tentadora. Italia siempre ha tenido algo que me llama: su caos tranquilo, su belleza sin esfuerzo. Podría caminar por calles que nunca he pisado, aprender un idioma que no hablo, empezar de nuevo.

Aby sonríe suavemente, como si pudiera leer mis pensamientos.

—Italia sería perfecto para ti, Enzo. Podrías dedicarte a lo que quisieras, perderte en las calles, disfrutar del arte, encontrar algo nuevo…

—O a alguien nuevo —añade Mike con una media sonrisa.

Frunzo el ceño, no porque esté en desacuerdo. La idea de conocer a alguien más debería ser esperanzadora, pero ahora mismo me resulta imposible imaginarme queriendo a alguien que no sea Irina.

—No se trata de encontrar a alguien —aclaro finalmente—. Se trata de encontrarme a mí.

»Creo que iré a Cádiz. El sur siempre me ha gustado, y quizás sea un buen comienzo —digo pensando en vivir cerca del mar, en una casa de madera.

El silencio que sigue no es incómodo, sino lleno de comprensión. Ambos saben que no es una decisión impulsiva.

Aby vuelve a colocar su mano sobre mi brazo.

—Entonces ve. Si eso es lo que necesitas para seguir adelante, hazlo. Nosotros estaremos aquí cuando vuelvas.

Mike asiente, levantando su copa.

—Por tu nueva vida y un buen comienzo, hermano.

Yo también levanto mi copa, aunque no estoy seguro de si estoy brindando por un comienzo o por un final.

Esa noche, después de que Mike y Aby se van, empiezo a planear mi escape. Saco una vieja libreta y comienzo a hacer una lista.

1. Alquilar la casa.
2. Hablar con el director de la película.
3. Buscar un lugar en Cádiz.

Cada idea que escribo parece un paso más lejos de Irina, pero también un paso más cerca de poder respirar otra vez. Me detengo un momento, mirando mi salón. Todo aquí tiene su huella: las cenas nocturnas, las películas que vimos, incluso las discusiones.

Dejo caer el bolígrafo y me paso las manos por el pelo, dejando escapar un suspiro tembloroso.

—¿Cómo se supone que voy a olvidarla? —murmuro al vacío.

Por supuesto, no hay respuesta.

A la mañana siguiente, me despierto temprano, decidido. Enciendo la cafetera mientras reviso el correo. Entre los mensajes de trabajo y las ofertas de publicidad hay uno de un contacto que mencionó Mike: un pequeño terreno en Rota (Cádiz).

Miro las fotos adjuntas. Si bien no es gran cosa, es lo suficiente para empezar de cero y construir mi propia casa.

Cierro el portátil y me digo que está bien. No puedo quedarme atrapado en Madrid, atrapado en un amor que ya no me pertenece.

Mientras el café gotea en la cafetera, miro por la ventana. El cielo está despejado, como si el universo estuviera diciéndome que es hora de empezar de nuevo.

Rota me espera.

Capítulo 51



Camino hacia el restaurante donde he quedado con mi padre y Daniel. Todo parece estar en calma, incluso dentro de mí. Hace tiempo que no sentía esta paz, este equilibrio.

Al llegar, los veo ya sentados a una mesa junto a la ventana. Mi padre está gesticulando con entusiasmo, probablemente contándole a Daniel alguna anécdota de sus días en el teatro. Ambos se ríen, y mi corazón se llena de calidez al verlos así.

—¡Llegas justo a tiempo! —exclama mi padre cuando me acerco.

—¿De verdad? Pensé que llegaba un poco tarde —bromeo y me inclino para besarle la mejilla.

—No importa —responde Daniel, levantándose para acercar mi silla al sentarme. Su gesto, siempre tan atento, me arranca una sonrisa—. Todo es más bonito cuando llegas.

—Por favor, miraos. Sois tan guapos cuando estáis así de felices. Aunque siento envidia: mi hija te quiere más a ti, Daniel —bromea mi padre.

Mi padre se lanza a contar historias de las noches de estreno y de los actores que nunca llegaban a tiempo. Daniel, siempre curioso, le hace preguntas, aunque nunca le interesó el mundo del teatro o el cine, y yo los escucho, dejando que sus voces llenen el espacio.

La comida llega, y el aroma del plato de arroz que pedí me envuelve. Estoy disfrutando el momento, observándolos interactuar, cuando mi padre, con una sonrisa traviesa, cambia de tema.

—Bueno, Irina, ¿cuándo vais a darme una buena noticia?

Me detengo con el tenedor a medio camino. Sé a qué se refiere. Daniel también lo sabe, porque lo siento tensarse a mi lado.

—Papá, ya tienes suficiente emoción con el teatro. No necesitas más —respondo, intentando quitarle importancia.

Él no deja de insistir.

—Tonterías. Uno siempre puede con más emoción. Estoy deseando ir de boda.

Daniel interviene con calma, tomándome de la mano bajo la mesa.

—Todo a su tiempo. Yo estoy feliz con lo que tenemos ahora, y creo que Irina también. Aunque nos casaremos, para eso se lo pedí.

Miro a Daniel, agradecida por sus palabras. Porque es cierto. Estoy feliz. Después de todo lo que hemos pasado, lo que he pasado, por fin siento que estoy en el lugar correcto.

Mi padre parece satisfecho con la respuesta y cambia de tema, esta vez hablando de que ya tienen la fecha del estreno. Mientras le escucho, no puedo evitar pensar en lo mucho que le quiero, en lo agradecida que estoy de tenerlo en mi vida. Y luego miro a Daniel, y siento lo mismo.

Cuando la cena termina, salimos del restaurante. Mi padre se despide primero, abrazándome con fuerza.

—Me alegra verte tan bien, cielo. De verdad.

—Gracias, papá. Te quiero muchísimo.

—Y tú —añade, dirigiéndose a Daniel— sigue cuidándola, y seguid queriéndoos así siempre.

—Siempre —responde Daniel con una sonrisa que me derrite.

Caminamos juntos de regreso a casa, con su brazo rodeándome los hombros. Pienso en lo mucho que ha cambiado todo en las últimas semanas. Y, por primera vez en mucho tiempo, siento que estoy exactamente donde debo estar.

Daniel se va a dormir en cuanto llegamos. Está agotado del trabajo y de la larga cena con mi padre. Yo no puedo siquiera pensar en acostarme. Algo no está bien.

Sigo sintiéndome mal, con náuseas persistentes que van y vienen. Intento convencerme de que es solo el cansancio o el estrés acumulado, pero no logro tranquilizarme. Me siento en el sofá del salón, abrazando un cojín, mientras la luz tenue de la lámpara de mesa proyecta sombras suaves en las paredes.

El silencio de la casa, normalmente reconfortante, esta vez me pesa. A ratos voy al baño, incapaz de controlar las náuseas. Mis manos tiemblan cuando me enjuago la cara con agua fría, que no parece ayudar.

Cuando regreso al salón, cojo el teléfono para distraerme. Navego por las redes sin mucho interés, hasta que noto que tengo un mensaje nuevo.

Es de Enzo.

Pensaba que había bloqueado su número, pero no es así.

Mi corazón se detiene un segundo. Dudo antes de abrirlo, sabiendo que cualquier cosa de él podría removerme por dentro. Finalmente, deslizo el dedo y leo.

Solo hay un enlace. Es una canción.

Arcade, de Duncan Laurence.

La conocía, claro. La letra empieza a sonar en mi cabeza incluso antes de reproducirla. Con los dedos temblorosos, hago clic en el enlace y dejo que la música llene el salón.

Loving you is a losing game…

Mis ojos se llenan de lágrimas al escuchar la primera línea. Esa canción… es demasiado. Cada palabra parece escrita para nosotros, para lo que vivimos, para lo que dejamos atrás. Recuerdo que la vez que nos despedimos en el aeropuerto también me mandó una canción. Siempre he pensado que es su forma de despedirse de mí.

Me hundo en el sofá, abrazándome las rodillas mientras las lágrimas empiezan a caer sin control. No debería haber abierto el mensaje. No debería haber escuchado la canción. Lo hice porque una parte de mí aún no puede soltarle del todo.

Cierro los ojos y respiro hondo, intentando calmarme. Solo puedo pensar en él, en la forma en que me miraba, en cómo me hizo sentir viva y perdida al mismo tiempo.

Daniel está en el piso de arriba, durmiendo, confiando en mí, creyendo en nosotros. Y aquí estoy, llorando por alguien que no debería significar nada para mí.

Cuando la canción termina, el silencio vuelve a llenar la habitación, más pesado que antes. Miro el teléfono, dudando si responder. Mis dedos se mueven instintivamente hacia el teclado, pero me detengo.

—No —murmuro en voz baja, apagando la pantalla.

Me limpio las lágrimas y vuelvo a bloquear su número, decidiendo que no puedo dejar que este mensaje desmorone lo que he reconstruido. Aun así, la melodía persiste en mi cabeza, como un eco que se niega a desaparecer.

Vuelvo al baño por cuarta vez esta noche, incapaz de quitarme la canción de la mente, y me pregunto si algún día podré realmente cerrar esa puerta.

¿Siempre será así? ¿Enzo jamás me dejará? ¿Jamás podré olvidarle?

Capítulo 52

ENZO



Estoy en el sofá de casa, mirando el horizonte, como si ahí pudiera encontrar respuestas. La taza de café en mi mano ya está fría; no me importa. Lo que importa es que el silencio aquí pesa menos que dentro de las paredes de casa.

Desde que ella estuvo aquí por última vez he intentado distraer la mente haciendo planes, leer, ver películas o salir con Mike y Aby. Pero siempre llega este momento del día en que no hay escapatoria. Es entonces cuando pienso en ella, Irina.

No sé por qué todavía guardo su número en mi teléfono. No debería. Anoche… Anoche no pude evitarlo. Enviarle *Arcade* fue mi forma de gritar sin usar palabras. Por supuesto, no respondió y solo bloqueó mi número de nuevo, como hizo cuando nos despedimos en el aeropuerto. No esperaba que lo hiciera. Ella eligió, y no fue a mí.

Mike aparece en la puerta con dos cervezas en la mano.

—Te ves peor que el café que preparas, Enzo —dice mientras se acerca y deja una cerveza frente a mí.

—No sabía que mi café era tan malo —respondo, fingiendo una sonrisa que no engaña a nadie.

Mike suspira y se sienta a mi lado.

—Sigues torturándote por Irina, ¿verdad?

No respondo. No necesito hacerlo.

—Escucha, amigo, entiendo lo que sientes. Pero seguir estancado no te llevará a ninguna parte. Sal, haz algo distinto. Vete un tiempo, lejos de aquí. ¿Miraste el terreno que te pasé por correo?

—Pues claro, he hablado con ellos y me lo van a reservar. En un par de días me voy a verlo —murmuro, mirando la cerveza sin abrir.

Mike asiente lentamente.

—Entonces hazlo. Quizás allí no te persigan los fantasmas. Quizás sea la única forma real de pasar página.

La puerta se abre de nuevo, y Aby aparece con una bandeja de *croissants* recién hechos. Ella siempre tiene ese don para suavizar los momentos tensos.

—¿Interrumpo algo importante? —pregunta con una sonrisa mientras deja la bandeja sobre la mesa.

—No, solo estábamos hablando de la vida de este desgraciado —responde Mike, señalándome con la cabeza.

—Ya va siendo hora de que se arregle la vida de este desgraciado que tenemos como amigo —dice ella vacilando y mirándome con ternura.

No puedo evitar sonreír un poco. Mike y Aby son la definición de estabilidad, algo que parece inalcanzable para mí. Ellos se quieren, han luchado por permanecer juntos, a pesar de las adversidades que han tenido en su relación. Ojalá yo tuviese algún día eso con Irina.

—En el fondo, creo que voy a echaros de menos —digo.

—Lo raro sería que no lo hicieses.

Mientras hablan de cosas triviales, mi mente está a kilómetros de distancia, en una pequeña casa de madera, llena de libros y girasoles. Y en la mujer que me enseñó lo que era amar, aunque también me enseñó lo que era perder. Quizás me compre un perro

para tener compañía, o quizás prefiera la soledad una vez me marche. Tengo tiempo para pensar en lo que necesitaré en el futuro. Hoy por hoy, necesito alejarme del amor de mi vida.

Cuando por fin estoy solo y el viento golpea las ventanas, abro mi cuaderno, que me ha servido de diario estos meses atrás, y escribo:

> Siempre imaginé que el lugar adonde voy sería nuestro. Ahora solo queda un sueño compartido que nunca se cumplirá. Tal vez allí encuentre la paz que no pude darte. Tal vez allí consiga recordar quién soy sin ti.

Cierro el cuaderno y dejo que las lágrimas caigan sin contenerlas. Por primera vez en mucho tiempo, me siento un poco más ligero, como si, al terminar de escribir, una parte de Irina se hubiese ido con la tinta y el papel.

Me levanto de la silla y abro el armario para ojear qué ropa llevarme. Reservo un hotel en Rota para los días que voy a estar viendo el terreno y hablar con los obreros que me ayudarán a hacer la obra de la casa. Quiero todo al detalle, bonito y agradable; sobre todo, quiero que sea esa casa de la que alguna vez Irina me habló. Su porche, su valla, el olor a playa y madera fusionándose, minimalista y lleno de tranquilidad y calma.

—¿Es esto lo que querías? Bien… Lo haré por nosotros —murmuro como si ella fuese a escucharme.

Capítulo 53



Esta noche es el estreno. Mi padre lleva demasiado tiempo hablando de *El resplandor,* ensayando cada detalle hasta la perfección obsesiva que siempre le ha caracterizado. Yo siempre he admirado esa pasión, esa forma de entregarse a algo con cada fibra de su ser. El teatro nunca ha sido mi pasión, es cierto, pero para mi padre sí, y por eso hoy estoy emocionada y nerviosa, porque todo salga bien.

La última obra a la que asistí fue en la que Enzo consiguió aquel papel que nos separó. Fue entonces cuando empecé a odiar todavía más este mundo, aunque respeto que sea el sueño de mi padre.

Daniel llega temprano a casa para ir juntos. Está impecable con su traje oscuro, aunque noto algo de cansancio en sus ojos. Me sonríe y me extiende la mano, cálido como siempre.

—¿Lista para apoyar al gran director? —pregunta con un toque de humor mientras ajusto el cierre de mi vestido rojo frente al espejo.

—Más que lista. Creo que él está más nervioso que yo, aunque jamás lo admitirá —le respondo, volviéndome a él.

Cuando llegamos al teatro, el ambiente está cargado de emoción. Los murmullos del público llenan el vestíbulo. Reconozco algunos rostros entre la multitud: actores, productores, amigos de mi padre que han venido a apoyarle. Ya nada es lo mismo. Enzo, Miriam,

Dalton, Castiel… y los demás chicos ya no están. Todos consiguieron algún pequeño papel en películas y enderezar su carrera en grandes obras.

Mi padre nos encuentra antes de que entremos. Lleva un traje elegante, aunque algo arrugado; está claro que ha estado corriendo de un lado a otro.

—¿Cómo estás? —le pregunto mientras le doy un abrazo.

—A un paso del infarto —bromea. Su sonrisa es real. Luego mira a Daniel y asiente: una señal de aprobación silenciosa que siempre he agradecido.

Ambos se abrazan también. Sé lo mucho que se aprecian el uno al otro, y eso me da la certeza de que este es mi lugar, mi sitio seguro, y que tengo la vida con la que he soñado.

Cuando entramos en la sala, el telón ya está cerrado y la música ambiental envuelve el espacio. Daniel y yo tomamos nuestros asientos en el palco VIP. La luz se atenúa, y el público guarda silencio.

La obra comienza con fuerza. El juego de luces y sombras es hipnotizador, y los actores dan vida a los personajes con una intensidad que me deja sin aliento. Reconozco las manos de mi padre en cada detalle, desde el diseño del escenario hasta la forma en que los diálogos se entrelazan con la música.

Algo dentro de mí no está del todo presente. Mi mente, como tantas veces en las últimas semanas, se desvía a otros pensamientos. Me pregunto si Enzo estaría disfrutando de esto, si lo habría encontrado tan brillante como yo o si hubiera sido el actor protagonista. Me odio un poco por pensarlo, especialmente con Daniel sentado a mi lado, sosteniendo mi mano con firmeza y cariño.

Durante el intermedio, Daniel y yo salimos para que pueda fumarme un cigarro.

—¿Qué te está pareciendo?

—Increíble, como todo lo que hace mi padre —respondo con sinceridad. Él frunce el ceño, como si pudiera ver más allá de mi fachada.

—Pareces distraída, amor.

—Solo estoy cansada —miento, esquivando su mirada.

Los malos recuerdos con Enzo, y los buenos, se colapsan en mi cabeza.

—¿Irina?

Varias voces llamando mi nombre hacen que me vuelva para ver de qué se trata. Los chicos antiguos de mi padre están aquí.

—¡Chicos! Qué alegría veros.

Nos abrazamos. Llevaba años sin verles, sin saber nada de ellos. Yo no quise mantener contacto con nada que me recordase a Enzo, y Alexis perdió el contacto con ellos.

—Os presento a Daniel, mi prometido —digo feliz.

—Un placer —dicen.

Daniel sonríe y se presenta.

Me despido y les indico que me gustaría verles de nuevo, aunque no sé si es cierto. Verles me recuerda una parte de mi vida que debería superar.

Cuando la obra termina, el público se levanta para aplaudir de pie. Mi padre sube al escenario, emocionado, y da las gracias con un breve discurso que hace que me sienta orgullosa y se me caigan las lágrimas.

Salimos del teatro, Daniel me abraza por la cintura y me susurra:

—Este hombre es un genio.

Sigo sintiendo ese nudo en el pecho. Al llegar a casa, mientras Daniel se cambia y se prepara para dormir, me quedo en el salón, perdida en mis pensamientos. El recuerdo del mensaje que Enzo me

envió con aquella canción vuelve a mi mente como una tormenta que no puedo controlar.

¿Por qué sigo pensando en él? ¿Por qué, incluso en mis momentos más felices, hay una parte de mí que sigue sintiendo su ausencia? ¿Por qué cuando estoy siendo feliz con Daniel echo de menos cuando lo era con Enzo?

No tengo respuestas, solo la certeza de que sigo viviendo con un corazón dividido. Y eso que pensaba que, al tomar la decisión, terminaría con esta guerra interna.

Capítulo 54



Estamos sentados a una mesa del restaurante favorito de Alexis. Un pequeño lugar en el centro de la ciudad, lleno de plantas y decorado con luces cálidas que crean un ambiente acogedor. Daniel está a mi lado, con su habitual aire tranquilo, mientras Alexis y Edi discuten sobre la boda. Alexis tiene mil ideas, y parece que Edi se limita a asentir con una sonrisa cómplice en el rostro. Conozco a mi amigo y sé que está impaciente por la boda, a pesar de que faltan años y todavía no tienen una fecha. Edi insiste en comprar primero una casa antes de casarse. Alexis prefiere lo contrario.

Yo debería estar disfrutando de esto. Es una de esas tardes donde todo parece estar en su lugar, pero no puedo concentrarme. Hay algo en mi cuerpo que no está bien, un leve mareo, una sensación de náusea constante que va y viene desde hace semanas.

—Entonces, ¿qué opináis? ¿Verde esmeralda o azul marino para los trajes? —pregunta Alexis, buscando apoyo en Daniel y en mí.

—Cualquiera será perfecto —responde Daniel con una sonrisa.

Intento hablar, pero antes de que salga una palabra, siento una punzada en el estómago y la náusea vuelve con fuerza. Me llevo la mano al vientre de forma instintiva y cierro los ojos.

—¿Irina? —Alexis me llama, notando mi malestar.

—Estoy bien, solo un poco mareada. Quizás no me haya sentado bien el pescado —respondo rápidamente, intentando sonar convincente.

—Eso llevas diciendo hace semanas —insiste Alexis con una mezcla de preocupación y enfado.

—No es nada, de verdad —repito, apartando un mechón de pelo de mi cara y fingiendo estar bien. Mi pálido reflejo en el vaso de agua no me ayuda a creérmelo.

Edi me mira con cautela y niega con la cabeza.

—Deberías ir al médico. No parece algo que vaya a pasar solo con descanso.

Daniel, que hasta ahora había estado callado, interviene.

—Estoy de acuerdo con ellos, Irina. Esto no es normal. Llevas semanas vomitando lo que comes.

—De verdad, no hace falta alarmarse tanto. Solo necesito descansar un poco más —respondo, intentando que dejen de hablar del tema.

Alexis no me deja escapar tan fácilmente.

—No, Irina. Llevas semanas mareada, cansada, y ahora también estás pálida. Si no vas al médico, te llevo yo.

—Alexis, ya he dicho que no quiero ir. Por favor, déjalo —le digo con un tono más cortante de lo que pretendía.

El silencio que sigue es incómodo. Todos me miran, pero estoy demasiado cansada para dar más explicaciones.

—Está bien, pero prométeme que, si mañana te encuentras igual, lo harás. Te juro que no voy a dejarte seguir así —dice finalmente Alexis, resignado, pero con determinación.

Daniel me pone una mano en la espalda.

—Solo queremos que estés bien, Irina —dice casi susurrando.

—Y por eso os quiero. Estoy bien, las últimas semanas han sido agotadoras, y necesito descansar.

No tengo la energía para seguir discutiendo. Solo quiero que esta sensación desaparezca, que mi cuerpo vuelva a ser mío, que mi mente deje de estar dividida entre las personas que me rodean y el hombre que no consigo olvidar.

Cuando terminamos de comer, Edi insiste en llevarnos a casa. Me recuesto en el asiento del coche, mirando por la ventana mientras él conduce. Siento su preocupación en el ambiente, pero no tengo fuerzas para tranquilizarle. Alexis y Daniel hablan de la boda, de la tienda y de los juicios de mi prometido.

Al llegar, me acuesto directamente en el sofá y cierro los ojos, procurando ignorar el eco de las voces de mis amigos y la sensación de que algo en mi vida está a punto de cambiar.

Empiezo a confirmar mis dudas, y me da pánico. Conozco mi cuerpo, y sé lo que pretende decirme. No quiero apresurarme.

Daniel se sienta conmigo. Siente que estoy rara y distante. Acaricia mis piernas y me mira con preocupación.

—¿De verdad que estás bien, amor?

—Sí, Daniel —miento.

Estas semanas no han sido fáciles para él tampoco y no quiero preocuparle más. Quiero que sea feliz. Él es mi felicidad, y la persona más maravillosa del mundo.

—Qué suerte tengo de tenerte, Daniel. Eres lo mejor que puede tener una persona en su vida —digo cerrando los ojos.

—Siempre voy a estar a tu lado, no importa lo que pase.

Capítulo 55



Me despierto con el sonido insistente del móvil vibrando sobre la mesita de noche. Parpadeo varias veces, desorientada, antes de cogerlo.

Es un mensaje de Alexis.

> ¿Cómo te encuentras hoy? Si sigues mal, voy a buscarte para llevarte al médico. No tienes escapatoria.

Suspiro. Ni siquiera he tenido tiempo de analizar cómo me siento. Me paso una mano por la frente, comprobando si hay fiebre; solo siento el peso del cansancio. Daniel no está en la cama, lo cual me da un momento para estar sola con mis pensamientos.

Me levanto con cuidado, temerosa de que el mareo regrese. El baño parece el lugar más seguro al que ir primero. No me sorprendo cuando, al mirar al espejo, mi pálido rostro me devuelve la mirada.

Cuando bajo a la cocina, encuentro a Daniel sentado a la mesa con su portátil abierto, revisando documentos mientras toma café. Levanta la vista al escuchar mis pasos, y su expresión se endurece un poco.

—Hola, amor, ¿has dormido bien?

—Más o menos —respondo, sirviéndome una taza de café.

Daniel cierra el portátil y se inclina hacia delante.

—¿Cómo te encuentras?

Dudo un momento antes de responder.

—Un poco mejor —miento al notar que las náuseas persisten.

—Esa no es una respuesta —dice, entrecerrando los ojos.

Me siento frente a él, dejando la taza sobre la mesa sin haber bebido un sorbo.

—Daniel, estoy bien. No hace falta que todo el mundo esté encima de mí.

—No es estar encima de ti, Irina. Es que vemos que algo no está bien y tú sigues ignorándolo. —Su tono es más firme de lo que esperaba.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Correr al hospital por un mareo? —Mi voz se eleva un poco, y me doy cuenta de que estoy más irritable de lo normal.

—Al menos podrías tomarte esto en serio. No es normal que estés así durante semanas y parezca que te da igual —insiste, mirándome con preocupación.

Cierro los ojos y apoyo los codos sobre la mesa, llevándome las manos a la cara. Me siento agotada, no solo físicamente, sino emocionalmente.

—Daniel, ya basta. Estoy bien. Si sigo así, iré al médico, ¿te vale?

Daniel asiente, aunque puedo ver que no está convencido. Y, sobre todo, no está acostumbrado a que le hable así.

Jamás hemos discutido, salvo cuando pasó lo de Enzo, y ni siquiera tuvimos una discusión como las parejas normales. Daniel es demasiado tranquilo y bueno para alzarme la voz o enfadarse. Sé que se preocupa por mí. Aunque quiera darme mi espacio, sé que no puede evitarlo.

—Hoy tengo que pasar la mañana en la oficina. ¿Quieres que te lleve a la tienda?

—No, puedo ir sola. Alexis vendrá más tarde, así que no estaré sola mucho tiempo.

Daniel asiente de nuevo y se levanta, dando un beso en mi frente antes de recoger su maletín del trabajo.

—Cuídate, por favor. Te quiero —me dice antes de salir.

—Te quiero, Daniel… —digo sin que pueda oírme, ya que vuelvo a estar sola.

El silencio se instala en la casa cuando se va. Me quedo sentada en la cocina, mirando la taza de café sin tocarla, y finalmente me levanto para prepararme. Tengo un largo día por delante y un extraño presentimiento en el pecho, como si algo estuviera a punto de cambiar.

Cuando llego a la tienda, el aroma familiar de la ropa y el ambientador me envuelve y me siento un poco más tranquila. La rutina siempre ha tenido ese efecto en mí. Hay gente a la que no le gusta trabajar, en cambio, a mí me relaja: puedo escapar de la realidad que atormenta mi vida.

Alexis no llega hasta media mañana, como habíamos acordado. Aparece con su energía habitual, y puedo notar su preocupación cuando me ve.

—¿Estás segura de que no necesitas ir al médico?

—Estoy bien, de verdad. Solo necesito que dejéis de insistir —procuro sonar convincente.

Alexis me observa un momento y no insiste. Se pone a trabajar, haciendo bromas de vez en cuando para aligerar el ambiente, y por un rato todo parece normal.

A medida que pasa el día, la sensación de mareo regresa, más intensa que antes. Me apoyo en el mostrador y cierro los ojos, y

cuando los abro, veo a Alexis mirándome con el ceño fruncido.

—Irina, esto no puede seguir así. Vamos al médico ahora mismo.

—No —respondo rápidamente, sacudiendo la cabeza.

—¡Irina! —exclama, cruzando los brazos.

—Dame tiempo, Alexis. Solo necesito un poco de tiempo.

—¿Tiempo para qué?

No respondo y sigo con lo mío.

Cuando cierro la tienda por la noche, el agotamiento es casi insoportable. Al llegar a casa, Daniel me recibe con una sonrisa. Me esfuerzo por actuar normal, pero mi mente no deja de girar en círculos. Algo está mal, lo sé. También sé que, sea lo que sea, no estoy lista para afrontarlo. No todavía.

Capítulo 56



Daniel está sentado a la mesa del comedor, ajustándose el reloj en la muñeca, con su traje planchado y sus papeles organizados en un maletín negro. Parece tranquilo, pero sé que está nervioso. Su juicio de hoy es importante, lo ha mencionado varias veces los últimos días.

Se nota su concentración, esa mirada fija que adopta cuando algo le preocupa. Respiro hondo antes de entrar en el comedor.

—Buenos días.

Daniel levanta la vista y me dedica una pequeña sonrisa, aunque sus ojos permanecen algo ausentes.

—Buenos días, cariño. ¿Dormiste bien? —pregunta y toma un sorbo de café.

—Más o menos —digo y me siento frente a él—. ¿Listo para hoy?

Él asiente, aunque el gesto parece automático.

—Lo estaré. Es un caso complicado, pero creo que tenemos una buena oportunidad. —Hace una pausa y me mira con más atención —. ¿Y tú? ¿Cómo se presenta el día en la tienda?

—Hoy llega un pedido importante. Es de esos que ocupan media tienda. —Río suavemente, y enseguida me encojo de hombros—. Alexis no puede ir por la mañana, así que me toca manejarlo sola.

Daniel deja su taza sobre la mesa y frunce el ceño.

—Sé que puedes con eso, y con más.

—Lo sé, porque tengo al mejor prometido del mundo —digo y beso su mejilla.

—Irina, sabes que siempre estoy aquí para ti, ¿verdad?

—Lo sé —respondo y aprieto su mano suavemente.

El peso de lo que hemos pasado juntos flota en el aire. Daniel me mira con una mezcla de preocupación y cariño, y me doy cuenta de cuánto ha intentado mantenerse firme para mí.

—Voy a estar bien —digo casi como una promesa, aunque más para mí que para él.

Daniel suspira y asiente.

—Está bien. Si necesitas algo, lo que sea, llámame. Me dará igual el juicio o el mundo entero.

—Gracias, Daniel, pero no será necesario. Mucha suerte hoy.

Él me dedica esa sonrisa que me ha dado tranquilidad y se levanta para coger su maletín.

—Te quiero —dice antes de salir.

—Yo también te quiero —respondo, quedándome en la silla un momento, escuchando el sonido de sus pasos alejarse.

Me levanto y siento el día pesando sobre mis hombros. Entre el pedido de la tienda y los pensamientos que todavía rondan mi cabeza, sé que será una jornada larga. Me pongo la chaqueta, cojo las llaves y me dirijo al trabajo con la esperanza de que todo salga bien.

Al llegar a la tienda, intento colocar el pedido lo más rápido posible. Todavía no logro quitarme ciertas cosas de la cabeza. El último mensaje de Enzo, la última temporada con Daniel, el robo de Lucía y, sobre todo, lo que ahora escondo al mundo porque no estoy preparada para decirlo en voz alta.

Paso el día entre cajas, ropa y pensamientos horribles que no paran de machacarme. Pienso en Daniel y en la vida que nos espera juntos. Asimismo, en la gran mentira en la que vivo. Enzo ha sido y será siempre el amor de mi vida, y nada podrá cambiarlo. Aunque me duele eternamente, sé que Enzo siempre va a estar conmigo, de una forma u otra.

Me siento en el suelo, apoyo la espalda en la pared y me abrazo las rodillas, dejando que las lágrimas caigan, para soltar lo que llevo dentro.

La puerta se abre de golpe. Alexis entra como un torbellino, con una sonrisa tan grande que podría iluminar toda la tienda.

—¡Irina! —grita casi saltando de emoción—. ¡Hemos encontrado la casa de nuestros sueños! Fue anoche, es preciosa —dice hablando rápido y alto.

Alexis se queda observándome en silencio. Sigo mirando a un punto fijo en la pared, con la mente en blanco y los nervios a flor de piel. El nudo en mi pecho se aprieta aún más.

—Irina…, ¿qué pasa? —pregunta con una voz suave y preocupada.

No sé qué decir, no sé cómo afrontar la realidad. Lo único que sé es que Alexis me entenderá, él siempre lo hace, incluso cuando el resto del mundo parece tomarme por loca. Odio no poder darle la enhorabuena por su casa, no poder hablar y expresarme. Mi miedo es hacerlo realidad, decirlo en voz alta y que mi vida vuelva a desmoronarse cuando parecía que las piezas empezaban a encajar.

Finalmente, logro susurrar:

—Estoy embarazada.

UNAS PALABRAS DE LA AUTORA

Si has llegado hasta aquí, debo darte las gracias ante todo. Si has llegado hasta aquí, es porque has conocido la historia de unos personajes que me han hecho sentir y llorar a partes iguales. Y ahora quiero ser yo quien te diga unas palabras, así, de tú a tú, sin Enzo ni Irina de por medio. De Natalia a ti, querido lector.

En este libro, la aparición de Daniel es maravillosa, él lo es. Todas soñamos con un hombre que nos ame tanto como él, tan sincero, tan real. Por eso debo admitir que incluso a mí me costó elegir con quién se quedaría Irina. Sé que muchos y muchas de vosotros querríais que se hubiese quedado con Enzo, pero, si lo hubiese hecho…, no habría historia.

Irina nos ha mostrado que, a pesar de tener la mejor vida del mundo, de tener todo controlado y de creer que todo está bien, siempre se puede torcer, ya sea por amor, por amistad, por decepciones, incluso por uno mismo. He admirado a Irina mucho en este libro, aunque también me ha sacado de quicio, porque a veces no la entendía ni yo, aunque creo que todos alguna vez hemos pasado por su situación: elegir entre lo que debes y lo que amas. Ha sido un camino muy largo, muy cómodo de escribir y, sobre todo, muy intenso. Me han hecho llorar y disfrutar muchísimo, y espero que a ti también, porque si hay algo que tienen estos personajes es mucho amor.

Enzo ha seguido enamorándome hasta el final del libro. Es, sin duda, el mejor personaje masculino que he escrito en mi vida. Yo,

de hecho, desearía tener a un Enzo en mi vida, aunque supongo que todas pensamos igual. Un hombre que no se rinde, que sabe lo que quiere, que sigue amando a pesar de todo, que sigue escondido en las sombras porque sabe cuál es su lugar, y un hombre que acaba cumpliendo el sueño de Irina.

Como escritora de esta historia, debo admitir que mi personaje favorito es Alexis, ese amigo que está tan lleno de vida, tan lleno de amor, y que es tan fiel a su relación con Irina. Es el amigo perfecto, ese que, aunque a veces se pasa de sincero, siempre querrá lo mejor para ti. Por eso lo creé, porque sentía que nuestra protagonista necesitaba un amigo como él, y aunque es un personaje secundario, a veces su papel es principal.

Pero… ¿qué decirte, lector? ¿Pensabas que esto acababa aquí? Esto acaba de empezar, es el principio de una gran historia que te recomiendo leer hasta el final, porque Irina tiene todavía mucho que contarnos y que ofrecernos.

Agradecimientos

Si alguien me pregunta qué es lo que menos me gusta de un libro, es esta parte. Porque siento que, diga lo que diga, me voy a quedar corta. Tengo varias personas a las que agradecer, pero hay demasiadas cosas por las que dar las gracias. Y por eso creo que siempre me quedo en blanco cuando se trata de esto.

Para no perder la costumbre, quiero agradecer a la artista que hay detrás de cada una de mis historias, a quien no duerme por escucharme divagar sobre mis libros, a quien piensa las portadas y me ayuda a hacerlas, a quien se levanta pronto solo para ayudarme a planificar cada punto del libro. A quien salvó mi vida, a quien no ha dudado nunca de mí, a quien camina a mi lado agarrando mi mano y jamás deja que me caiga. Gracias, Esther, es un verdadero orgullo ser tu hermana y compañera de vida.

Para continuar, tengo que echar la vista atrás muchos años y mirar al hombre que llegó a mi vida sin avisar. No fue fácil, de verdad que no. Le miro hoy y no puedo hacer nada más que dar las gracias a las casualidades o al destino por haberme puesto a esa persona. Rafa, sé que no compartimos sangre y que jamás lo haremos, pero mi corazón es tuyo desde el momento en el que decidiste criarme con amor y paciencia. Eres, sin duda, mi ejemplo a seguir en esta vida. Te quiero y te admiro.

A mis abuelos, a mis padres de alma y corazón. Sin ellos no sería ni la mitad de lo que soy. Me han enseñado a perseguir mis sueños, a no rendirme y a luchar por quien quiero ser, sin olvidarme nunca

de mi esencia. Me lo han puesto todo siempre demasiado fácil, demasiado bonito. Y es por ellos por los que un día sueño con que este sueño se haga realidad y puedan verme cumplirlo.

A Miguel, por ser el amor que siempre he buscado y tanto he necesitado. No sé qué he hecho bien en la vida para tenerte en ella. Para haberme reencontrado contigo después de tantos años sin saber nada el uno del otro. Me has demostrado que hay personas que están destinadas. Nosotros somos el caso perfecto. Gracias por admirarme, apoyarme y quererme tanto. No me imagino una vida y un mundo sin ti. Eres el protagonista de cada una de mis historias y el amor más grande que he tenido nunca.

A mis padres, tíos y familia. Esos que esperan tan impacientes a que este sueño mío se cumpla. Gracias por no dejar de creer en mí.

A mi mejor amiga, Daniela, la que a su manera hace también posible que siga escribiendo.

Gracias a Adelaida por haber confiado en mí. A la editorial Planeta, que siempre ha sido mi sueño, y al sello Click Ediciones por darme la oportunidad de publicar este libro. No tengo palabras para describir cómo me siento.

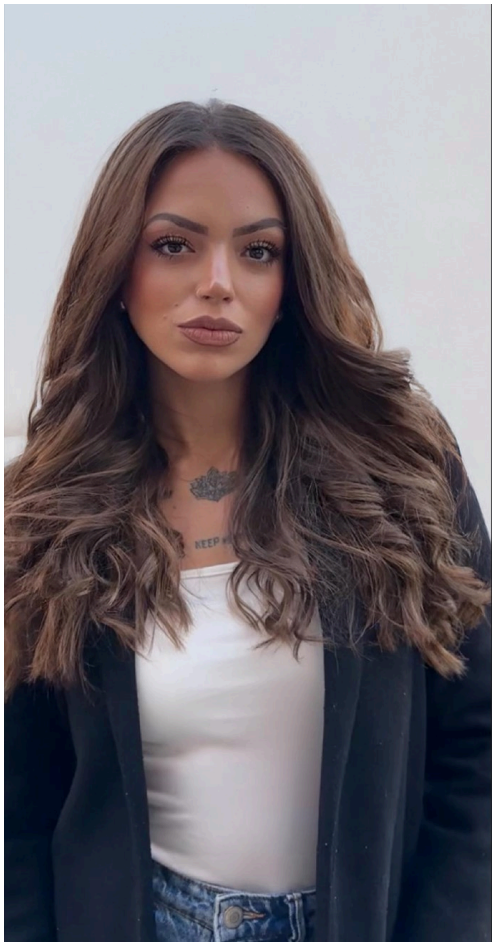
A mis chicas de BookTok, a las que conocí en ferias, a las que han comprado mis libros porque han confiado en mí. Vosotras también sois parte de este proyecto.

A los que ya no están, a los que se fueron, a los que están lejos. Me llevo siempre una parte de todas las personas que pasan por mi vida. Vosotros también estáis, porque habéis dejado una huella en mí. Y para los que vendrán.

Y a mí. Gracias a la Natalia de 4, 7 y 10 años que tuvo tan claro siempre cuál era su destino y su sueño. Quiero decirte, cariño, que no nos hemos rendido y que poco a poco lo estamos consiguiendo. Aún nos queda mucho camino por recorrer, pero no nos vamos a

rendir. Te juro que a veces lo he pensado, pero luego se me viene tu imagen a la cabeza y es imposible fallarte. Así que no lo haré. Seguiré por ti, siempre.

Biografía



Natalia de las Olivas Puentes nació un 30 de mayo del 2000, en Madrid. Autora y amante de la escritura. Con tan solo 10 años escribió un libro, el cual una profesora suya rompió. Desde entonces, supo que quería dedicarse a escribir y a contar sus historias al mundo.

Trotamundos, un desastre con patas, un alma libre y llena de miedos… Pero siempre fiel a sus sueños. Ha perseguido cada uno de ellos desde pequeña, sin rendirse en el intento.

Conoció el amor siendo muy joven y eso ha hecho que escriba el género de romance, aunque tenemos un *thriller* suyo y también se ha adentrado en el mundo de la fantasía romántica. No obstante, cada uno de sus libros siempre tendrá ese toque romántico que tanto le gusta. Porque si hay algo de lo que ella entiende, es del amor.

Fiel siempre a la plataforma Wattpad, donde inició su carrera literaria siendo una niña y donde se dio cuenta de que sus sueños estaban al alcance de su mano. Fiel seguidora de la frase:

«Si puedes soñarlo, puedes cumplirlo.»

Redes sociales de la autora:

Instagram: Nataaliaa30

TikTok:

Nataaliaa.books

Nataaliaa 30

Perderme
La saga Destino 2
Natalia de las Olivas

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Natalia de las Olivas, 2026

Diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración/fotografía de la portada, © Esther Martínez Puentes

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2026

ISBN: 978-84-08-31638-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta